

LA
REINA DEL SIGLO
ES LA
SENSUALIDAD;

Ó SEA:
ESTRAGOS DE LA LUJURIA Y SUS REMEDIOS,
CONFORME Á LAS DIVINAS ESCRITURAS Y Á LOS SANTOS
PADRES DE LA IGLESIA.

OBRA PÓSTUMA DEL

M. R. P. FR. ANTONIO ARBIOL,
LECTOR JUBILADO, ESCRITOR PÚBLICO, ETC., DE LA REGULAR
OBSERVANCIA DE SAN FRANCISCO;

OPÚSCULO

DEPURADO EN SU LENGUAJE, COMPLETADO EN SU PLAN,
DESEMBARAZADO DE LO SUPERFLUO, Y ANOTADO

EN FAVOR DE LOS ECLESIÁSTICOS,
ENRIQUECIÉNDOLO CON LAS DOCTRINAS DE

DR. SANTO TOMÁS,

POR GABINO CHÁVEZ,

CON APROBACION DEL ORDEN

Ferte me, quæ
ut ait dicam, loqr
rem oronem
cidit, sed pro
pudero ten
sa huc ve
mutat
cep
r

74627

ADAD AUTO... IA DE NUE...
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE...

19

WELLS
ST
D
W

BV4627

.L5

A7

39619



CON

LA

ACTOR J. EINA DEL SIGLO.



DEPURAT
DESEM

ENRIQUEC

P

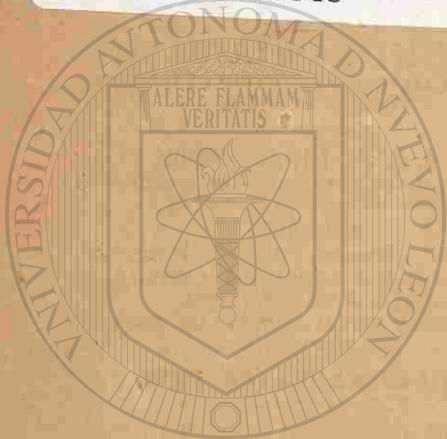
D AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

GENERAL DE BIBLIOTECAS

9



1080015343



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA REINA DEL SIGLO ES LA SENSUALIDAD

Ó SEA: ESTRAGOS DE LA LUJURIA Y SUS REMEDIOS, CONFORME A LAS DIVINAS ESCRITURAS Y LOS SANTOS PADRES DE LA IGLESIA.

Biblioteca Alfonso de la Universidad

OBRA PÓSTUMA DEL M. R. P. FR. ANTONIO ARBIOL, LECTOR JUBILADO, ESCRITOR PÚBLICO, ETC., DE LA REGULAR OBSERVANCIA DE SAN FRANCISCO;

OPÚSCULO

DEPURADO EN SU LENGUAJE, COMPLETADO EN SU PLAN, DESEMBARAZADO DE LO SUPÉRFUO, Y ANOTADO EN FAVOR DE LOS ECLESIÁSTICOS, ENRIQUECIÉNDOLO CON LAS DOCTRINAS DEL ANGÉLICO DR. SANTO TOMÁS,

POR GABINO CHÁVEZ, PERO.

CON APROBACIÓN DEL ORDINARIO.

Ferte me, quise, impurum etiam quiddam, ut ita dicam, loquentem, pudoremque et rubrem exuentem. Non enim istud me sponte accidit, sed propter eos qui nullo ipsarum rerum pudore loquentur, dicere cogor. Nisi enim in sa hanc verba audiat animus impudens, non imitatur. Et medicus namque putredinem efferre cupiens, digitoprimum in ipsum vulnus immittit, et nisi primum polluat salutaris manus, sanare non poterit.

(Chrisost. Homil. 5, in I. ad Thessalonic.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN Biblioteca Valverde y Tellez

BARCELONA

IMP. DE LA LIBRERÍA RELIGIOSA, ALTA SAN PEDRO, 4,

1889.

002184

61963

CENSURA Y APROBACION.

MUY ILTRE. SR. VICARIO GENERAL.

Por encargo de V. S. he leído la obrita titulada *La Reina del siglo*, que sacada de otra antigua del V. P. Arbiol, franciscano, y enriqueciéndola con importantes notas ha escrito el Rdo. D. Gabino Chávez, Pbro., y nada he hallado en ella contra el dógma católico y buenas costumbres, pues en toda ella, con la sagrada Escritura y santos Padres, manifiesta la enorme fealdad de la lujuria, y los daños que ésta acarrea al individuo y á la sociedad.

Tal es el parecer (salvo meliori) que para los efectos correspondientes dá este de V. S. afmo. S. S.

Barcelona 12 octubre de 1889.

Pablo Parassols, Pbro.

En vista de la favorable censura que precede, damos nuestro permiso para la publicacion de dicha obrita.

Barcelona 14 octubre de 1889.

Francisco de Pol, Vicario General.



BV 4627

LS

A7



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

ERRATAS MAS NOTABLES.

| PAG. | LIN. | DICE | LEASE. |
|-------|------|-----------------------|------------------------|
| VIII. | 13 | profundidad | oportunidad |
| XI. | 2 | preposiciones | proposiciones |
| | 19 | dones | dioses |
| | 43 | vernillas | varillas |
| | 47 | hallando | hablando |
| | 62 | Amara | Amasa |
| | 84 | ni | si |
| | 89 | 13-14 iniciativa | insistir |
| | 92 | 11 Fissot | Tissot |
| | 99 | 18 diciendo | omitiendo |
| | 102 | 4 demas | densas |
| | 111 | 28 crudo | eructo |
| | 113 | 2 tiene: hay | tiene hoy, |
| | 117 | 14 entran | están |
| | 127 | 23 amoria | amasia |
| | 131 | 20 preocupados | preocupacion |
| | 138 | 5 causa | cauda |
| | 159 | 23-24 calcance | calce |
| | 163 | 22 | |
| | 164 | 4 y 8 | Fronson Tronson |
| | 164 | 10 el Santo Sacerdote | en el Santo Sacerdote. |



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

CARTA

AL

R. P. D. RAFAEL M. PIPERNI,

MISIONERO APOSTÓLICO DE TIERRA SANTA.



Trapunto, abril 22 de 1889.

CARÍSIMO PADRE Y HERMANO DILECTÍSIMO.

De ningún modo habrá olvidado V. lo que hemos tratado varias veces de viva voz, y no pocas por escrito: V. me significaba cómo en sus apostólicas excursiones al través de la república, se veía dolorosamente afectado ante la creciente invasión del vicio abyecto, que con sus inmundas oleadas todo lo mancha, y degrada las costumbres, y rebaja los caracteres, y arruina la familia, y abre las puertas á la impiedad y á las perversas doctrinas. Lamentábase V. con-

migo de los horribles estragos de la sensualidad, y de los pocos ó ningunos remedios que en muchas partes se le oponen, extendiéndose el cáncer con malignidad espantosa. Exhortábame V. á escribir un opúsculo conciso y sustancial, en que se expusiesen los males horribles de la lascivia, y los tremendos castigos que acarrea, á fin de hacerlo circular por todas partes, y suplir ó ayudar de ese modo la predicacion, que es el medio que Jesucristo dejó á su Iglesia para la reforma de las costumbres, no menos que para la enseñanza y conservacion de la fe. Conviniendo yo en la profundidad del proyecto, defendíame con lo incesante de las ocupaciones de vicario en una vasta parroquia y con lo delicado, y repulsivo á la par, del asunto. Balanceaba la voluntad entre estas dificultades por una parte, y por otra, entre el deseo de hacer una obra agradable al Señor complaciendo el anhelo de V.; y así pasaban meses, cuando de improviso vino á mis manos, por una mera casualidad, un librito en pergamino, impreso en Sevilla en 1726, bajo el título de *Estragos de la lujuria y sus remedios, conforme á las divinas Escrituras y santos Padres de la Iglesia. Obra póstuma del M. Reverendo y V. P. Fr. Antonio Arbiol, Lector jubilado, Escritor público, Calificador del santo Oficio,*

Examinador sinodal del arzobispado de Zaragoza, Padre de las provincias de Canarias, Burgos y Valencia, Ex-Provincial de la santa provincia de Aragón, y Obispo electo de Ciudad-Rodrigo. Olvidaron solo la orden á que pertenecía, lo que se recuerda en la pomposa dedicatoria al Marqués de Torrenueva, á usanza de la época. Siguen tres censuras, en las cuales se dice que el P. Arbiol murió de edad de setenta y cinco años, dejando muy adelantado el opúsculo, al cual se colma de elogios; y la licencia de la Orden fecha en el convento de San Francisco de Madrid, á 5 de enero del mismo año de impresion. Lo que fuertemente llamó mi atencion al recorrer dicha obrita, fué el notar en el Prólogo, la coincidencia de haber sido escrito á petición de un misionero, cuya carta al efecto cita por completo. Parecióme que Dios me facilitaba el camino poniéndome en la mano el libro ya hecho, al cual habria solo que darle una forma más aceptable. Comencé á examinarlo íntimamente, y de luego noté que su lenguaje era intolerable en la delicadeza que reina actualmente en ese punto. Aun uno de los censores invoca la vènia del lector para la llaneza de expresion del opúsculo en un siglo y en una nacion en que siempre se ha gustado llamar al pan,

pan, y al vino, vino: ¿qué será en nuestros tiempos tan exigentes en la decencia del lenguaje por mas que no la halla en las costumbres? Así, preciso era depurar el lenguaje, modificando, cambiando, y aun suprimiendo pasajes enteros en que no cabia más que esa medida. Y si alguno aun encuentra algun tropiezo, piense que más no nos ha sido absolutamente dable. Notamos en seguida, que, basado el opúsculo sobre unos versos de san Antonio de Padua, que enumeran hasta treinta efectos de la liviandad, los cuales, dice el P. Arbiol, serán todo el asunto de su libro, no obstante apenas se ocupa de cuatro ó cinco, haciendo con esto solamente la sexta parte del trabajo. Éranos, pues, preciso, hacer todo lo restante, no poco difícil, careciendo de la obra de san Antonio, y no pudiendo consultar sus comentarios ni hallar la indicacion de los textos fundamentales, y teniendo que atenernos á nuestros propios estudios y conjeturas. Nuestro segundo trabajo debia ser, pues, completar el plan del autor, apenas iniciado. Advertimos despues, que en la obrita hay muchas cosas inútiles las unas, y fuera de su lugar las otras en nuestros tiempos: un capitulo entero sobre los errores de Molinos; dos ó tres capítulos sobre la obligacion de los

eclesiásticos en orden á la castidad; varios avisos á los confesores sobre preposiciones entonces nuevamente condenadas, y que han pasado, tiempo ha, á ser del dominio pacífico y bien conocido de la Moral; once largos capítulos sobre los remedios de la impureza, de que yo debia hablar poco, por hallarse tratados hoy en multitud de libros: en fin, mi tercer trabajo deberia ser cercenar las cosas superfluas. Convendria además, para no perder de vista á los señores sacerdotes, á quienes el P. Arbiol quiso dirigirse especialmente, anotar sus breves capítulos, ya para justificar el nuevo título que adoptamos, ya para ilustrar más las materias, como para hacer del opúsculo una especie de *selva* á fin de ayudar de algun modo á los predicadores y confesores. El P. Arbiol autoriza sus enseñanzas con el Doctor seráfico, y apenas unas cuantas veces cita al angélico. Nosotros quisimos subsanar esa falta, y acudir á menudo á alumbrarnos con los rayos del Sol de las Escuelas, cuyas doctrinas no son ménos seguras y autorizadas en Moral, que en Dogma y en Filosofía. Y este fué nuestro último trabajo: anotar todo el opúsculo valiéndonos de la Escritura y tradicion, y autorizando las doctrinas competente-mente con el sentir de Santo Tomás. Todo esto

quisimos hacer, mi buen Padre; y aunque corra de prisa no poco tiempo ante las dificultades y la antipatia del asunto, al fin los nuevos abortos de Pentápolis, que en sus cartas de este año usted nos trazaba, profundamente nos conmovieron, y nos decidieron á no más alzar mano de la obra hasta su total conclusion. ¡Quiera el Señor echar su bendicion sobre este pequeño trabajo, emprendido á mocion de un piadoso ministro suyo, y sin otro fin que la mayor gloria de Dios en el bien de las almas!

Trapuato, en el lunes de Pascua del año de 1889.

G. Ch., Pbro.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

PRÓLOGO DEL PADRE ARBIOL

Y RAZON DE ESTE LIBRO.

El motivo principal de escribir este libro, me lo dió un insigne operario del Señor que, continuando sus apostólicas misiones, me escribió la carta siguiente:

«Reverendo Padre: Hace años que estoy deseando y pidiendo á nuestro Señor un libro específico y conciso contra la torpe lujuria desenfrenada, que tiene apestado el mundo, muertas innumerables almas de los cristianos, escandalizados los pueblos, profanados los santos Sacramentos, frenéticos y prevaricados á los hombres, arriados muchos á una penitencia falsa, por sus malas costumbres, ocasiones próximas voluntarias y frecuentes reincidencias sin enmienda. ®

«De esta pestilencia se hallan contaminados innumerables de los chicos y de los grandes; de todos los mozos y de los casados (y á veces de éstos con mas desafue-

ro); de los ancianos y viudos y muchos de todos los estados. Los médicos espirituales que debian curar esta infernal epidemia con fuertes y eficaces remedios, se hallan muchas veces acobardados y confusos, imaginando falsamente, que con una penitencia ligera se puede curar una pasion arraigada en las entrañas.

«Haga V. P. profunda reflexion sobre este gravísimo contagio. Pida nuevas y muy resplandecientes luces al cielo, para que haga ver á estos apestados, y á todos, la gravedad, malicia y fealdad de este vicio torpe y abominable: lo mucho que Dios lo aborrece; cuán rigurosamente lo castiga; que llena los infiernos; que prevarica á las criaturas; y Dios amenaza con todo rigor á los confesores para que cumplan con sus obligaciones, y receten los más propios y eficaces remedios para la curacion fundamental de tan graves enfermedades. Eche V. P. á los infiernos, si no se enmiendan, á los consuetudinarios, y á los que no quitan las ocasiones próximas voluntarias, y á los escandalosos públicos que arruinan el mundo. Créame V. P., que con esto ganará mas almas para Dios desde su celda, que doce compañías de misionistas. Diga V. P. horrores de este formidable contagio que abra-

sa los pueblos, destruye las almas, acaba las familias, quita las sucesiones, abrevia las vidas de los hombres, enferma los cuerpos humanos y condena las almas.»

Esta fervorosa carta dice mucho. Parece regulada con aquellos excelentes exámetros de nuestro serafin de Padua san Antonio, que dicen así:

Hé aquí la lujuria fea, los daños mil que acarrea:
 Ensucia, enreda, embezca, declara guerra;
 Condena, mata, del cielo las puertas cierra;
 La mente abrasa, las virtudes extermina;
 Todo bien roba, á mentir la boca inclina;
 Nunca se sacia, en servidumbre perece:
 La vuelta impide, el corazon endurece;
 A la luz odia, á las tinieblas se allega;
 La Mesa quita sagrada, la razon ciega;
 Su cuerpo ultraja, deja á Dios, al ocio quiere;
 Al diablo alegra, es bocado que él prefriere;
 Á la fe ofusca, la doctrina oye sin fruto:
 Dementa al sábio; al hombre truecale en bruto;
 A todo mal arremete, y el buen nombre compromete (1).

(1) VERSUS DE LUXURIE EFFECTIBUS.

*Inquinat, Irretit, Inviscat, Fœdera rumpit.
 Damnat et occidit, Paradisi limina claudit.
 Mentis succendit. Virtutes castat et urit.
 Eripit omne bonum. Facit ad mendacia pronum.
 Insatiabilis est. Cogit servire. Reverti
 Non sinit ad Dominum. Cor depradatur. Abhorret
 Lumen. Amat tenebras. Indignum Corpore Christi
 Efficit. Ecccœcat rationis lumina. Peccat
 In proprium corpus. Domino se subripit. Hostes
 Lætificat. Sathanae cibus est. Amat otia. Christi
 Notitium tollit. Doctrinae pabula spernit.
 Doctos infatuat. Homines animantibus æquat.
 Nititur in vitium. Nomen depravat honestum.*

Estos son los principales efectos de la lujuria, y tambien los principales asuntos de este libro, para pasar despues á sus importantes remedios. Deseo que este trabajo sirva tambien para el desvelo y cuidado de los padres de familia, de los ayos y maestros, de los confesores y de los preladados, á fin de que cada uno trabaje en lo que respectivamente le toca; para que este vicio capital y pestilente no se desafuere más, y se quiten los escándalos que destruyen los pueblos cristianos.

Espero de la infinita misericordia de Dios, que con sus divinos auxilios, y con el conocimiento del agregado de tantos y tan horrorosos males, así del alma como del cuerpo, que padecen las criaturas torpes y deshonestas, se conviertan, y se aparten de sus estragos indignos y fatales, y abracen la vida casta y honesta que nos hace semejantes á los ángeles del cielo, como nos lo dice nuestro divino Maestro. (Matth. xxii, 30).

ESTRAGOS DE LA LUJURIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Idea de este vicio.— Sus actos más comunes.— Sus incentivos.— Su audacia.— Palabras de san Juan — Observacion de san Jerónimo.— Cristo nombra á la liviandad antes que á los otros vicios.— Es la Reina del siglo, que todo lo invade.

El vicio capital de la lujuria, consiste, como dice el angélico doctor Santo Tomás, en un afecto desordenado de cosas impuras, torpes, venéreas y libidinosas, el cual no obedece á la razon, ni atiende sino al propio gusto desordenado de la criatura terrena. Sus siete especies (que no nos proponemos explicar), provienen de la libertad ó estado conyugal; de la diversidad ó identidad del sexo, de la integridad del cómplice; de su asentimiento ó violencia; de la consagracion á Dios de quien le ofende, y de la

Estos son los principales efectos de la lujuria, y tambien los principales asuntos de este libro, para pasar despues á sus importantes remedios. Deseo que este trabajo sirva tambien para el desvelo y cuidado de los padres de familia, de los ayos y maestros, de los confesores y de los preladados, á fin de que cada uno trabaje en lo que respectivamente le toca; para que este vicio capital y pestilente no se desafue-re más, y se quiten los escándalos que destruyen los pueblos cristianos.

Espero de la infinita misericordia de Dios, que con sus divinos auxilios, y con el conocimiento del agregado de tantos y tan horrorosos males, así del alma como del cuerpo, que padecen las criaturas torpes y deshonestas, se conviertan, y se aparten de sus estragos indignos y fatales, y abracen la vida casta y honesta que nos hace semejantes á los ángeles del cielo, como nos lo dice nuestro divino Maestro. (*Matth. xxii, 30*).

ESTRAGOS DE LA LUJURIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Idea de este vicio.— Sus actos más comunes.— Sus incentivos.— Su audacia.— Palabras de san Juan — Observacion de san Jerónimo.— Cristo nombra á la liviandad antes que á los otros vicios.— Es la Reina del siglo, que todo lo invade.

El vicio capital de la lujuria, consiste, como dice el angélico doctor Santo Tomás, en un afecto desordenado de cosas impuras, torpes, venéreas y libidinosas, el cual no obedece á la razon, ni atiende sino al propio gusto desordenado de la criatura terrena. Sus siete especies (que no nos proponemos explicar), provienen de la libertad ó estado conyugal; de la diversidad ó identidad del sexo, de la integridad del cómplice; de su asentimiento ó violencia; de la consagracion á Dios de quien le ofende, y de la

desproporcion con la naturaleza, en las acciones.

Segun san Buenaventura, tratando de este vicio, sus actos más comunes son doce: Pensamientos, delectacion morosa, aspectos libidinosos, palabras torpes, caricias deshonestas, contactos impúdicos, trages profanos y provocativos, actos lascivos, ocasiones próximas, reincidencias sin enmienda, costumbres inverteeradas y escandalosos ejemplos.

Los incentivos de este vicio son innumerables y vehementes, dice el mismo Santo. Y en efecto, en algunas personas, y no pocas, todo cuanto se vé es un agregado formidable de torpe liviandad: cabellos, ojos, oidos, palabras, acciones, movimientos, vestiduras, adornos; todo cuanto hay en ellas no respira otra cosa sino lujuria maldita. Y por eso se abrasa el mundo en deshonestidades, pues que á cada paso se ofrecen á los ojos estos incentivos, y hacen gemir aun á los justos en horribles combates, siendo el espíritu de lujuria molestisimo y audacisimo, porque se atreve á todo y á todos, y á ninguno tiene respeto, por sabio, ó grande ó santo que sea.

El Amado discípulo de Cristo Señor nuestro dice, que *todo cuanto hay en el mundo es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida* (Joan, II, 16), designando así los tres primeros pecados capitales, y po-

niendo delante la lujuria, aunque en el texto de la doctrina cristiana se nombra primero la soberbia.

El gran Padre de la Iglesia, san Jerónimo, escribiendo contra Pelagio, dice, que todas las herejías que hasta su tiempo habian afligido á la santa madre Iglesia, y aun la misma idolatría, tuvieron su origen de la lujuria desenfrenada; y el Espíritu Santo con un mismo nombre explica la idolatría y la lujuria: *prostituyéndose con los dones ajenos, y adorándolos* (Judic. II, 17). Y el santo Job asegura que el demonio de la torpeza es tan soberbio y atrevido, que *tiene confianza en sorber las aguas del Jordan por su boca*; esto es, en tragar y devorar hasta las almas puras de los justos (Job. XL, 18). ¡El Señor nos libre de sus diabólicas astucias! Amen.

NOTA.

Más pudiera haber dicho el P. Arbiol acerca de las especies del vicio impuro; siquiera parece habria debido definir las, y solo se contentó con nombrarlas. Nosotros hicimos menos, pues no quisimos ni aun nombrar esas especies, sino apuntar los objetos que las determinan. La razon es porque no queremos enseñar al que no sepa, sino infundir un grande horror á tan in-mundo delito. Lo que dice san Juan, de que cuanto hay en el mundo es concupiscencia de

la carne, es un golpe formidable asestado contra el mundo, á quien tantos defienden; pues prueba que cuanto hay en él, bailes, espectáculos, zarzuelas, modas, novelas, etc., no son más que *concupiscencia de la carne*, es decir, impureza, sensualidad y lujuria. Tal es la Reina del siglo. ¡Y no obstante, multitud de padres de familia sumergen á sus hijos con sus propias manos en todo ese cieno, y claman neciamente contra los sacerdotes que anatematizan el mundo! Hoy por hoy, si hemos de creer al sabio P. Faber, de los tres enemigos del alma, el que más almas condena, el que más perjudica, el que más estragos hace en el rebaño de Jesucristo, es el mundo. ¡No hay que olvidarlo!

CAPÍTULO II.

Primera mala propiedad del vicio impuro: ensucia. — Textos que lo prueban. — Contactos y sus daños. — Advertencia á los confesores. — Una causa de callar los pecados de esta especie. — La teología de Gury y la de Morán.

La primera mala propiedad que nombra san Antonio de Padua cuando menciona los malos efectos del vicio capital de la lujuria, es que *ensucia*, mancha, afea y hace asquerosas á las infelices criaturas. *Inquinat*. En efecto, el Sábio dice en sus misteriosos Proverbios, que *el hombre que toca á la mujer de su prójimo no quedará limpio, mas se manchará con ese contacto*.

(Prov. vi, 19). Y si solo el simple contacto ensucia y mancha, ¿qué harán ulteriores excesos? Por eso, dice tambien el apóstol san Pablo, que *es bueno para el hombre el no tocar á la mujer*. (I Cor. vii, 1). *El que tocara la pez, se manchará en ella*, dice el Sábio (*Eccles. xiii, 1*), y así tambien el que toca á otro con afecto libidinoso, no queda limpio sino manchado en alma y cuerpo. De las criaturas vírgenes y castas se dice en el misterioso libro del Apocalipsis, que *son los que no se mancharon con personas de otro sexo* (Apoc. xiv, 1), dando á entender que el contacto con ellas mancha, ensucia y afea las miserables almas.

Algunos se vician en inmundos desórdenes desde los primeros años de su vida; y con el tiempo suelen ir en aumento en feísimos excesos, con los cuales, dice el santo Job, que *se llenan sus huesos de los vicios de su adolescencia, y duermen con ellos en el polvo* (Job. xx, 11). Este vicio infernal es más comun en las criaturas y jóvenes de pocos años, y por eso se les llama, *vicios de la adolescencia*, y si luego no se remedian, pasan adelante, y contaminan toda la vida, de tal manera, que ni en la vejez se dejan. Así lo dice Salomon: *El adolescente, según su camino, aun cuando llegue á ser viejo, no se apartará de él* (Prov. xxii, 9). Así, de los perversos viejos que persiguieron á la casta Susana, dijo el profeta Daniel, que eran tan vie-

jos en la malicia y en su torpeza, como en su edad y muchos años (*Dan. xiii, 52*), de suerte que como habian sido torpes en sus pocos años, se hizo tambien con ellos vieja la torpe costumbre, y procedian de dia en dia, de mal en peor. Esta fatal desventura sucede muchas veces con niños de pocos años, que, viciándose en inmundicias y fealdades, prosiguen con ellas hasta la vejez, y hasta el fin de su vida, hasta que ellos se acaban y se pierden. Entran sus inmundicias á lo íntimo de su corazón, como lo dice Dios por Ezequiel profeta (*Ezech. xiv, 3*), y así, en inmundicias acaban sus vidas infelices.

Los padres y confesores queden advertidos, y cuando vieren que los niños se vician en tales indignidades, apliquen la mano fuerte para su remedio, porque de otro modo no se enmendarán. Diganles el horrendo castigo que Dios hizo, y de que se habla en el capítulo XXXVIII del Génesis, quitando á un perverso repentinamente la vida. Y noten tambien mucho, lo que advierte el santo Job, que, *cuando el mal se hace dulce en su boca, le esconde debajo de la lengua* (*Job. xx, 12*); es decir, que gustados los ilícitos placeres, luego los callan en sus confesiones por el encogimiento y vergüenza que causa el decirlos. Advértaseles que no pueden salvarse sino es confesándolos bien; porque el que ha pecado y puede confesarse no tiene otro remedio sino confesarse, ó condenarse. Las con-

fesiones de los que callan pecados por vergüenza, son malas y sacrilegas.

Algunas personas que tuvieron cosas de estas en su niñez, sin saber que eran pecados, entonces no pecaron, porque no tenían conocimiento ni uso de razon; pero si despues, pensando que pecaron, dejan de confesar aquellas cosas por vergüenza, entonces pecan, y hacen malas confesiones: *El que esconde sus pecados, no será enderezado*, dice el Espiritu Santo (*Proverbios, xxviii, 13*). El remedio es confesarse bien.

Á este mismo género de pecados por el sentido del tacto, pertenecen tambien los bailes poco honestos, en que se dan las manos y se tocan los piés entre personas de uno y otro sexo, pues aquel sentido se halla extendido por todo el cuerpo humano. Por eso dice el Sábio: *El que da ó pisa con el pié... maquina lo malo*. (*Prov. vi, 13*). Y san Agustín advierte que si el ánimo del hombre está manchado con la sensualidad, aun el contacto de las vestiduras de persona de otro sexo, es pecaminoso.

Cuando estos pecados pasan á costumbre, ó son muchas las reincidencias, ó no se dejan las ocasiones próximas, adviertan su deber los confesores, porque es horror lamentable que los vicios de los jóvenes pasen hasta la vejez, sin haber experimentado el justo rigor de negarles la absolucion, dándoles penitencias leves por gra-

vísimas culpas. ¡Día vendrá en que los jueces injustos serán juzgados! El Señor illustre nuestras almas. Amen.

NOTA.

No sé si hay quien haya notado que una de las causas que cooperan más á la omision ó supresion de los pecados en la confesion, es el giro que ha tomado el lenguaje actual. Desenfrenado el mundo en las acciones, afecta mucha limpieza en el idioma, y de aquí es que no se nombran sino con rodeos las especies de la sensualidad. No entrando estos nombres específicos de los pecados en el lenguaje familiar ni ordinario, de ahí la gran dificultad de expresarlos debidamente cuando se cometen. Pues bien, de la dificultad de expresarlos á la resolucion de omitirlos, no hay mas que un paso, que se dá con harta frecuencia; ó por lo menos se hace uso de palabras genéricas incapaces de caracterizarlos. Los niños, generalmente, no dicen en sus primeras confesiones, sino las faltas que la madre ó la persona que los prepara, les ha insinuado, casi como quien repite una leccion tomada de memoria; la madre ó el maestro no pueden insinuarles casi nada acerca de pecados sensuales, que muchas veces existen, por la misma dificultad del lenguaje, en que las palabras propias y específicas de los pecados, han pasado á ser técnicas de la Moral ó de la Medicina, dejando un hueco en el estilo familiar, que no es facil ciertamente llenar. Mas sea

lo que fuese de estas observaciones, la realidad es que en la actualidad se callan mucho, mucho, los pecados, y que no vemos más remedio, despues de combatir cuanto se pueda este abuso, sino la prudencia, la dulzura y el celo de los confesores. Es preciso tener paciencia á los niños: no asustarlos con palabras fuertes, ni voz demasiado alta; dilatar con ellos, ayudarles, adivinarles, dudar de sus negativas aun reiteradas, y aumentar la dulzura á medida que se sospeche su resistencia.

Acerca de la suspension de la absolucion á los reincidentes, nos permitimos llamar muy particularmente la atencion de nuestros compañeros en el ministerio, acerca de las opiniones que el docto P. Ballerini ha vulgarizado en sus notas al Gury. Además de que el texto mismo de esta obra, se aleja más de ciento y sesenta veces de las doctrinas de san Alfonso de Ligorio, como hacen ver claramente las Vindicias alfonsianas por la confrontacion de los textos, el P. Ballerini ataca al Santo con mucha rudeza, y en varias materias, principalmente en la de cooperacion, y práctica con los reincidentes, deja á un lado como *rigida*, la doctrina de san Alfonso, é inculca otra que no nos atrevemos á calificar. No es éste el lugar de entrar en mayores detalles; quien quiera instruirse más en este punto, acuda á los apéndices que trae al cabo del tercero y último tomo, la Teologia moral del P. Moran, dominico, obra buena, muy moderna, recientemente impresa en Madrid. La obra de Gury corre no obstante como un tra-

sunto exacto de la moral ligoriana, y aun está adoptada como obra de texto en algunos colegios!

Acerca de los bailes, el cándido P. Arbiol manda á las especies de los contactos ilícitos, «los bailes en que se tocan las manos y los piés.» ¿Qué diría de nuestros bailes actuales, en que se enlazan los talles, se aproximan las mejillas, se estrechan los pechos y se confunden los alientos? Aquí se manchan evidentemente los cinco sentidos, se contaminan las potencias, y se dice adios al pudor y á la decencia. Y no obstante, mujeres mundanas, que piensan ser buenas cristianas, se atreven á alegar en pro del baile la doctrina de san Francisco de Sales en su Introduccion á la Vida devota, ¡como si fueran los mismos los bailes de hace tres siglos que los nuestros! Digan lo que quieran los mundanos, la realidad es que el baile moderno es un foco pestilencial de impureza, una escuela de impudor, y una oficina donde se fabrica muy violentamente la ruina de las almas. Por eso la Reina del siglo los ha extendido con tanto empeño, pues son uno de los lugares donde ostenta más su universal dominación y extiende más sus rudas, aunque doradas cadenas.

CAPÍTULO III.

El vicio impuro engaña y enreda.—Pasages de la santa Escritura que lo testifican.—Del adorno de las mujeres.—De las modas.—Visiones á santa Angela, D.^a Sancha Carrillo, sor Francisca del Sacramento, D.^a Marina de Escobar, santa Brigida.—El beato Enrique Suson.—Egidio dominicano.—Santo Tomás.—El hijo aumenta la prostitucion.—Gaume.—Trajes del dia.—Areas salvadoras.

El Serafin de Padua dice tambien que la lujuria *enreda* y engaña á muchas criaturas, dándoles á entender que algunas torpezas no son pecados, ó que son leves, y que fácilmente se perdonarán. *Irrelit.*

Para la prueba eficaz de estos perniciosos engaños alega el Santo las palabras del Sábio desengañado, que decia á su hijo: *Guárdate de la mujer inquieta y lujuriosa; porque te engañará con sus alhagos venenosos, y te perderá. Con sus palabras dulces te llevará encantado y con sus profanos adornos enredará á tu alma (Prov. vii).* De estos perniciosos y torpes engaños está lleno todo este miserable mundo. No quieren acabar de creer algunas criaturas insensatas, principalmente mujeres, que las vestiduras profanas, provocativas de torpeza, son un continuo pecado mortal; aunque se lo dicen los doctores y maestros de la santa Iglesia, no los quie-

ren creer, ni desengañarse, ni menos enmendarse. La torpe lujuria las engaña, y nada las desengaña; porque no quieren ser desengañadas. Así lo dice san Bernardino de Sena: *No quieren creer*. Nuestro Señor Jesucristo dijo, que los que no quieren creer á los predicadores apostólicos, ni á los Profetas, aunque resucite un muerto, y les predique, no le creerán. Así sucede con las mujeres perdidas y escandalosamente profanas, que aunque les prediquen san Pedro y san Pablo, y todos los santos Doctores de la Iglesia, no quieren reformarse, ni ponerse con la honestidad que deben, como verdaderas cristianas.

El Príncipe de los Apóstoles, san Pedro, dice en su primera Carta, que las mujeres casadas estén sujetas á sus maridos, y les complazcan en todo lo justo, adornándose con honestidad y modestia como las mujeres santas antiguas. Hé aquí sus precisas palabras: *Asimismo las mujeres sean obedientes á sus maridos... No sea el adorno de estas exterior, ó cabellera rizada, ó atavíos de oro ó gala de vestidos... Porque así también se ataviaban antiguamente las santas mujeres que esperaban en Dios, sujetas á sus propios maridos* (I Petr. III, 1, et seq.). También es justo que las doncellas honradas se adornen honestamente conforme á la voluntad de sus padres; porque si han de tomar estado de matrimonio, importa que no parezcan mal á los ojos

de los que han de ser sus maridos. De suerte que no reprendemos los decentes adornos, sino los trajes torpes, escandalosos y profanos que usan algunas mujeres perdidas de este siglo maligno, con que pierden las almas y pierden al mundo. El Angélico Maestro notó que el mundo se dice maligno de dos palabras latinas, *mallo igne*, que quieren decir mal fuego, y este es el de la impureza que lo abrasa todo. Es el fuego del que dice el Sábio que *no puede el hombre esconderle en su seno sin que también ardan las vestiduras* (Prov. VI, 27).

El mundo se abrasa con este fuego maldito; y no se puede esconder porque lo vemos á los ojos. ¡Ojalá no se viese tanto! Vemos á cada paso por las calles unas mujeres torpes y desenvueltas, tan escandalosamente vestidas que son la ruina del pueblo cristiano. Viven con ciega obstinacion en sus escandalosas profanidades, y no advierten los innumerables daños que hacen. El escandaloso Lucifer hizo caer á los infiernos á la tercera parte de los ángeles, *arrastrando con su cola la tercera parte de las estrellas del cielo*, como se dice en el misterioso libro del Apocalipsis (Apoc. XII, 4), y estas malditas y diabólicas mujeres, con sus colas y calzados levantados, y adornos escandalosos arrebatan para el infierno á innumerables hombres. Con la provocativa desnudez del seno, mostrando la cerviz, garganta, hombros, espal-

das y brazos, se hacen maestras de torpeza y de lascivia; el vestido pegado y angosto, el pié sacado, resaltadas las formas y enhiesta la cabeza, parecen culebras venenosas. El profeta Jeremías las pinta que son como cazadores que arman lazos y grillos para coger á los hombres. (Jerem. v, 26). Cada cinta que se ponen, es un lazo para este diabólico fin. Las desgraciadas que de intento se adornan para hacer caer á los hombres, ya están juzgadas, que viven en continuo pecado mortal, y en estado de condenacion eterna, y sus confesiones y comuniones son sacrilegas mientras no tienen eficaz propósito de la enmienda de su mala vida. Y en esto no hay duda ni opiniones contrarias, porque así lo tiene declarado el santo Concilio Tridentino (sess. 6, c. 9.), y es decreto de la santa Iglesia.

En cuanto á las que no se adornan por ese mal fin determinado, sino por parecer bien, y seguir á la moda, deben examinar dos cosas: la primera, que no empeñen su caudal y haberes en lo que no pueden pagar para vestir á la moda, con lo cual son gravosa carga á sus maridos, y repugnan la debida reforma en la familia. Estas están en continuo pecado mortal, y en estado fatal de condenacion eterna: la segunda, que se engañan pensando que el seguir á la moda porque es costumbre, excuse de pecado. Para que la costumbre sea legitima, debe tener estas condiciones: que no sea contraria al

derecho natural ó divino; que no esté expresamente reprobada por los Cánones; que no sea ocasion de ruina ó de pecar; que no sea pernicioso al bien comun. Cualquiera de estas condiciones que le falte, es irracional corruptela, que no excusa de pecado, como sienten comunmente los teólogos. Las señoras, si son buenas cristianas, infórmense bien, y tomen consejo de hombres doctos y temerosos de Dios; que éstos entienden lo que mas importa para el bien seguro de las almas.

El Señor siente mucho las profanidades de las galas que son escandalosas en su pueblo, y así lo tiene manifestado en varias revelaciones y visiones. Á santa Ángela de Fulgino se le apareció Cristo nuestro Señor llagado, derramando mucha sangre de sus heridas, coronado de espinas, y con una pesada cruz sobre los hombros, y le dijo: Por los afeites y profanos adornos de las mujeres, y por los vanos rizos de sus cabellos, Yo padecí esta penetrante corona de espinas: y con los pecados que hacen y ocasionan con la torpe desnudez de su seno, brazos y espaldas, Yo fui cruelmente azotado y llevé la pesada cruz sobre mis hombros.

Á la venerable D.^a Sancha Carrillo estando en oracion un dia de Corpus se le apareció Cristo nuestro Señor muy lastimado y afligido. Y preguntándole la Sierva de Dios, qué pecados eran los que le ocasionaban aquellas amargas

penas, le respondió, que los trajes vanos y deshonestos que en aquel día se ponian las mujeres, con muchas ofensas de su Majestad. Así se refiere en el Libro de su maravillosa vida.

El señor Palafox en su precioso libro que intituló, *Luz á los vivos con escarmiento de los muertos*, refiere que á la venerable Madre sor Francisca del Sacramento, se le apareció una señora muy principal, vestida de unos harapos viejos y andrajosos que le arrastraban; y le dijo que eran en castigo de las galas superfluas y vanas de que habia usado en este mundo.

El venerable P. Luis de La Puente, refiere que un día le dijo el Señor á la venerable doña Marina de Escobar: Mira, hija, al mundo profanado con tantas nuevas vanidades, y demasiadas invenciones para recrear el gusto de los mundanos; y pide con muchas instancias el remedio de tantas profanidades.

Á santa Brígida le dijo el mismo Señor, quejándose de las mujeres profanas: ¡Oh enemigas mías! ¿por qué despreciáis mi pasión santísima, y no consideráis cómo estuve en la columna atado, con ignominiosa desnudez, por la torpe desnudez que vosotras lleváis en vuestros escotados deshonestos; y con azotes cruelísimos fuí lastimado y herido por vuestro amor?

La misma Santa refiere que habiendo caído en los infiernos una jóven, por sus trajes escandalosos que su madre le ponía, se le apare-

ció vestida de llamas y le dijo: Madre mía maldita, para mí fuiste peor que los escorpiones, engañándome y enseñándome tus escandalosas vanidades y profanos trajes. Las vanidades, que de tí aprendí, las pago en mis penas con lamentables suspiros en mis grandes tormentos. No me sirvió de excusa el haber seguido tu voluntad en lo malo.

Al bienaventurado Enrique Suson se le apareció Cristo Señor nuestro, y le dijo: ¿Hasta dónde se han precipitado las mujeres cristianas con sus adornos profanos y escandalosos, que hacen mas daño que las ramerás gentiles? Mira cuán torpe y desvergonzadamente se ponen delante de los ojos de los hombres con sus vestidos lascivos é indecentes. Las mujeres infieles y gentiles se avergonzarían de lo que ellas hacen gala. Mejor les sería no haber nacido en este mundo, que condenarse para siempre en los infiernos.

El P. Egidio, dominicano, en su precioso libro intitulado: *Escala del cielo*, refiere, que un siervo de Dios vió el cielo abierto para que entrasen las almas, y al mismo tiempo vió tambien que los demonios horrorosos tendían en el mundo una gran red para estorbar á las criaturas la subida á los cielos: y le fué revelado que aquella red era el lascivo y escandaloso traje de las mujeres profanas. Cuenta tambien que refiriendo esto á una matrona que vestía semejan-

tes trajes, le dijo la señora: «Padre, si en las vestiduras que yo llevo, tiene complacencia el demonio, ruego á Dios que todo aquello que hay en mí contra su santísima voluntad, se lo lleve el demonio, pues es suyo.» Y apenas hubo dicho estas palabras, cuando se apareció un horrible demonio, y arrebató las profanas vestiduras que la matrona llevaba, diciendo en alta voz: «Estos son los instrumentos y despojos de nuestras victorias.» Así quedó desengañada y escarmentada la señora profana. ¡Ojalá que lo quedasen todas! Amen.

NOTA.

El Angélico Doctor habla del ornato femenino en la 2. 2. q. 169. a. 2, y sienta los mismos principios que el P. Arbiol en este capítulo: que el adorno decente y moderado es lícito; que pueden adornarse las esposas para parecer bien á sus maridos y detenerlos en la vía de sus deberes; que pueden hacerlo las jóvenes que tratan de casarse, para hacerse honestamente atractivas á los que tratan de tomar por esposos. Pero añade que no deben hacerlo las que ni son casadas ni quieren serlo, ni están en estado de serlo. Lo cierto es que en nuestros días el lujo, el deseo de agradar, la avidez de los aplausos, han hecho á la mujer entregarse á las modas y adornos con verdadero frenesí. Hombres pensadores han dicho que ésto dificulta los matrimonios y vulgariza la prostitucion. En efecto,

rehusa el hombre, que no cuenta con fabulosa riqueza, echarse á cuestras una esposa que pueda gastar en una semana lo que él no podrá ganar quizá ni en un año, y de allí es que mira con horror al matrimonio. Y entonces busca placeres menos costosos; y la mujer por su parte, no hallando quien haga los enormes gastos de su tocador, vende su cuerpo y su alma, su reputacion y su honor por unos girones de seda y unas brillantes bagatelas. En cuanto á las modas, son horribles: todas deforman más ó ménos la cabeza, cosa que agrada mucho á Satanás, como prueba con asombrosa erudicion el señor Gaume, en su *Tratado del Espíritu Santo, capítulo XXII de la 1.ª parte*; cubre la frente con lo que llaman *tupé* dando al semblante el aspecto del mono, de donde los sábios del día hacen derivar al hombre; realza, abulta, manifiesta y pone de relieve las formas mas provocativas que la modestia deberia por el contrario cubrir, atenuar, disimular y ocultar; estrecha los vestidos de tal manera, que cada paso es una provocacion, y la sola presencia un insulto al pudor y á la modestia. Hé aquí un foco de malos deseos, de indignos pensamientos, de locos y tempestuosos amores, de apego estrechísimo al siglo vano, y de olvido de Dios, de su ley, de la religion y del alma. El mal es inmenso y casi sin remedio: la predicacion fracasa y aun es objeto de sangrientas invectivas cuando ocupa ese terreno; el confesonario no es frecuentado por esa clase de personas; la instruccion religiosa no puede abrirse paso en gentes que solo

gustan la venenosa lectura de las novelas. Algunas almas se escapan ingresando á piadosas congregaciones, como las Ordenes Terceras, y la Asociación de las Hijas de María, ambas recomendadas solemnemente por el actual Pontífice en repetidos documentos. Pero para todo esto se necesitan operarios instruidos y celosos. La mortalidad de los sacerdotes es un verdadero castigo; y la escasez de las nuevas vocaciones un azote tremendo. Hay que atizar el fuego de la oración, y promover el espíritu de reparación. ¡Dios por su infinita misericordia, se digne remediar tantos males!

CAPÍTULO IV.

Prosigue el mismo asunto. — Palabras de santa Brígida, — de Simon de Cásia, — de Taulero, — del P. Mariana, — del P. Mario, — de san Vicente Ferrer, — de san Ambrosio, de san Pedro Damiano, — de Doña Maria de Escobar, — de Tertuliano y san Agustín. — Célebre pasaje de Isaías. — San Cipriano y el Nacianceno — San Agustín, san Crisóstomo y san Jerónimo comentándolo.

En las Revelaciones de santa Brígida se lee, que prevaleciendo con exceso en la ciudad de Chipre la vanidad de los trajes profanos, dijo el Señor á la Santa: «Esta ciudad es como la de Gomorra, pues arde en el fuego de la lascivia; por eso, si no se enmienda en el pestilencial incendio de sus trajes profanos, que son pro-

vocativos de torpeza, caerán sus edificios y quedará asolada; y su estrago será memorable en muchas regiones del mundo, y su ruina servirá de escarmiento á las naciones. Y así sucedió por no enmendarse, porque los turcos la tomaron y abrasaron, y se llevaron cautivas á mas de dos mil doncellas, y á vista de la ciudad las quemaron en las naves. La misma santa Brígida dice que se le apareció la Reina de los ángeles María santísima, y le dijo: que todas las mujeres profanas y escandalosas en sus trajes, tienen por antigua costumbre el aborrecer y censurar á los ministros de Dios que se aplican á corregirlas y desengañarlas; por lo que, obstinadas corren aprisa por el camino derecho del infierno.

El venerable P. Simon de Cásia, con espíritu profético, lastimándose de la ciudad de Florencia por los trajes y escotados profanos de las mujeres, decia así: «¡Oh Florencia! tus mujeres con sus trajes lascivos son catedráticas y maestras de perdición á las extrañas y forasteras. El cuello, cerviz, hombros y espaldas desnudas, dan voces de lujuria, y enlazan á los mozos y á la juventud, y á la vejez más dormida la despiertan á lascivia. La torpe desnudez de tus hijas será la causa de tu ruina.» ¡De cuántas de nuestras ciudades pudiéramos hacer igual pronóstico!

Ciento y setenta años antes que entrase en

gustan la venenosa lectura de las novelas. Algunas almas se escapan ingresando á piadosas congregaciones, como las Ordenes Terceras, y la Asociación de las Hijas de María, ambas recomendadas solemnemente por el actual Pontífice en repetidos documentos. Pero para todo esto se necesitan operarios instruidos y celosos. La mortalidad de los sacerdotes es un verdadero castigo; y la escasez de las nuevas vocaciones un azote tremendo. Hay que atizar el fuego de la oración, y promover el espíritu de reparación. ¡Dios por su infinita misericordia, se digne remediar tantos males!

CAPÍTULO IV.

Prosigue el mismo asunto. — Palabras de santa Brígida, — de Simon de Cásia, — de Taulero, — del P. Mariana, — del P. Mario, — de san Vicente Ferrer, — de san Ambrosio, de san Pedro Damiano, — de Doña Maria de Escobar, — de Tertuliano y san Agustín. — Célebre pasaje de Isaías. — San Cipriano y el Nacianceno — San Agustín, san Crisóstomo y san Jerónimo comentándolo.

En las Revelaciones de santa Brígida se lee, que prevaleciendo con exceso en la ciudad de Chipre la vanidad de los trajes profanos, dijo el Señor á la Santa: «Esta ciudad es como la de Gomorra, pues arde en el fuego de la lascivia; por eso, si no se enmienda en el pestilencial incendio de sus trajes profanos, que son pro-

vocativos de torpeza, caerán sus edificios y quedará asolada; y su estrago será memorable en muchas regiones del mundo, y su ruina servirá de escarmiento á las naciones. Y así sucedió por no enmendarse, porque los turcos la tomaron y abrasaron, y se llevaron cautivas á mas de dos mil doncellas, y á vista de la ciudad las quemaron en las naves. La misma santa Brígida dice que se le apareció la Reina de los ángeles María santísima, y le dijo: que todas las mujeres profanas y escandalosas en sus trajes, tienen por antigua costumbre el aborrecer y censurar á los ministros de Dios que se aplican á corregirlas y desengañarlas; por lo que, obstinadas corren aprisa por el camino derecho del infierno.

El venerable P. Simon de Cásia, con espíritu profético, lastimándose de la ciudad de Florencia por los trajes y escotados profanos de las mujeres, decia así: «¡Oh Florencia! tus mujeres con sus trajes lascivos son catedráticas y maestras de perdición á las extrañas y forasteras. El cuello, cerviz, hombros y espaldas desnudas, dan voces de lujuria, y enlazan á los mozos y á la juventud, y á la vejez más dormida la despiertan á lascivia. La torpe desnudez de tus hijas será la causa de tu ruina.» ¡De cuántas de nuestras ciudades pudiéramos hacer igual pronóstico!

Ciento y setenta años antes que entrase en

Alemania la herejía del maldito Lutero, se lo profetizó el iluminado doctor Juan Taulero, como se refiere en su maravillosa vida, donde se dice, que la causa principal de tan horrendos castigos espirituales, fué la torpe desnudez de las mujeres profanas.

Mas de setecientos años fué España oprimida de los moros y sarracenos; y esto se originó, dice el docto Mariana, por haber visto el rey D. Rodrigo á Florinda hija del Conde D. Julian desde un balcon de su real palacio en un jardin, desabrochado el pecho. Con este motivo se cometió el torpe delito que fué la causa de la perdicion de esa católica Monarquía. Con otro semejante motivo se perdió tambien el rey David, y tuvo que llorar toda su vida.

El P. Mario refiere un caso fatal de una doncella, que estando componiéndose sus adornos profanos á la vista de un espejo, se le aparecieron en el cristal cuatro demonios horrendos, los cuales le apretaban la cabeza, y teniendo sus manos llenas de inmundicia le lavaban la cara y el seno. Viendo esto la jóven profana cayó en tierra como muerta y se levantó tan desengañada, que renunció al mundo y á todas sus vanidades y acabó sus dias con ejemplarísima vida.

El apóstol de Valencia san Vicente Ferrer dice claramente, que algunas mujeres, aun de las que el mundo tiene por castas, limosneras y

abstinentes, se condenan por el profano traje y vanos adornos de su cuerpo.

En el libro *Scala cæli* se refiere de una señora virtuosa que pidió á Dios nuestro Señor le manifestase qué cosa era la que más aborrecia en las mujeres. Y dicho esto vió en el infierno una mujer en grandes tormentos que con tristes voces decia: ¡Ay de mí! que fui casta en mi cuerpo y estoy condenada por los trajes y adornos profanos que tuve en mi persona, con los cuales fui peor que los demonios del infierno cuyo fuego no abrasa sino á los malos y condenados; pero yo con mis adornos escandalosos hacia mal á los justos y santos! Esto es lo que más aborrece Dios en las mujeres.

San Ambrosio dice que muchas mujeres gentiles andan mas honestas que algunas cristianas escandalosas. De una refiere que se acuchilló el rostro considerando que muchos hombres habian caido por su hermosura. Ejemplares más heróicos tenemos de las santas mujeres de la Iglesia católica como puede verse en las vidas de santa Coleta, santa Rosa de Lima y otras muchas vírgenes esposas del Señor.

Los ángeles de guarda que tienen los fieles, se indignan contra las mujeres profanas que los divierten y escandalizan, principalmente en los sagrados templos, cuando con sus vanos adornos, velos transparentes y cabezas descubiertas,

inquietan á los fieles en aquel santo lugar. Así lo advierte san Bernardino de Sena.

San Pedro Damiano dice que por culpa de los confesores y predicadores se condenan la mayor parte de las almas; porque no les afean sus vicios ni las desengañan, como deben, en sus torpes profanidades y trajes escandalosos.

Á la venerable Madre Marina de Escobar le dijo el Señor que eran pocos los predicadores y confesores buenos que tenia en su Iglesia que celasen su honra y gloria y el mayor bien de las almas. Y otra vez de uno de éstos le dijo: Como ese confesor fué tan ancho con los que se confesaban con él, lo tengo ahora en parte muy estrecha con grandes penas. El seráfico doctor san Buenaventura dice que es extrema demencia condenar el hombre su alma por no desagradar á las criaturas terrenas.

Algunas mujeres engañadas dicen que usan de sus trajes profanos por complacer á sus maridos. Éstas, escribe Tertuliano, viven engañadas, porque sus maridos no quieren que sean escandalosas ni que sean apetecidas de otros. Además, que primero es Dios que su marido; y primero es su Criador, que su padre terreno, como lo dice San Agustin.

Las vestiduras de la mujer honesta le han de cubrir todo el cuerpo, de tal modo que sólo se le descubran las manos y la cara. Así iba vestida la Reina de los ángeles María santísima, y así

tambien se ostenta en su hermosa Imágen de Guadalupe, cuyo vestido está ajustado al cuello con un broche ó pequeño medallon en que se ve pintada la cruz.

Ultimamente prevengo que no les excusa á las mujeres profanas el decir que ellas no quieren apeteer á ningun hombre, porque san Agustin dice que tambien les está prohibido el querer que las apetezcan á ellas. El Señor Todopoderoso las desengañe del todo para ser honestas en lo interior y exterior. Amen.

NOTA.

Ocupando el P. Arbiol dos capítulos de su opúsculo en el asunto de los trajes profanos, se ha mostrado muy parco en los testimonios de los santos Padres que autorizan grandemente su doctrina. Para subsanar esa falta, recordaremos un notabilísimo pasaje de la santa Escritura sobre el particular, y aduciremos algunas palabras de los santos Doctores; trabajo muy fácil, pues no tenemos más que acudir al comentario de Cornelio Alápide sobre el texto de Isaías, y escoger entre los muchos testimonios de los Padres y aun de los filósofos gentiles que allí acopia.

He aquí, pues, el pasaje del capítulo III de Isaías, desde el verso 16. *Y dijo el Señor: Por cuanto se alzarón las hijas de Sion, y anduvieron erguidas de cuello, y guiñando los ojos, y caminaban*

haciendo ruido con los pies, y andaban con pasos afectados. Hará calva el Señor la cabeza de las hijas de Sion, y desnudará sus cabellos. En aquel día arrancará el Señor el atavío de los calzados, y las medias lunas. Y los collares, y los joyeles, y las brazaletes, y los sombrerillos, y las peinetas, y las ligas, y las gargantillas, y los pomitos de olor, y los zarcillos. Y los anillos, y las diademas, y los trajes de fiesta, y las manteletas, y las gasas, y los fistoles, y los espejos, y las blondas, las cintas y los vestidos de verano. Y por el suave olor habrá hediondez, y por los cinturones, cuerdas; y por los bucles, calvicie, y por los corsées, cilicio. En este notable pasaje se vé como el Espíritu Santo ha querido descender á esta nomenclatura de todos esos atavíos mujerieles, desde los bonetillos ó turbantes hasta los ruidosos calzados, haciendo estallar su indignación con tan tremendas amenazas. Por esto, como nota Cornelio Alápide, es ilustre este lugar contra el atavío mujeriele y el lujo en los vestidos; pues si entre los judíos tanto desagradó al Señor que lo castigó con la ruina de toda la nación, ¿cuánto más le desagradará y lo castigará en los pueblos cristianos?

Pero veamos algo de lo más señalado que los Padres han dicho acerca de este punto.

San Cipriano, en su libro *De habitu virg.*, precisamente sobre este pasaje de Isaías, dice: «Así como aquellas jóvenes adornadas y compuestas se atrajeron en castigo la fealdad y la torpeza, así las que hoy se visten de púrpura y seda no pueden vestirse de Jesucristo; las que relucen

de oro y perlas y pedrería, es porque han perdido el ornato del ánimo y del corazón.»

San Gregorio Nacianzeno: «El adorno de las mujeres verdaderamente nobles, no consiste en el oro, la púrpura ó los afeites; su ornato y su decoro es la regularidad de sus costumbres, la permanencia en su casa, el conversar con los santos libros, el ocuparse en los quehaceres domésticos, y distribuir sus tareas á sus sirvientes.»

San Ambrosio, citando también el lugar de Isaías, añade: «Por lo cual san Pedro dijo que no anden las mujeres con la cabellera enrizada, ni luciendo plata y oro y vestidos preciosos, sino los ornamentos del hombre interior que el siglo no conoce.» Y en otro lugar dice, «que cuanto la mujer aparece á los hombres más espléndida, tanto más despreciable es á los ojos divinos.»

San Jerónimo compara á las mujeres que se exhiben con copiosos adornos, á los lugares infames, y dice: «El botín adornado y lustroso llama á sí á los jóvenes con su ruido; oprímese fuertemente el seno con corpiños, y angóstase el talle con vernillas; los cabellos descienden sobre la frente, (¡ como en nuestros días!) la blonda cae como queriendo encubrir la blancura de los hombros, pero en realidad para mejor descubrirse y provocar; cúbrese el rostro como por vergüenza, pero es para mostrar lo que mas bien debiera de ocultarse.»

San Agustín observa, que cuanto más se ape-
tecen los atavíos exteriores del cuerpo, tanto ma-

yor detrimento padece el interior, y al contrario.

San Crisóstomo se expresa así con su acostumbrada elocuencia: «Deja el fardo de heno vil que te degrada, que esto y no más son las suntuosas vestiduras, y solicita el ornato de las celestes virtudes. Este es ornato de la Iglesia, aquel lo es de los teatros: éste es digno del cielo, aquel de los caballos y los mulos: aquel de los cuerpos mortales y corruptibles, éste del alma espléndida, habitación de Cristo.»

Tertuliano, sobre todo es enérgico y fuerte en el asunto. En el libro *De habit. mulier.*, interpela á la mujer de esta suerte: «Tú eres, le dice, la puerta del diablo; la cortadora de aquel árbol; la primer desertora de la divina ley; la que al hombre arruinaste; por tu mérito, que es la muerte, aun el Hijo de Dios hubo de morir; y ¡todavía piensas echar adornos sobre la túnica de pieles con que el Señor quiso cubrirte!»

«Mira, mujer, le dice en otra parte, que tu belleza hace perecer al hombre; ¡tú, tú eres la espada que lo atraviesa!» (*De cult. femín.*).

En otro pasaje habla de este modo: «¡Ojalá, y yo miserable, en el gran día del regocijo del cristiano, levantando la cabeza, aunque sea bajo de vuestras plantas, mire si acaso resucitais con aquellas cabezas tan adornadas, y con el albayalde, el vermellon y los afeites!»

San Cipriano hablando con las vírgenes, les dice: «¿Cómo puede una doncella componerse y adornarse para realzar la belleza de sus for-

mas, y gloriarse de la carne, cuando no tiene mayor enemigo que ella, ni otra pelea mas sangrienta?

«Las insignias de vestiduras y atavíos solo son propias de las cortesanas y mujeres de mala vida, y quizá ninguna las ostenta tan preciosas como la que tiene más perdido el pudor y la vergüenza.»

«¡Oh virgen! dice también, ¡oh virgen que has vencido á la carne y al mundo; vence también al oro y á los vestidos, pues que sirves á Cristo; busca el ornato de las virtudes, no el de las joyas y los trajes.»

Otros muchos selectos pasajes se hallarán en el mismo lugar, y el terrible ejemplo de Pretextata, que refiere san Jerónimo; todo lo cual suministra amplia materia para la predicacion y exhortaciones á las jóvenes cristianas que aun no están contaminadas. Con las otras mundanas de profesion, casi no queda más que hacer que deplorar su ruina.

CAPÍTULO V.

Siguen los engaños de la lascivia. — Malos deseos. — Dificultad de las confesiones. — Delectacion morosa. — Palabras libres. — Chanzas. — Señas. — Lecciones. — Obras manifestas. — Astucias de los penitentes. — Confesores sin ciencia. — El libro del P. Jaen.

Algunos hombres hay tan entregados á la sensualidad que siempre traen el ánimo preparado

para desear á cuantas personas del otro sexo vean. Estos viven en continuo pecado mortal y en estado de condenacion eterna si no se enmiendan; pues Cristo nuestro Señor dice que el que mira á la mujer para desearla, ya cometi6 pecado con ellas dentro de su corazon. Y estos infelices tienen gran trabajo para su buena confesion; porque debiendo declarar el estado de las personas que son objeto de sus malos deseos, y el número de veces distintas, se hallan en grande confusion, y los confesores con ellos; porque no hay duda que deben hacer el exámen que pueden, como consta del sagrado Concilio Tridentino.

El mismo trabajo tienen las mujeres que están en las mismas circunstancias y perversa disposicion de ánimo, pues les obliga el confesar sus pecados al modo dicho, y á delarar el número de veces, poco más ó ménos, el cual se saca por el número de veces que retractaron la voluntad, y volvieron á nuevo consentimiento, ó por interrupcion y cesacion de la misma, y vuelta á la intencion primera. Que en los pecados que consisten en actos externos, el número de éstos corresponden tambien á aquellos.

Los que de propósito se ponen á pensar cosas torpes, aun que no pasen precisamente á desearlas, pecan mortalmente y deben declarar las especies. Esto es lo que se llama delec-

tacion morosa, y cuando hay deliberacion es pecado mortal.

Tambien son pecados mortales aquellos deseos condicionales, de decir: cometeria éste ó aquel delito, si se me ofreciera tal ó cual interés, si estuviera segura de subsanarlo con un futuro enlace, etc. Y esto se note mucho, porque por aqui tienta mucho el diablo, y hace caer á muchos.

Las palabras libres, deshonestas, y aun equivocadas, son tambien pecados de su naturaleza mortales, los cuales causan malísimos efectos en las criaturas, y se tienen por donaires y chistes. Como por risa comete el necio los pecados, dice el Sábio (*Prov. x, 23*).

El abuso pernicioso que hay en los pueblos grandes y ciudades de hablar por señas ó por los dedos los hombres con las mujeres, aunque sea de léjos, conviene reprenderse mucho, tanto por el mal ejemplo, cuanto por la reprehension de la santa Escritura, que dice: *Tu dia nacera en las tinieblas, cuando dejes de extender tu dedo hallando lo que no conviene* (*Isai. LVIII, 9*). El hablar por señas torpes se reduce á la misma especie de las palabras deshonestas, y por eso dijo Salomon que el hombre torpe y sensual *guina con los ojos, dá con el pié, habla con los dedos y maquina el mal en su corazon depravado* (*Prov. VI, 13*).

Los que dan leccion ó enseñan el mal á otros,

deben confesarse de ello y del escándalo grave que causaron ; porque tal vez fueron el origen de innumerables pecados, que en aquellas criaturas se siguieron por haberles enseñado el mal que no sabian. Por eso el Señor se lamentó tanto de los que escandalizaban á los párvulos , y les anunció tan horribles castigos como se explican en el santo Evangelio (*Marc. ix, 41*).

En cuanto á los actos externos pertenecientes á esta materia , no hay tantas ignorancias, porque el Apóstol san Pablo dice, que *las obras de la carne son claras y manifestas* (Gal. v, 19).

Entre los cónyuges suele haber varios engaños, que nos guardaremos de mencionar, pero que deben aclararse, manifestando con sinceridad la conciencia que siempre avisa, y consultando prudentes directores. La lectura de ciertos libros que pretenden entrar en ciertas explicaciones , dañan mucho más que aprovechan.

Pero hay muchos infelices pecadores, que en estos y otros puntos semejantes, léjos de buscar quien de veras los desengañe , solo corren tras del que fácilmente y sin reparo los absuelve. De éstos se verifica lo que dice el Profeta: que *no quieren entender, por no obrar bien*; y luego añade que, *andan por no buenos caminos* (Psalm. xxxv, v. 4 et seq.).

Es lástima ver que si un celoso confesor niega ó dilata la absolución al penitente porque no

se aparta de la ocasion próxima voluntaria, ó porque no tiene enmienda ninguna en su mala costumbre, luego aquel mismo penitente se va á otro confesor que le absuelve sin ningun reparo. Esto tiene perdidas á muchas almas. Sin enmendar ni corregir su mala costumbre pecaminosa, buscan quien las absuelva; y pasan años y mas años viviendo en continuo pecado mortal, y en estado lamentable de condenacion eterna.

De los inconstantes pecadores, que pasan su vida cayendo y levantando, dice san Agustin, que apenas de mil, se salva uno: ¿qué será del que no llega á levantar por lo inútil de sus confesiones?

El que no deja la ocasion próxima de pecar, como el que nunca enmienda sus hábitos inveterados, estén seguros que carecen de propósito verdadero; y sin éste no puede haber buena confesion, ni el confesor puede absolver, y aunque los absuelva, no quedan absueltos, porque no fué su confesion verdadero sacramento, ni tuvo ningun valor. Esta constante verdad se halla claramente en el Concilio Tridentino (*Sess. 14*).

El absolver fácilmente á tales consuetudinarios, no es verdadera piedad, sino tiranía detestable. «No es acto de piedad, sino impiedad, el tolerar los pecados,» dice san Buenaventura. Así como tampoco lo es, sino injusticia, la que

usan algunos ignorantes confesores, en dar ligerísimas penitencias por gravísimas culpas. San Gregorio dice que los frutos dignos de la penitencia consisten en proporcionar la penitencia con la culpa (*Homil.* 20). Y el santo Concilio Tridentino dice, que el confesor, en este caso, se hace participante de los pecados ajenos, y en cierto modo los fomenta, porque no los reprende, y así los tolera. Véanse sus gravísimas palabras en el capítulo VIII de la sesión 14.

NOTA.

Es de todo punto verídico y exacto lo que asegura el piadoso Autor, respecto á la astucia de los penitentes que buscan al confesor mas laxo para ser absueltos, y de la facilidad de los confesores en absolver cuando no conviene. Algunos penitentes (mejor diríamos, impenitentes), buscan un confesor demasiado anciano, no ciertamente por aprovecharse del magisterio de su experiencia, sino para explotar la falta más ó menos pronunciada de su oído, ó su falta de atención ó de energía. Otros buscan confesores rápidos, de los que parece marchan en la confesion como en tren expreso, y no hacen sino oír unos cuantos minutos, y absolver como con cierta regularidad mecánica, pero con espantosa irregularidad canónica y moral. Otros acuden á aquellos que por su conducta nada edificante, parece prestan garantía de que

su direccion no ha de ser muy estrecha. Otros, acercándose á largos intervalos á los sacramentos, cuidan mucho de variar constantemente de confesor, á fin de no ser advertidos en la antigüedad, continuacion ó incremento de tales ó cuales hábitos depravados. El penitente se condena á sí mismo con este obrar doloso y engañoso; pues si para la curacion de las enfermedades del cuerpo busca al médico más perito é ilustrado, y le vá á veces á solicitar á largas distancias, y á costa de cuantiosas expensas, ¿cómo no será un criminal, buscando expreso para la curacion, mucho más complicada, de las enfermedades del alma, mil veces más terribles, un médico inepto, ignorante y poco atento?

Verdad clara es esta; pero no lo es ménos triste y amarga, el que se encuentren tales médicos de las almas, sin ciencia, sin celo, sin prudencia, y aun casi, iba á decir, sin conciencia, entre los cuales puedan hacer su funesta eleccion los falsos penitentes. La falta de una ciencia verdadera y profunda de la Moral es muy de lamentarse; y quizá coopere tambien la introduccion de algunas doctrinas que están abriéndose paso, é ingiriéndose poco á poco en los compendios y aun en los textos de enseñanza. Los fieles deben pedir á Dios ardentemente que se digne mandar obreros y proveer á su Iglesia de dignos y laboriosos ministros, que ayuden á contener el torrente asolador de la inmoralidad que se desborda.

Hemos dicho en el texto de este capítulo (y

este dicho es nuestro y no del P. Arbiol), que hay ciertos libros que entran en ciertos detalles que no debían entrar, y cuya lectura, por lo tanto es peligrosa y para muchos ha llegado á ser funesta. Tal es entre otros, el conocidísimo *Tratado de la Confesion* del P. Jaen, en el cual, á la vuelta de muchas sanas doctrinas acerca de las partes y cualidades de la confesion (las que no dejan de adolecer tambien de cierta rigidez), presenta unas instrucciones á manera de exámenes para la confesion, grandemente detalladas, hablando separadamente con los jueces, médicos, cirujanos, y separadamente con los casados, y aun con los sacerdotes! El daño que la curiosidad y la malicia han sacado de esas instrucciones es incalculable, y por eso el tal libro, y otros que presenten los mismos peligros deben alejarse cuanto se pueda, haciendo uso del *Tratado de la Confesion* de Fr. Luis de Granada, ó de otros varios libros modernos en los que el lenguaje está más depurado, y en los que generalmente no se encuentran esos inconvenientes.

CAPÍTULO VI.

Incentivos sensuales de las comedias. — Lo que piensan de ellas los Santos y Doctores. — San Isidoro. — San Agustín. — Tertuliano. — San Juan Crisóstomo. — Teatros y Zarzuelas. — Actores y cantatrices. — Novelas. — Zola. — Novelas religiosas. — Vidas de santos.

El insigne Padre de la Iglesia san Isidoro dice, que los primeros autores de las comedias profanas son los demonios, á los cuales en tiempo de los romanos gentiles, y en ocasion que padecían grandes trabajos, les hablaron sus simulacros, para que aplacasen á sus falsos dioses con esas torpes representaciones, que son fomento de feisimos vicios (*Etymol. lib. xviii, c. 17*).

San Agustín refiere que cuatrocientos años despues de la fundacion de Roma, enviaron los romanos á los comediantes á la provincia de Histría, de donde ellos y otros farsantes se llamaron histriones. Y tambien cuenta el Santo, en el cuarto libro de su *Ciudad de Dios*, que el demonio se apareció á Tito Latino, en sueños, diciéndole á este senador romano que volviese á hacer y representar las comedias públicas, con que el pueblo gentil se divertía mucho, y vivía en libertad. Y esta doctrina del enemigo infernal (dice el Santo), siguen muchos malos

cristianos que no buscan sino los placeres del mundo maligno.

San Cipriano, escribiendo á Donato, dice, que la ruina fatal de los pueblos cristianos son las farsas y comedias profanas; porque con ellas se fomentan los vicios y se destierran las buenas costumbres, como nos lo enseña la experiencia. San Juan Crisóstomo persuade con eficacia que no se toleren las comedias y representaciones profanas, porque de ellas, dice el Santo, salen los discursos para fraguar los delitos, que tal vez no se pensaban. De ellas sacan lecciones para no ser castos los mozos, para ser infieles los casados, para perderse las doncellas recatadas, para manchar los matrimonios, y para destruir las casas, honras, haciendas y vidas.

El insigne Tertuliano, en un libro que compuso sobre los espectáculos, dice, que las comedias profanas son la peste de las ciudades y pueblos cristianos; son la cátedra pestilencial donde se enseñan todas las maldades juntas; son el incendio voraz de toda concupiscencia y torpeza. Regularmente cuanto hay en las comedias es torpísimo: las acciones, las palabras, los adornos, los meneos, los cantos, las músicas, las melodías y los melindres lascivos con que hechizan á jóvenes y á ancianos.

San Juan Crisóstomo persuade que las comedias son escuela de los vicios y universidad de iniquidades, donde aprenden las adúlteras sus

traiciones, las doncellas lo malo que no saben, y todos, lo que no les conviene para su honestidad y decencia, ni para la salvacion de sus almas.

Entre las obras del celoso príncipe de la Iglesia é insigne mártir san Cipriano, se halla un libro que llamó *de los Espectáculos*, donde dice fuertes cosas de los farsantes y comediantes, é invectiva fuertemente contra los católicos, que buscan tan infames diversiones, olvidando las admirables que nos refieren las Escrituras, y todas las criaturas del cielo y de la tierra que nos llevan el conocimiento de Dios. Notorio es, dice el Santo, el peligro de la perversion de las almas en tales divertimientos, pues mirando á las criaturas desgraciadas y procaces que en el teatro se presentan, son provocados á multitud de faltas gravísimas.

NOTA.

El piadoso y sencillo Autor, sigue dando á conocer las disposiciones ó reglas que dictó el rey Felipe V, para que pudiesen representarse las comedias. En nuestra época la omnimoda libertad que se ha dado al mal en todas sus manifestaciones, hace que los teatros sean un foco espantoso de sensualidad y corrupcion. La música y el canto que se han añadido á la representacion, son nuevos y terribles incentivos de

las pasiones. La comedia es la perpetua apoteosis del adulterio: éste es el tema fecundísimo que ha explotado, y está explotando todavía: burlar y ridiculizar el matrimonio cristiano, y popularizar el adulterio embelleciéndolo y poetizándolo. En cuanto á las llamadas zarzuelas, son piezas de unos argumentos tan indecentes, tan cínicos y tan malvados, que espanta el ver como gentes que se respetan á sí mismas, y en cuyo corazon queda una chispa de moralidad, y una gota de rubor en su frente, pueden asistir á esos espectáculos infames, y aun llevar á tan indignas escuelas á sus tiernécitas hijas. No sin motivo oímos predicar varias veces al ilustrísimo Sr. Sollano, celosísimo pastor, que no se podía concurrir á dichas zarzuelas sin pecado mortal. Pero es predicar en desierto: el arte de Satanás consiste en dorar con tales apariencias el veneno de la liviandad en nuestro siglo, y el hacerlo tan universal y tan frecuentado, que se necesita de un verdadero heroísmo y de toda la fortaleza de la fe, para resistir á la fascinacion que hoy ejerce el mundo, y para contrariar la corriente impetuosa del comun ejemplo. Ni menor síntoma de corrupcion moral, es el aprecio y la estimacion que hoy se hace de los actores y cantatrices. En vano el Derecho canónico los declara viles, infames é indignos de la comunión; hoy se les pagan cantidades fabulosas, se tiran en los carruajes por brutos humanos, es decir, por hombres depravados que se creen dichosos con servir de mulos y caballos para arrastrar á las diosas... Sí; se les llama di-

vas, es decir, diosas, á esas asquerosísimas mujeres que arrastran vergonzosas cadenas de ciudad en ciudad, y que por cantar como un pájaro ó bailar con desenvoltura, tienen más orgullo que el mismo Lucifer, y apenas se dignan abajar una mirada desde el sólio de su enloquecida vanidad hácia los míseros mortales. Repetimos: el crimen honrado con públicas ovaciones; las cantatrices prostituidas pagadas como reinas, y salidas á recibir en apoteosis: los histriones y comediantes condecorados por los gobiernos é idolatrados de las muchedumbres; todo ello es la señal de la profunda decadencia y de la abyecta degradacion de nuestro siglo. Se dice que el rey del siglo es el dinero; añadamos que la reina es la lujuria. Coronada en los teatros, admitida en los salones, cantando en las óperas, accionando como bacante en las zarzuelas, celebrada por los poetas, seguida en tropel por los pueblos, y llevada al apoteosis en las *divas*. ¡Hé ahí la grande obra de Satanás! la rehabilitacion, la entronizacion y el culto de la lujuria en el mundo.

De los libros amatorios nada dice el P. Arbiol, aunque en el epígrafe del capítulo lo anuncia. Añadamos, pues, que la novela corruptora de nuestros dias es la compañera del teatro; ella hace sin ruido en el seno de las familias lo que el teatro hace con estruendo en las multitudes: corrompe, disuelve, envenena: ridiculiza todo lo bueno, todo lo honesto y santo, y ensalza el crimen, lo embellece, lo diviniza. La novela presenta como tipos á las ramera, á los

ladrones, á lo mas vil, inmundo y asqueroso de la sociedad. En las cloacas y en las tabernas va á buscar sus héroes y sus heroínas. Dumas, Sue, y Víctor Hugo, son tres grandes envenenadores sociales, á quienes el siglo actual levanta estatuas, pero á quienes el futuro les reserva inextinguibles hogueras. Y aun estos maestros de la lujuria dorada y revestida hoy se han quedado atrás, junto á escritores como Zola, que ya no cuidan siquiera de la forma, sino que vomitan de sus corrompidísimas entrañas, libros que solo podrán leerse en los lupanares, y en las más inmundas tabernas. Los libros de ese hombre-demonio, son una de las mayores afrentas del siglo XIX!

Quien quiera, pues, educar cristianamente á sus hijos y preservarlos de todas las depravaciones y corrupciones de la época, cierre la puerta enteramente á esas infames producciones, y persiga sin piedad á la novela. Acostúmbrase hoy relatar bajo esa forma aun los asuntos religiosos, las apariciones de las imágenes, las piadosas tradiciones, hasta las escenas bíblicas, y aun la dolorosa pasión del Redentor. Estos libros tienen altos defensores, y á veces llevan á su frente la aprobación eclesiástica; no obstante alguna Mitra entre nosotros los ha prohibido. ¿A qué deberán atenerse los católicos? Es cierto que al aprobarse esa clase de escritos, es con el fin de hacer lugar á una literatura menos mal sana y mucho menos peligrosa. Si indefectiblemente han de leerse novelas, infinitamente es mejor que se lean el *Mártir del Gól-*

gota, de Escriche, las novelas bíblicas de Antonio de Padua, las de asuntos religiosos de Bravo y Tudela, ó de Conde Salazar, que no las de Paul de Kock y Jorge Sand, y de Zola. Así se deben (á nuestro humilde juicio) entender las aprobaciones de algunas de esas novelas, como la doctrina moral que permite aconsejar el menor mal al que está invenciblemente decidido á practicar el mayor. Pero á nuestro ver, no quita ese remedio el peligro, antes quizá lo aumenta, mezclando torpemente la verdad con la fábula, y oscureciendo la claridad de los hechos históricos con la niebla de las ficciones romancescas. Mucho mejor remedio nos parece el publicar las vidas de los Santos, con todas las galas del estilo, pero sin detrimento de la exacta verdad histórica. Así se está haciendo en Francia, y las vidas de san Ignacio, san Francisco de Borja y otras varias, en particular la de san Francisco Javier, que ha estado publicando D'Aurignac, pudieran proponerse como un modelo en su género: breves sin ser deficientes, minuciosas sin ser cansadas, revestidas de un encantador estilo que divierte y recrea, dan á amar á sus gloriosos protagonistas, y encienden en deseos de imitar sus virtudes. En Méjico son apenas conocidas, y entre nosotros no tienen séquito sino las novelas religiosas que se leen con ávidez, y á las cuales podrían hacerse no obstante muy fuertes cargos. Contra las malas lecturas las buenas; pero las buenas, puras; mezclar el error con la verdad, la ficción con la

historia, los amores de Herodes, con la Pasión del Redentor, no nos parece un remedio, sino un mal paliativo.

CAPÍTULO VII.

Engaño pernicioso de los que piensan que no castiga Dios tan severamente los pecados de la lujuria.—Castigo de los sentidos.—Impudor de nuestro siglo.—Matrimonio civil.—Castigos de la liviandad.—El Ilmo. Sr. Sollano.—Predicación sobre el infierno.

Este es un error muy perjudicial y escandaloso: porque es de fe que Dios es tan infinitamente justiciero como misericordioso. Ninguna obra buena se quedará sin premio, y ninguna mala sin castigo. *Nada impune quedará*, canta la Iglesia en la Secuencia de difuntos. En el Apocalipsis hay una regla general de los tormentos de los condenados: *Cuanto se glorificó y estuvo en delicias, tanto dadle de tormentos.* (Apocal. XVIII, 7). Con esta regla verdadera, revelada por Dios, considérese la falsedad de decir, que no castiga Dios tanto los pecados de lascivia como los otros vicios.

San Agustín dice que entre todos los humanos deleites ninguno hay mas vehemente y atractivo como la torpe lujuria (*De Civit. Dei. lib. XIV, cap. 16*); luego, segun esto, y siguiendo las re-

glas del Apocalipsis, como en el infierno se ha de conmensurar el tormento con el deleite, mayor será el tormento de los sensuales que el de los otros pecadores. Dice, además, el Espíritu Santo, que *por lo que cada uno peca, por eso será atormentado* (Sap. XI, 17); luego, siendo los pecados de lujuria, pecados de todo el cuerpo, tambien los tormentos deberán abarcarlo todo entero. Otras muchas pruebas del mismo asunto se hallarán en las divinas Escrituras, para confusion de los que quieren neciamente atenuar la malicia de este vicio. El Sábio dice que *hay tres cosas insaciables: el infierno, la boca de la lujuria y la tierra, y la cuarta que nunca dice basta, y es el fuego* (Prov. XXX, 15 et seq.). Donde se vé que la liviandad se junta con el infierno y se pone en la misma línea.

Conviene, pues, abrir los ojos mientras es tiempo oportuno, y conocer, y confesar, que tanto mayor será el tormento de los torpes y deshonestos en el infierno quanto mayores fueron sus gustos y deleites en las torpezas. Es innegable que hay grados en la condenacion eterna, pues que el Señor dijo de algunos, en san Lucas, *estos recibirán condenacion mayor* (xx, 47), y tambien hay mayores penas en el infierno para unos que para otros. Teman los sensuales que así como delinquieron con sus cinco sentidos y con todo su cuerpo, así serán abrasados en todo su cuerpo y atormentados en todos sus cin-

historia, los amores de Herodes, con la Pasión del Redentor, no nos parece un remedio, sino un mal paliativo.

CAPÍTULO VII.

Engaño pernicioso de los que piensan que no castiga Dios tan severamente los pecados de la lujuria.—Castigo de los sentidos.—Impudor de nuestro siglo.—Matrimonio civil.—Castigos de la liviandad.—El Ilmo. Sr. Sollano.—Predicación sobre el infierno.

Este es un error muy perjudicial y escandaloso: porque es de fe que Dios es tan infinitamente justiciero como misericordioso. Ninguna obra buena se quedará sin premio, y ninguna mala sin castigo. *Nada impune quedará*, canta la Iglesia en la Secuencia de difuntos. En el Apocalipsis hay una regla general de los tormentos de los condenados: *Cuanto se glorificó y estuvo en delicias, tanto dadle de tormentos.* (Apocal. XVIII, 7). Con esta regla verdadera, revelada por Dios, considérese la falsedad de decir, que no castiga Dios tanto los pecados de lascivia como los otros vicios.

San Agustín dice que entre todos los humanos deleites ninguno hay mas vehemente y atractivo como la torpe lujuria (*De Civit. Dei. lib. XIV, cap. 16*); luego, segun esto, y siguiendo las re-

glas del Apocalipsis, como en el infierno se ha de conmensurar el tormento con el deleite, mayor será el tormento de los sensuales que el de los otros pecadores. Dice, además, el Espíritu Santo, que *por lo que cada uno peca, por eso será atormentado* (Sap. XI, 17); luego, siendo los pecados de lujuria, pecados de todo el cuerpo, tambien los tormentos deberán abarcarlo todo entero. Otras muchas pruebas del mismo asunto se hallarán en las divinas Escrituras, para confusion de los que quieren neciamente atenuar la malicia de este vicio. El Sábio dice que *hay tres cosas insaciables: el infierno, la boca de la lujuria y la tierra, y la cuarta que nunca dice basta, y es el fuego* (Prov. XXX, 15 et seq.). Donde se vé que la liviandad se junta con el infierno y se pone en la misma línea.

Conviene, pues, abrir los ojos mientras es tiempo oportuno, y conocer, y confesar, que tanto mayor será el tormento de los torpes y deshonestos en el infierno quanto mayores fueron sus gustos y deleites en las torpezas. Es innegable que hay grados en la condenacion eterna, pues que el Señor dijo de algunos, en san Lucas, *estos recibirán condenacion mayor* (xx, 47), y tambien hay mayores penas en el infierno para unos que para otros. Teman los sensuales que así como delinquieron con sus cinco sentidos y con todo su cuerpo, así serán abrasados en todo su cuerpo y atormentados en todos sus cin-

co sentidos con las horrorosas y eternas penas del infierno. Allí se abrasarán en aquellos lechos de fuego, de quien dice el Apocalipsis que Dios les tiene preparados para los torpes y fornicarios, que en grande tribulación se verán, si no hicieren penitencia de sus malas obras. (*Apoc. II, 22*). Las torpes caricias serán en el infierno y con los demonios como el abrazo rabioso de Joab con Amara que, al tiempo de estrecharle y como ir á besarle, le atravesó con la espada las entrañas y le quitó la vida (*II Reyes, XX, 10*). Los ojos torpes serán atormentados con horribles visiones; los oídos obscenos con ahullidos inmensos, gritos, maldiciones, contumelias, desprecios y oprobios sempiternos; la boca y la lengua que se emplearon en palabras equívocas y cuentos infames, tendrán, como dice un Profeta, las amargas bebidas de hiel de dragones y veneno de los áspides insaciables (*Deut. XXXII, 33*); el olfato padecerá hedor insoportable, y el tacto, que se extiende por todo el cuerpo, será castigado en aquellos estanques de ardiente azufre donde serán arrojados por los demonios, como lo dice san Juan Evangelista (*Apoc. XX, 9*).

Santo Tomás de Villanueva hace la oportuna observación, de que cuantas veces el apóstol san Pablo habla del vicio detestable de la impureza, luego amenaza con la ira de Dios: ya amonesta á los fieles que se abstengan de la

fornicación, porque Dios es vengador de este pecado (*Thesal. VIII, 3, 4*); ya les manda mortificar sus miembros para no caer en la inmundicia, porque por esto vino la ira de Dios al mundo (*Colos. III, 5*), y lo mismo repite varias veces en sus cartas, por lo cual concluye el Santo Arzobispo de Valencia: «Nadie os seduzca con vanas palabras, asegurando que estos pecados son fáciles y leves; pues que por ellos vino la ira de Dios en los hijos de la desconfianza, es decir, de la perdición.» (*Jer. IV, post. Dom. I Quadrage.*) Finalmente, léjos de disimular el Señor los pecados de impureza, el Principe de los Apóstoles, san Pedro, asegura precisamente lo contrario, diciendo que á todos los pecadores los reserva Dios para castigarlos en el día del juicio; pero más principalmente á los impúdicos: *Mas empero á aquellos que andan en pos de la carne, y en la concupiscencia de la inmundicia.* (*II Petr. II, 10*).

NOTA.

Es en gran manera exacta la observación del P. Arbiol acerca de los que pretenden atenuar la gravedad del vicio abyecto y en consecuencia la de sus castigos, alegando que la naturaleza tiene sus exigencias imprescindibles; que Dios no nos puede castigar por la satisfacción de unas inclinaciones que forman parte de nues-

tro propio ser; que no puede exigirse del hombre lo que es propio de los ángeles, etc. De aquí es que en nuestro siglo, se ha perdido el pudor y la vergüenza hasta un grado apenas creible. Se citan por su nombre los amoríos de los hombres notables, se admiten en la alta sociedad; se habla en los diarios de los hijos que resultan de esas uniones ilegítimas con el mayor aplomo; y por fin, el llamado matrimonio civil ha venido á tender un velo legal sobre mil abominaciones, y á acabar de despojar á las relaciones ilegítimas de su horror y su vergüenza, sancionándolas y elevándolas (así se cree al menos), al rango de un contrato civil autorizado. Pero todas estas aberraciones de nuestras modernas sociedades, no pueden ni abolir la ley natural, ni acallar los remordimientos, ni matar la conciencia pública. Siempre el vicio abyecto será una infamia, y quien á él se entrega no tendrá que esperar sino horribles castigos. Además de los textos que aduce nuestro Autor para hacer resaltar las penas que aguardan á las almas sensuales, pueden aun citarse multitud de testimonios. Nadie ignora que el diluvio universal fué ocasionado porque *toda carne habia corrompido su camino* (Genes. vi, 12), como se expresa en la santa Escritura; la destruccion de Pentápolis, por medio de una conflagracion horrorosa, fué atraída por los crímenes infames de sus habitantes (Genes. xix, 24); las espantosas muertes de Onán (Genes. xxxviii, 10) y de Zambri (Num. xv, 7 et 8), causadas por sus excesos impúdicos; el castigo de veinticuatro mil israeli-

tas sentenciados á la horca por mandato divino, ó heridos por la séptima plaga á causa de su comercio con las moabitas (Num. xxv, 4, 9), y tantos otros castigos que es fácil hallar en los Libros inspirados. En cuanto á las muertes violentas, sangrientas venganzas y cosas semejantes, ocasionadas por la lascivia, pueden verse en el Comentario de Cornelio Alápide sobre el último pasaje citado, y en otros análogos donde toca, con su prodigiosa erudicion, la materia. Mucho convendrá tambien instruirse acerca de los males temporales que causa en el individuo, en la familia y en la sociedad el desbordamiento actual de los placeres sensuales, pues los hombres son movidos hoy por el temor de estos males presentes, mucho más que por el de los eternos, que miran como lejanos; lo cierto es que en la predicacion, aunque con los miramientos indispensables en tan delicada materia, debe insistirse no poco en este temor de los castigos divinos. El demonio ha procurado y logrado en mucha parte acreditar en el mundo unas falsas ideas acerca de la misericordia de Dios, para desterrar un temor saludable, y los oradores temen hacer acerca del infierno unas pinturas que lastimarian el oído delicado de nuestro siglo. El Ilmo. Sr. Sollano, prelado de santa memoria, advertia á sus sacerdotes que no se dejasen llevar de humanos respetos en la exposicion de este dogma terrible: que debiendo hablar el orador sagrado conformemente á la sagrada Escritura, debe notar, que la mayor parte de lo que se dice acerca de los tormentos de

los sentidos, consta en ella con terminantes palabras: el fuego que no se apaga y el gusano que no muere, en Isaías (LXVI, 24); el azufre en el mismo (XXX, 33), y en los Salmos (x, 7), en Ezequiel (XXXVIII, 22), y varias veces en el Apocalipsis (XIV, 10; XIX, 20; XXI, 8); la hiel de dragones y el veneno de áspides en el Deuteronomio (XXXII, 33); el viento devorador en Amos (IV, 9); las culebras y escorpiones en el Eclesiástico (XXXIX, 36); las ruedas en el Salmo LXXXII, verso 14; la hambre canina en el LVIII, verso 7, etc. Por lo cual no deben ser difíciles en hacer las pinturas que hace el mismo Espíritu Santo, ni fáciles en contemporizar con este siglo nervioso, que no quiere oír hablar de tormentos materiales, aunque sí sabe delirar por materiales goces. *Sed de his satis.*

CAPÍTULO VIII.

Impedimentos y males de la lascivia.—Apega.—Testimonio del Sábio.—Es audaz y desatento.—Consejos á los padres de familia.—La lujuria mata.—cierra el cielo.—condena.—abrasa.—destruye la virtud.—Roba todos los bienes.—Engaña y miente.

La tercera mala propiedad del vicio capital de la lujuria, dice san Antonio de Padua, es pegarse, enredarse y ligarse la persona sensual de modo que no le queda expedición libre y desembarazada para las cosas de Dios y mayor bien de

su alma. *Inviscat.* Segun el Vocabulario eclesiástico, esta palabra quiere decir *embescar* (1) las aves para que no puedan volar, y á mano libre las puedan coger. Esto hace el demonio con las humanas criaturas, embescándolas con la torpe lujuria para que no puedan subir á su propia region del cielo. El Sábio dice que las aves nacieron para volar y los hombres para trabajar; pero así como el ave embescada por el cazador no puede ya volar y fenece, así tambien el hombre, embescado por la torpe lujuria, pierde las honestas labores de la vida eterna, y fenece corrompido en sus sucias delicias; y esta es comparacion del seráfico doctor san Buenaventura.

El sagrado texto que san Antonio alega para probar este tercer efecto de la lujuria es del Sábio, que dice: *He encontrado á la mujer más amarga que la muerte, la cual es lazo de cazadores, y red barredera su corazon: ligaduras son sus manos; el que á Dios agrada huirá de ella, más el pecador será presa suya* (Eccles. VII, 27). Seis cosas se insinúan en estas misteriosas palabras: la primera, que la mala mujer es para el hombre sábio más amarga que la muerte, puesto que mejor es la muerte que la vida amarga

(1) Hemos dejado este verbo anticuado por no hallar otro que exactamente le corresponda.

como Salomon asegura (*Eccl. vii. 17*), y mientras el varón sabio y juicioso no pierda la luz del cielo, las torpezas lo llenarán de amargura; la segunda, que la mala mujer es lazo de cazadores, no de uno, sino de muchos juntos, que son los demonios, quienes por medio de la torpe mujer intentan cazar y coger á los hombres insipientes; por eso lleva ella en sus adornos lazos, ligas y ataduras diversas, todas armas de la caza; la tercera, que la mujer mala es red barradera, que va arrastrando y cogiendo en su seno todo género de peces, grandes y pequeños, malos y buenos, porque á todos los hombres extiende su astucia, y ante todos arma sus lazos; la cuarta, que las manos de la mala mujer son vínculos, porque en efecto ata y detiene de tal manera á quien llega á caer en ellas, que es casi imposible escaparse de sus halagos; la quinta, que el que es del agrado de Dios se librará de la mala mujer que intenta ligarlo y prenderlo; y finalmente que el malo y el pecador que no atienden á agradar al Señor, sino á satisfacer sus pasiones, es el que caerá, para su ruina, en las manos de la mujer torpe y deshonesta.

La cuarta propiedad de la lujuria es ser audaz, descortés y desatenta con Dios y con los hombres, dice san Antonio de Padua; porque con todo atropella, y rompe alianzas y amistades por seguir sus brutales apetitos. En la parábola

de la cena y los convidados que se excusaron de no asistir con varios pretextos, nota san Buenaventura, que el primero y el segundo, políticamente dijeron al que los invitaba: *Ruégote me tengas por excusado*; pero el tercero que significa al hombre sensual, ni aun siquiera hizo uso de esa urbanidad y cortesía, porque la liviandad hace al hombre grosero y brutal, y lo despoja hasta de la educación y las buenas maneras. Con todo y por todo atropella el lujurioso, y semejante al necio de que habla la Santa Escritura: *no recibe ni acepta los consejos prudentes, sino es que se le hable de las torpezas y locuras que se revuelven en su corazón* (*Prov. xiii, 2*).

Jesucristo avisa que el castigo vendrá como vino el diluvio en los días de Noé (*Luc. xvii, 16*) cuando estaban los hombres tan entregados á la torpeza y liviandad, que todo su pensamiento y en todo instante estaba inclinado á la maldad; predicábales el gran Patriarca, y cada golpe que daba en la fábrica del arca, era un nuevo aviso de que el tiempo se acababa. Pero los hombres sensuales lo despreciaron todo, y burlaban del hombre de Dios, hasta que se vieron con el agua al cuello, y miserablemente perecieron. Tal es la propiedad de esta pasión, que á nadie cree sino á quien le ayuda á perderse más y más, hasta que llega á su última ruina. Ni tiene respeto á Dios, ni al mundo, ni á sus padres, ni á sus amigos. Con todos

atropella, y nadie le hace fuerza sino su loca ignominia; por lo cual dice Dios: ¡Ay del lujurioso! (Amos. vi, 4.)

Al torpísimo Amnón no lo detuvo el santo temor de Dios, ni su santa ley, ni el respeto de su venerable padre, ni la atención de sus honrados hermanos, ni la noble calidad de su persona para dejar la incestuosa barbarie que cometió, y le llevó arrastrando hasta una muerte fatal y desgraciada. Este y otros semejantes ejemplares que se hallarán en las letras humanas y divinas, han de tener presente los padres, ayos, maestros y confesores, para educar bien á los jóvenes; cùranse fácilmente los vicios al principio, mas si se dejan arraigar, la frecuencia hace costumbre, y la mala costumbre pasa á naturaleza, y ésta se hace necesidad irremediable como observa san Agustín. (*Confess. l. 8, c. 5*). Por eso el Sábio encarga á los padres que no dejen endurecer la cerviz de sus hijos, porque si á su tiempo no cuidan de ello despues, aunque quieran, no lo podrán remediar. *Doblega la cerviz de tu hijo en la mocedad, cuando aun es niño, no sea que se endurezca, y no te crea, y tu alma sea henchida de dolor.* (Eecl. xxx, 12). El texto dice, cuando aun es infante, es decir, desde la edad más tierna, que es, como advierte san Buenaventura, cuando debe comenzar el cuidado de los padres, siguiendo despues el de los maestros y confeso-

res. Mas desengañense todos, que si cada uno á su tiempo no usa de discreto rigor, en llegando á prevalecer las pasiones sensuales, apenas hallarán remedio, porque el libidinoso habitual á nadie tiene respeto, y va de mal en peor hasta perderse, verificándose en él lo del Salmo: *Pasa por la mañana como la yerba; mas por la tarde caiga, y se endurezca y se marchite.* (Psal. LXXXIX, 6.)

NOTA.

Es cosa extraña, que tomando el P. Arbiol los versos de san Antonio de Padua, como á manera de tema de su tratado sobre los estragos de la lujuria, apenas se ocupa de los cuatro primeros efectos, contenidos en el primer exámetro: *Inquinat, irretit, inviscat, fœdera rumpit*, y apenas vuelve á hablar una palabra de los restantes, aunque toca mucho de ellos en lo que diserta en los capitulos siguientes acerca de los daños de la sensualidad en las diversas edades y estados de la vida. Por eso nos ha parecido oportuno ocuparnos de ellos siquiera sea muy brevemente, indicando algunas fuentes á donde acudir en busca de mayores ampliaciones. El segundo verso contiene tres efectos muy análogos y encadenados entre sí. *Damnat et occidit, paradisi lumina claudit*. El órden lógico es este: «mata, cierra la luz del cielo, y condena.» En cuanto á lo primero, puede entenderse de la

muerte del alma, y de la del cuerpo: que mata la liviandad la vida del alma es evidente, pues acaba de probarse que es muy grande su malicia, y que Dios la castiga muy terriblemente. Por otra parte es muy sabida la comun doctrina de que en materia de liviandad no se dá parvedad, sino que, mediando deliberacion, todo es culpa mortal. ¿Pues, qué tal será el veneno que mata en cualquiera dosis, aun la de un sólo átomo? Pues tal es la impureza. Ella mata las almas en pequeñas dosis, y envenena las muchedumbres en masa con la actividad de su ponzoña. Ahora, en cuanto al cuerpo, puede asegurarse, y aseguran los hombres de la ciencia médica, que no hay guerra, no hay peste, por asoladora que sea, que haga tantos estragos en la vida del hombre, como las afecciones venéreas causadas directa ó indirectamente por ese vicio. En Francia se le atribuye la degeneracion de la raza, la dificultad del reclutamiento para el ejército, y la mortalidad cada vez en aumento. En el suicidio que tanto se ha aumentado en nuestra época, tiene no poca parte la lascivia, ya por las pasiones engañadas, ya por la honda tristeza de que es causa, ya por la mania suicida á que muchas veces da origen. En los oradores modernos se lee mucho de esto, aunque siempre velado con toda esa delicadeza de expresion en que son inimitables los franceses. La Reina del siglo, la lascivia, es, pues, la grande homicida del género humano, y además de las muertes en detall que ocasiona, son incontables las ruinas y matanzas que acarrea,

de lo cual son conocidísimos ejemplos la guerra de Troya en la historia profana, y el asunto de Dina y sus hermanos en la sagrada Escritura. (*Genes. xxxiv*).

Que condene al infierno y cierre las puertas del cielo es cosa muy óbvia, reflexionando en las otras cualidades de este vicio que ciega la inteligencia, endurece el corazon, embrutece al hombre y casi le imposibilita para su conversion: le forma un hábito de hierro, y una especie de necesidad ineluctable, como oimos asegurarle á san Agustin. Y todos estos son preludios y gagés de condenacion y de eterna clausura del cielo, de donde los impúdicos son irremisiblemente arrojados, como se dice en el Apocalipsis: *Fuera... los impúdicos* (*Apoc. xxii, 15*).

Mentes succendit, virtutes vastat et urit. Que la lujuria abrasa é incendie las almas, puede verse larga y hermosamente explicado en el magnífico comentario del P. Cordero sobre Job, en aquellas palabras de este mismo libro sagrado: *Fuego es que devora hasta la perdicion y todos los gérmenes arranca* (*Job. xxxi*); que devasta y consume las virtudes, muéstralo la experiencia: el libidinoso es incapaz de virtudes sociales, porque ni ama ni respeta á la sociedad: la de los burdeles es la única que apetece; incapaz de abnegacion ni de sacrificio, es por lo mismo incapaz de hacer bien á nadie. Es incapaz de virtudes domésticas; aborrece á su familia, pierde las honestas y santas afecciones del hogar; mira con horror á todo cuanto no atañe á sus sucios entretenimientos. Es incapaz de virtudes

individuales; todas se basan en el vencimiento de las pasiones, y él las deja correr desbocadas; no se espere del deshonesto, ni paciencia, ni humildad, ni resignacion, ni fortaleza, ni compasion, ni misericordia. Háblesele de disolucion y de inmundicia; sólo eso sabe, y sólo para eso está siempre dispuesto.

Eripit omne bonum. Facit ad mendacia pronum. Explicando la tierna parábola del hijo pródigo, hemos reflexionado varias veces en el profundo sentido de aquella frase: *Disipó su sustancia viviendo deshonestamente.* Es la prueba de que la liviandad arrebató todos los bienes. En efecto, ella arrebató los bienes exteriores ó de fortuna; origina quiebras y bancarrotas, aniquila grandes capitales, reduce á la mendicidad á las familias más opulentas. Como solo á fuerza de oro cautiva á las indignas criaturas que la fomentan, origina cuantiosos dispendios que no pueden sostenerse por largo tiempo, por eso se dice del hijo pródigo que se vió en la indigencia y reducido á morir de hambre. En cuanto á los bienes corporales, la salud, el vigor, la hermosura, sabidísimo es cómo el desorden todo lo arrebató, llena de horribles y vergonzosas dolencias, enflaquece el cuerpo, daña los pulmones, marchita los ojos, arruga la frente, é imprime en el semblante no sé qué horroroso estigma de degradacion y envilecimiento. Arrebató los bienes espirituales, ya los naturales, como el talento que se pierde en el embrutecimiento, las nobles afecciones que se ahogan en el cieno, el espíritu de sacrificio que es so-

focado por el egoismo del placer; ya los bienes sobrenaturales de que abusa extrañamente: la predicacion que burla ó desprecia, los Sacramentos que inutiliza, la Eucaristía que profana en el cuerpo que la recibe, la confesion que hartas veces torna en sacrilegio, las admoniciones que le irritan hasta el delirio en vez de curarle... *Disipó su sustancia viviendo deshonestamente* (Luc. xv).

En cuanto á la mentira, predicando de ella el docto P. Sèñeri ha notado que va siempre como á la vanguardia de todos los vicios. Y es la verdad: los fraudes, las murmuraciones, las calumnias, los perjurios se alimentan de la mentira; pero muy especialmente la liviandad inclina á mentir, como advierte san Antonio en sus versos: para engañar á los padres, tutores y maestros; para disfrazar y dar otro colorido á las obras de infamia; para tener á raya á un rival, á un competidor, á un marido; para seducir á sus desgraciadas víctimas haciéndoles falaces promesas, y confirmándolas con falsos juramentos; para evitar las consecuencias ó castigos de los delitos, negándolos audazmente ó atribuyéndolos á personas inocentes, etc. Para todo trae el deshonesto la mentira siempre pronta: miente con audacia, miente con descaro, miente con cinismo inaudito, aunque mil y mil veces se le desbarate y eche en rostro su impostura. *Facit ad mendacia pronum.* Testigos: la mujer de Putifar calomniando á José (*Gen. xxxix, 10*), y los cínicos viejos levantando un falso testimonio á Susana (*Dan. xii*).

Dejarémos para los capítulos siguientes la indicacion de los restantes efectos por no extendernos sin medida al querer declararlos todos.

CAPÍTULO IX.

Estragos de la lujuria en los niños de pocos años.—Conducta de sus padres.—Dicho de san Juan Crisóstomo.—Corrupcion actual de la niñez.—Eleccion de escuelas y colegios.—La Iglesia y la masonería.—La liviandad es insaciable.—Eslaviza.—Impide la conversion.—Jezebel es su tipo en el Apocalipsis.—Ocho hijas de la lujuria.

No hay duda que muchos niños padecen gravísimas enfermedades por haberlas heredado de sus padres, y de los accidentes venéreos que padecian, sacando desde el seno materno sus dolencias y sus plagas. En el capítulo VIII del sagrado Libro de Tobías puede leerse aquel ejemplarísimo razonamiento que tuvieron los virtuosos jóvenes en el primer día de sus desposorios, y lo que les dijo el arcángel Rafael: *Los que de tal suerte reciben el matrimonio que apartan á Dios de si y de su mente, y se entregan á sus apetitos como los brutos sin razon, el demonio tiene potestad sobre ellos* (Tob. vi, 17 et seq.).

Aquellos mozos desenfrenados en la torpeza, que cuando llegan á desposarse van inficiona-

dos de asquerosas enfermedades, debilitados con los excesos, y perdidos de vigor y de salud, ¿qué vigor y salud podrán comunicar á sus hijos, dado que los tengan? El Sábio dice que *del inmundo nada limpio procede* (Eccl. xxxiv. 4).

Que si de los males naturales pasamos á los espirituales, cuán cierto es que de los progenitores desenfrenados en la lascivia muchas veces se transfunden en los hijos las inclinaciones y propensiones contra la honestidad y pureza. *Si la raiz es santa, tambien lo son los ramos*, dice el Apóstol (Rom. xi, 16); mas si la raiz está viciada todo sale inficionado. Por eso el Señor llamó á los judios *raza de víboras* (Luc. iii, 7), porque, de envenenados padres, nacen hijos envenenados, explica san Agustin; lo cual se entiende regularmente, porque solo Dios puede hacer limpio lo que nace de impura semilla, como advierte el santo Job (xiv, 4).

Aun de la primera leche que se da á las criaturas despues de nacidas, importa mirar de quién se recibe; porque tambien influye y conduce para las buenas ó malas inclinaciones en adelante, como lo tengo dicho en el Libro de la *Familia regulada*. Por lo cual (no sin misterio), el insigne caudillo del pueblo de Dios, Moisés, no quiso alimentarse al seno de ninguna mujer egípcia, sino que le fué buscada nodriza hebrea, como Lira y Josefo lo notaron. (Exod. ii. 7). Mas no por lo dicho, es licito juz-

Dejarémos para los capítulos siguientes la indicacion de los restantes efectos por no extendernos sin medida al querer declararlos todos.

CAPÍTULO IX.

Estragos de la lujuria en los niños de pocos años.—Conducta de sus padres.—Dicho de san Juan Crisóstomo.—Corrupcion actual de la niñez.—Eleccion de escuelas y colegios.—La Iglesia y la masonería.—La liviandad es insaciable.—Eslaviza.—Impide la conversion.—Jezebel es su tipo en el Apocalipsis.—Ocho hijas de la lujuria.

No hay duda que muchos niños padecen gravísimas enfermedades por haberlas heredado de sus padres, y de los accidentes venéreos que padecian, sacando desde el seno materno sus dolencias y sus plagas. En el capítulo VIII del sagrado Libro de Tobías puede leerse aquel ejemplarísimo razonamiento que tuvieron los virtuosos jóvenes en el primer día de sus desposorios, y lo que les dijo el arcángel Rafael: *Los que de tal suerte reciben el matrimonio que apartan á Dios de si y de su mente, y se entregan á sus apetitos como los brutos sin razon, el demonio tiene potestad sobre ellos* (Tob. vi, 17 et seq.).

Aquellos mozos desenfrenados en la torpeza, que cuando llegan á desposarse van inficiona-

dos de asquerosas enfermedades, debilitados con los excesos, y perdidos de vigor y de salud, ¿qué vigor y salud podrán comunicar á sus hijos, dado que los tengan? El Sábio dice que *del inmundo nada limpio procede* (Eccl. xxxiv. 4).

Que si de los males naturales pasamos á los espirituales, cuán cierto es que de los progenitores desenfrenados en la lascivia muchas veces se transfunden en los hijos las inclinaciones y propensiones contra la honestidad y pureza. *Si la raiz es santa, tambien lo son los ramos*, dice el Apóstol (Rom. xi, 16); mas si la raiz está viciada todo sale inficionado. Por eso el Señor llamó á los judíos *raza de víboras* (Luc. iii, 7), porque, de envenenados padres, nacen hijos envenenados, explica san Agustin; lo cual se entiende regularmente, porque solo Dios puede hacer limpio lo que nace de impura semilla, como advierte el santo Job (xiv, 4).

Aun de la primera leche que se da á las criaturas despues de nacidas, importa mirar de quién se recibe; porque tambien influye y conduce para las buenas ó malas inclinaciones en adelante, como lo tengo dicho en el Libro de la *Familia regulada*. Por lo cual (no sin misterio), el insigne caudillo del pueblo de Dios, Moisés, no quiso alimentarse al seno de ninguna mujer egípcia, sino que le fué buscada nodriza hebrea, como Lira y Josefo lo notaron. (Exod. ii. 7). Mas no por lo dicho, es licito juz-

gar mal de los padres y amas aunque las criaturas salgan de malas inclinaciones, ó nazcan con alguna deformidad, pues del ciego de nacimiento dijo Jesucristo, que ni sus padres ni él habian pecado para que le viniese aquel defecto, sino que Dios lo habia dispuesto para que en él se manifestase su gloria.

Si los niños, desde sus tiernos, años se vician en la impureza, es un trabajo grande que no tiene digna ponderacion humana, como dice san Buenaventura; porque hasta en lo físico se arruinan y desmedran con excesos que les contaminan hasta los huesos, como dice Job: *Llenarás sus huesos de los vicios de la adolescencia.* (Job. xx, 11). Además, unas veces que se vician en gravísimos desórdenes, suelen comenzar sus confesiones malas y sacrílegas, y los ministros celosos se hallan en imponderable trabajo para su remedio. Hay, pues, que cuidar por todos los superiores, cada uno en su esfera, para que no se introduzca semejante vicio en los niños, que de todos modos los arruina y los pierde. Lo que no se remedia en el principio, tiene despues dificultoso remedio, ó no lo tiene; pues como dice san Antonio de Padua, la lujuria es un fuego, cuyo incendio debe precaverse desde los principios.

En materia de torpeza nada han de disimular los padres á los hijos si no quieren perderlos. Ni aspecto impúdico, ni palabra obscena, ni ac-

cion deshonesta, ni equívoco de doble sentido, ni chiste ó gracejo de impureza les han de permitir jamás, ni que en su presencia cuenten fábulas amatorias, ni se lean comedias ó novelas, porque los jóvenes y los niños primero aprenden lo malo que lo bueno. *Como por modo de risa hace el necio mucho mal,* dice el Sábio. (Prov. x, 23). Y el mismo cuidado deben tener respectivamente los maestros, guardándose de que jamás se quede sin castigo cosa alguna que á la sensualidad pertenezca. San Juan Crisóstomo dice á los padres y maestros que sus palabras con los muchachos siempre sean pocas y graves, para que les tengan atencion y respeto. Ni conviene jugar con ellos, porque se insolentan con la mucha conversacion y llaneza, y despues no se dejan corregir ni castigar en lo que más importa. El Sábio dice, que si juegas con tu hijo, él te dará el pago que mereces: *Juega con tu hijo, y él te contristarà* (Eccles. xxx, 23).

En cuanto á los párrocos y confesores, deben hacer entender á los niños ó jóvenes entregados á estos desórdenes, lo primero, que sus pecados, antinaturales, son feísimos, de suma gravedad, y abominables; lo segundo, que puede Dios, y aun suele castigarlos con terrible y repentina muerte; lo tercero, que los castiga con accidentes molestísimos, vergonzosos y dolorosos; lo cuarto, que deben fundarse bien en

el santo temor de Dios y en el de las penas eternas del infierno con que Dios les castigará si no se enmiendan, y finalmente que deben cumplir tales penitencias, que no solo satisfagan por las culpas cometidas, sino que los preserven de nuevas caídas, fundándose en una sólida y tierna devoción á la Virgen Inmaculada, protectora de toda pureza.



NOTA.

Que hay actualmente en la niñez entre nosotros, una precocidad inconcebible en materia de lascivia: que á la edad de siete ú ocho años la mayor parte de los niños han perdido la inocencia: que á la de cinco ó seis ensayan satisfacciones imposibles, y que á la de doce ó catorce son maestros consumados en infamias, son cosas que advierten y deploran todos los que estudian seriamente y de cerca las costumbres de esa edad, y principalmente los que observan las conciencias. Que el mal está en su mayor parte en las reuniones, donde uno ó dos pequeños monstruos, que nunca faltan, corrompen á la multitud; que esas reuniones son casi inevitables en las escuelas y colegios, y que la desaparición del elemento religioso de estos establecimientos ha hecho desaparecer hasta el último rastro de moralidad (porque, digase lo que se quiera, no hay moral sin religion), son cosas que saltan á la

vista de quien quiera que no viva infatuado con las locas teorías modernas. De suerte, que á los graves consejos del P. Arbiol, debe añadirse como cosa principalísima, la elección de escuelas y colegios. Los declaradamente ateos deben ser eliminados á toda costa; los que se llaman católicos, fuerza es decirlo, no todos inspiran fundada confianza. Cuando solo se trata de explotar el ramo de la enseñanza, bien podrá hacerse gala del título de católico para atraerse á la inmensa mayoría de padres de familia católicos; pero solo quien ejerce el profesorado como un apostolado, y no como un mero ramo lucrativo, puede prestar garantías de vigilar la moralidad de los alumnos. Tal es nuestra íntima convicción corroborada por multitud de hechos. No falta ciencia hoy á los maestros, la ciencia se ha vulgarizado sin duda, pero hace grande falta la conciencia. La Iglesia católica, atenta siempre á espiar las necesidades sociales para buscarles un remedio, y recibiendo el primer impulso de los Papas, sus augustos jefes, procura hoy más que nunca, conservar en sus manos la niñez y la juventud, que la masonería, y los gobiernos que son sus manequies, procuran arrebatarle con denodado empeño. La lucha es inmensa, y tiene por teatro al orbe entero: los gobiernos han disparado golpes certeros y mortales secularizando la enseñanza, y entre nosotros, invalidando los cursos practicados en los institutos católicos; tiranía estúpida y sin nombre copiada del apóstata Juliano, y que pone á los padres católicos

en terrible conflicto, teniendo que optar entre la ignorancia, ó la falta de profesion y de porvenir de sus hijos, por una parte, y por otra la pérdida de su fe, la perversion de su inteligencia por las malas doctrinas, y la ruina de sus costumbres, su consecuencia inevitable. Es muy fácil dar el consejo de optarse por el primer extremo, pues más vale la ignorancia que el ateismo, y es preferible la mendicidad honrada á la prostitucion titulada y fortunosa; pero hacer adoptar á los padres de familias, cristianos de fe casi muerta, dicho consejo, *hic opus, hic labor est*. Solo Dios que ha hecho sanables á las naciones, podrá remediar tamaños males.

Mas continuemos con la exposicion, aunque sucinta, de los efectos de la sensualidad que el Paduano, y que el P. Arbiol no tuvo á bien, ó no pudo seguir declarando uno á uno como los primeros. *Insatiabilis est. Cogit servire. Reverti non sinit ad Dominum*. Que la reina del siglo, la liviandad, sea insaciable, á fuerza de ser tan sabido ha pasado á ser un lugar comun. Hugo, al hablar del hidrópico del Evangelio, dice que «por esto se significan los libidinosos, porque así como el hidrópico, cuanto más bebe, tanto más sed tiene, así el que en la lujuria se sumerge, más y más sin cesar la apetece.» San Bernardo dice, que la necesidad que comenzó á tener el hijo pródigo, *capit egere*, le provino de vivir deshonestamente con rameras, y que estas rameras son sus carnales concupiscencias, que haciéndole disipar todos los bienes de la

naturaleza, le producen esa terrible indigencia de la que se dice que «ni el ojo se sacia de ver, ni el oido de escuchar.» San Pedro Crisólogo en su segundo Sermon, declara como «el diablo no deja saciarse á los pecadores ni aun del mismo pasto de los cerdos, para que teniendo hambre de vicios, más y más delincan.» Y luego añade esta sentencia: «Los lujuriosos no pueden saber qué es saciedad, porque la voluptuosidad jamás se llena.» Vemos, pues, que en la célebre parábola del hijo pródigo se está dando á entender de muchos modos la insaciable sed de la sensualidad: ya en el hambre é indigencia que el infeliz jóven padece; ya en los viles manjares que nadie le daba; ya en los mismos inmundos animales que guarda, símbolo de voracidad insaciable, así como de hediondez y de inmundicia. El *cogit servire*, debe haberlo tomado tambien de aquí san Antonio, para ponerlo como efecto de la lujuria, pues dice la parábola, que el pródigo se adhirió á uno de los ciudadanos de aquella region, quien le envió á apacentar cerdos. «La concupiscencia, dice tambien el Crisólogo, ha echado á un jóven de su patria á la extraña, hale trocado de hijo en mercenario, de rico en miserable, de libre en esclavo; hale arrojado entre los cerdos, hale arrancado del lado de un tierno padre, para servir á un inmundísimo rebaño, ya que no quiso servir á la piedad filial.» En cuanto á los amos á quien sirve, san Juan Crisóstomo juzga que son los demonios, y lo mismo dicen san Agustin y san Gerónimo. Así, pues, cuando

asegura el Espíritu Santo que, *todo el que hace el pecado, es siervo del pecado* (Joan. viii, 34), no cabe duda que sus palabras se aplican especialmente al pecado de lujuria que esclaviza á sus adeptos de la manera más ruin y miserable, haciéndoles prosternar á los piés de vilisimas criaturas, con mengua del propio decoro, y vilipendio de la humana dignidad. Fácilmente afluyen las reflexiones acerca de ello. Que el vicio impuro no deje volver al Señor, ni parece contrario á la parábola en que se narra la vuelta del jóven desatentado. Pero aun no tan algunos doctores, esta vuelta fué la primera, y no se lee que haya abandonado á su padre, y de nuevo haya sido recibido. Y las recaídas del sensual y sus vueltas al delito, son continuas; su conversión casi nunca es sincera; por otra parte, para que el pródigo volviese, fué preciso que el hambre, la miseria, la desnudez y la más cruel servidumbre le hubiesen abierto los ojos, y esto mismo está probando que la vuelta del libidinoso es cosa muy difícil, y que solo con golpes terribles y azotes de todo género puede llegar á conseguirse. Santo Tomás nota, que la lujuria, por el apego á las delicias terrenas, hace menospreciar los bienes eternos, y que de este modo lleva al hombre á la desesperacion (2. 2. q. xx, a. 4), y claro está que la desesperacion impide de la manera más terrible la vuelta á Dios en lo que la esperanza hace tan gran papel. En el capítulo segundo del Apocalipsis se habla de Jezabel como seductora y sensual, á la cual se le dió tiempo

para arrepentirse de sus maldades, y *no quiso arrepentirse de su fornicacion* (Apoc. ii, 21); sobre cuyo pasaje el doctísimo Sylveira hace notar, que aunque esta mujer era rea de muchos delitos, pues se nos muestra como fingida profetiza, maestra de falsedades y provocadora á prácticas idolátricas, especialmente se dice que no quiere arrepentirse *de fornicatione sua*, por ser muy propio de este vicio la impenitencia. Y cita á san Ambrosio que dice: «El alma entregada á los deleites carnales, hállase como encavada por ellos como con duros clavos, y una vez descendida á este cieno, difícilmente se levanta, porque sus pecados son como cuerdas que le atan, y el cebo de las delicias del siglo le entretiene:» y añade san Cipriano: «La impureza siempre detestable, es el incendio de la buena conciencia, y la madre de la impenitencia final.» Por eso lleva á sus adeptos á la tribulacion máxima: como se dice en seguida en el Apocalipsis, y en su segundo comentario sobre este libro profundísimo, dice el Angélico Doctor que hay una tribulacion *grande*, que es la disolucion del alma y del cuerpo, esto es, la muerte; otra tribulacion *mayor*, que es la condenacion del alma salida del cuerpo; y la tribulacion *máxima* que aquí se anuncia, que es la condenacion del cuerpo y alma juntos despues del juicio final. Entre las ocho hijas que el Santo asigna á la lujuria (22, q. CLXXX, a. 5), la primera, que es la ceguedad de la mente; la sexta, que es el odio de Dios, y la última que es la desesperacion del siglo futuro, indican bas-

tantemente cuánto esa pasión infame y detestable impide el volver á Dios, que es uno de los efectos que le asigna san Antonio: *reverti non sinit ad Dominum.*

CAPÍTULO X.

Estragos de la lujuria en los mozos. — Padres y confesores. — Hoy se temen más los males corporales. — Males de un hábito culpable muy extendido. — Enumeracion de síntomas. — Cuadro de enfermedades, aun incompleto. — La lujuria quita el juicio á Salomon. — Aborrece la ira y ama las tinieblas. — Cornelio Alapide.

Los delitos de la juventud deben poner á todos en mucho temor y cuidado; pues el santo rey David los temia, rogando á Dios que no se acordase de ellos ni de sus torpes ignorancias. (*Psalm. xxiv, 1*). Toda la vida mortal está llena de peligros: más principalmente la juventud los encuentra á millares; y si en ella se dejan arraigar los vicios, es muy dificultoso y aun á veces moralmente imposible el arrancarlos hasta la muerte. Por eso dijo el Sábio aquella formidable sentencia: *El jóven, segun su camino, aun cuando envejeciere, no se apartará de él* (*Prov. xxii, 6*): lo cual, aunque se entienda de todos los vicios, san Buenaventura lo contrae especialmente á los de la lascivia.

Los peligros fatales á que suelen exponerse

los jóvenes con la lubricidad é incontinencia, son bien notorios: el uno pierde la salud con los pestilenciales accidentes y humores sifiliticos que recoje; el otro cae en el lecho, y se gasta y consume con ellos; éste que para en las cárceles y presidios donde pierde con la libertad la honra y la fama; aquel que pierde aun la vida en los encuentros locos y furiosos á donde le arrastran sus criminales empeños; unos caen en la miseria, perdiendo su caudal en los desórdenes; otros ahogan en la torpe embriaguez sus desazones ó desengaños; muchos pierden su porvenir ó su carrera, y algunos la razon en la locura, y aun la vida en el suicidio. Innumerables son las desgracias que suelen suceder á los jóvenes sensuales y libertinos, pero la peor de todas es, sin duda alguna, el vivir continuamente en desgracia de Dios, y en el estado lamentable de condenacion eterna, pues en ésta se contienen todas, y á todas infinitamente las supera, puesto que no hay digna conmutacion por el alma propia, como lo dice nuestro divino maestro (*Matth. xvi, 26*). Si tienes hijos, dice el Sábio, guárdalos mucho en su juventud, porque es el tiempo de los mayores peligros. No les des libertad, no sea que llores su perdicion con dolor de tu alma. Mejor es el pobre sano y robusto, que el rico lánguido y enfermo, castigado de Dios por su malicia. Todas estas prevenciones las hace el

Sábio ilustrado de Dios, á los padres de familia para que guarden á sus hijos sobre todo en el tiempo de su juventud, que es cuando regularmente se pierden: *No des potestad á tu hijo en la juventud* (Eccl. xxx). Con los jóvenes y mozos desenfrenados deben andar con cuidado los confesores, porque suele haber en ellos un abismo de maldades. Primeramente, la inobediencia con sus padres que les prohíben las salidas nocturnas, materia grave y justa, en que pecan mortalmente si no quieren obedecer; lo segundo, el grave peligro á que se exponen de perder la vida en riñas, pleitos y desafíos; lo tercero el incitarse, llamarse y acompañarse unos con otros para semejantes rondas temerarias y locas, lo cual es grave pecado de mal ejemplo y escándalo; lo cuarto, las infecciones contagiosas de las personas con quienes tratan, que les quitan la salud, en lo cual pecan como si voluntariamente se envenenasen; lo quinto, los escándalos que promueven en los barrios ó sitios con sus locuras ó festejos; las pesadumbres á su familia, las resistencias graves á la justicia, las circunstancias que mudan la especie, y que hay el deber de declarar, etc.

Las penitencias sean no solo de visitas de altares ó rosarios, sino en algun modo proporcionadas á los delitos, y medicinales, que ayuden á sanar de las enfermedades del alma.

NOTA.

Habla luego el P. Arbiol de la conducta de los confesores para con los consuetudinarios, asunto enseñado en los tratados de Moral, y en las Instrucciones para los mismos confesores, como las de san Ligorio y otras, numerosas y bien escritas, que no faltan en la mano de los sacerdotes, por lo cual aqui lo pasamos en silencio.

Tanto en este capitulo, como en el anterior, el Autor ha indicado algo acerca de los daños que trae á la salud la lascivia. En nuestros tiempos, en que los excesos son más crecidos y mucho más numerosos, conviene grandemente iniciativa en este punto, y tanto más, cuanto que á gran número de culpables, más les mueve el temor de estos daños físicos, que pueden de presente sobrevenirles, que el de las penas eternas que la fe, debilitada, mira como muy lejanas, y la presuncion en la divina misericordia cree poder al fin evitar del todo. Es cierto que el dolor en la confesion debe estar fundado sobre motivos sobrenaturales, y que no bastaria el arrepentimiento del pecado por solo sus efectos funestos en la salud y la vida. Pero esto no quita el poder ayudarse con estos motivos subsidiarios que impresionan vivamente, y asustan no poco á los culpables. De aqui que los confesores acudan á consultar el libro que aconseja el señor Bouvier en su Apéndice en volumen separado de su Teología, ó al más moderno Diccio-

nario de Medicina usual y doméstico que publicó Luis Vives, para servir especialmente á los sacerdotes, y cuyo lenguaje es siempre decente y moderado. De él tomamos, en el artículo relativo á cierta habilidad culpable, que no nombraremos, y que todo es muy digno de leerse, los siguientes motivos, que no hacemos mas que traducir.

«A mi juicio, dice el Dr. Réveillé-Parise, ni la peste, ni la guerra, ni la viruela, ni muchos otros males semejantes, producen tan desastrosos resultados para la humanidad, como dicha habilidad, elemento de destruccion de las sociedades civilizadas...

Pasemos á los síntomas. La nutricion es una de las primeras funciones que se alteran. Gástase el cuerpo, la carne enflaquece, el color cambia, el semblante queda habitualmente pálido, un círculo plómizo borda el párpado inferior; la mirada pierde su expresion, y reviste á menudo un carácter sensible de languidez, de inmovilidad y estupor; las digestiones acaban por desarreglarse; la apetencia disminuye; el trabajo digestivo es lento, penoso, laborioso, con alternativas de constipacion, de diarreas y de cólicos. Las fuerzas, agotadas por una parte, y por otra, mal reparadas, no pueden sostenerse; el ejercicio, tan natural y apetecido de los jóvenes, se hace menos fácil y atractivo; sienten pereza, vacilacion, palpitaciones originadas por cualquier movimiento, y sofocaciones que el solo desórden de la influencia nerviosa acarrea aun durante el reposo. Al mismo tiempo que la ro-

bustez declina con las fuerzas, vá exaltándose la sensibilidad física y moral, y el cuerpo vá haciéndose muy impresionable á la intemperie y variaciones atmosféricas. El carácter va tambien cambiando; tórnase desigual, triste, irritable, fastidioso, tímido, vergonzoso, sombrío y pusilanime; las facultades intelectuales, y en particular la atencion, la memoria y la imaginacion, padecen considerablemente, debilitándose ó depravándose del mismo modo las morales y afectivas. Este estado de degradacion física y moral, cuyo cuadro aun está muy abreviado, conduce las mas veces directamente á la fiebre hética y á una multitud de afecciones nerviosas.

Por lo demás, ved aquí, segun Deslandes, buen observador y crítico juicioso, el simple catálogo de las enfermedades que se han visto resultar de los excesos venéreos: Apoplejias del cerebro y del cerebelo; afecciones crónicas del cerebro y de sus membranas, y del cerebelo; epilepsia; danza de san Vito; enagenaciones mentales; afecciones de la médula espinal; consuncion dorsal; caries vertebral; contractura de las extremidades inferiores; pérdida ó debilitamiento del oído ó de la vista; estrabismo y otras afecciones de los músculos del ojo; dolores neurálgicos y reumáticos; gota, hemorroides; escrófulas; tubérculos; tisis tuberculosa; asma; enfermedades del corazon y de las gruesas arterias; raquitismo; friabilidad de los huesos; fiebres agudas; satiriasis y ninfomanias; neurosis uterinas; priapismo; parafimosis, herpes prepucial; balanitio y blenorragia; incontinencia de

orina; hidroceles, raricoceles y circocceles; deterioro de las razas.... Tal es la lista, y sin duda aun incompleta de las enfermedades que tal habitud, y los excesos venéreos pueden acarrear. ¡Ni como una causa que mina tan profundamente la constitucion, dejára de hacerlo accesible á las enfermedades de toda especie! Nosotros suprimimos todavia en ese catálogo, diez ó doce más que comprende, y que no me ha parecido conveniente ni aun nombrar; pero basta lo dicho, y lo que detalla Fissot en la obra citada por el señor Bouvier, y que ha aprovechado á muchos jóvenes ya pervertidos, abriéndoles los ojos ante la horrible y funesta suerte que les espera. Volvemos á indicar que es muy útil insistir en estos males, pues todo medio que ayuda á la grande obra de la moralización de las costumbres no debe desdeñarse. En el artículo del cual copiamos algunos trozos, se dan reglas preventivas acerca del mismo asunto, muy importantes para los padres de familia, para los institutores en los colegios, y para los ayos y maestros de la niñez y juventud.

Sentimos mucho no transcribirlos aquí, pero la indole de este trabajo no lo consiente.

Continuemos declarando brevemente los efectos de la lujuria, trazados por san Antonio de Padua.

Cor deprædatur. Abhorret lumen; amat tenebras. Con lo primero parece aquí significarse que la liviandad quita el juicio y la cordura, en cuyo sentido se toma la palabra *cor* á veces aun en las sagradas Letras. De ese efecto parece que

no se puede hacer ver mejor que en Salomon. De él se dice en el Libro tercero de los Reyes, que pidió al Señor un corazon dócil para saber gobernar al pueblo, y que Dios, contento con esta peticion, le «dió un corazon sábio é inteligente, en tanto que ninguno antes de él le haya sido semejante, ni en lo sucesivo lo sea.» (III Reg. III, 12). Ahora bien; pasemos ocho capitulos, lleguemos al undécimo, y comenzará diciéndonos que el rey Salomon amó á muchas mujeres extranjeras, moabitas, amonitas, idumeas, sidonias y heteas, de las que Dios habia dicho que ciertísimamente apartarian los corazones para seguir á sus dioses; y que tuvo el increíble número de mujeres que es tan sabido, y que las mujeres, *averterunt cor ejus*. Y que siendo *ya anciano* (cuando debiera haber llegado á la plenitud de la ciencia, de la experiencia, del juicio y de la cordura), *su corazon fué depravado por las mujeres* para seguir dioses agenos, ni era su corazon perfecto en el Señor *su Dios como lo era el corazon de su padre David* (III Reg. XI, 4). Hé aquí el corazon inteligente y sábio cual no le hubo jamás, apartado de Dios por las mujeres, depravado por las mujeres, adorando dioses infames y ridiculos, á Astarte y á Moloc, y levantándoles templos, es decir, perdida la cordura, volado el juicio, huida la prudencia, dementada la ciencia. ¡Y todo por las mujeres! *Cor deprædatur.*

Abhorret lumen, amat tenebras. El P. Arbiol traduce, ó mejor, interpreta que la luz divina; pero creemos que aun al pié de la letra puede en-

tenderse. Otros pecados salen á luz pública, las riñas, hurtos, homicidios, embriagueces, etc.; la lascivia es tan horrible y tan abyecta que no se atrevería á herir los ojos de humana criatura: *aborrece la luz, y ama las tinieblas*; busca la lobreguez de la noche, ama los escondrijos y los aposentos secretos, que por eso juntó san Pablo *in cubilibus et impudiciis* (Rom. xiii, 13). Es cierto que ahora se hace gala de los vicios abyectos, y se levantan públicamente palacios lujosos á la prostitucion, objeto de asiduos y tiernos cuidados para todos los gobiernos civilizados; pero ésta, como otras, es una grande aberración de nuestro siglo, que demuestra haber llevado el descaro del impudor hasta el cinismo; mas el resto de la sociedad no empodrecida, siempre mira con asco y horror tantas infamias, y quisiera relegarlas al alejamiento y á la negra oscuridad.

Que si entendemos la frase paduana de la luz y las tinieblas sobrenaturales, tambien es muy cierto que el sensual buye de la luz de la instruccion y de la luz de la gracia; que se complace en rodearse de tinieblas, siendo de aquellos que *determinaron declinar sus ojos á la tierra por no ver* (Psalm. xvi, 11), y como el impio que *no quiso entender para obrar bien* (Psalm. xxxv, 4). Por eso advierte san Juan que *el que obra mal, aborrece la luz* (Joan. iii, 20), y en el libro de Job, se dice que el impio *no se apartará de las tinieblas* (Job. xv, 30).

En cuanto á las significaciones místicas de la luz y las tinieblas, y por qué la primera simbo-

liza á Dios y á la gracia por treinta analogías indicadas por san Dionisio Areopagita; y las otras simbolizan al demonio y al pecado, puede verse el copioso y bellissimo Comentario de Cornelio Alápide sobre el verso cuarto del primer capitulo de la primera Epistola de san Juan, y aun el de los tres versos anteriores.

CAPÍTULO XI.

De la infidelidad en los desposados.—Estragos de la lujuria en los viejos.—Almas consagadas á Dios.—Disolucion dentro de la familia, en nuestro siglo.—Bellisimas palabras del Abate Laurichesse acerca de los males del matrimonio en nuestros dias.—Solo la Iglesia por el sacerdocio puede curarlos.

Que pueden cometerse punibles excesos y abusos de espantosa trascendencia dentro del estado nupcial, es cosa que no puede ocultarse, y que con ingeniosa frase significó san Bernardino de Sena diciendo que muy bien puede el hombre embriagarse con el vino de su propia cuba; mas acerca de estos desórdenes preciso es tender un velo, y deplorarlos sin sacarlos á luz. En cuanto á los casados que buscan la fruta del huerto ageno, teniendo su propio huerto, es un horror lo que pasa con ellos. Ni reparan en la salud, ni en la de su consorte, que vician con males importados al lecho doméstico, ni en

tenderse. Otros pecados salen á luz pública, las riñas, hurtos, homicidios, embriagueces, etc.; la lascivia es tan horrible y tan abyecta que no se atrevería á herir los ojos de humana criatura: *aborrece la luz, y ama las tinieblas*; busca la lobreguez de la noche, ama los escondrijos y los aposentos secretos, que por eso juntó san Pablo *in cubilibus et impudiciis* (Rom. xiii, 13). Es cierto que ahora se hace gala de los vicios abyectos, y se levantan públicamente palacios lujosos á la prostitucion, objeto de asiduos y tiernos cuidados para todos los gobiernos civilizados; pero ésta, como otras, es una grande aberración de nuestro siglo, que demuestra haber llevado el descaro del impudor hasta el cinismo; mas el resto de la sociedad no empodrecida, siempre mira con asco y horror tantas infamias, y quisiera relegarlas al alejamiento y á la negra oscuridad.

Que si entendemos la frase paduana de la luz y las tinieblas sobrenaturales, tambien es muy cierto que el sensual buye de la luz de la instruccion y de la luz de la gracia; que se complace en rodearse de tinieblas, siendo de aquellos que *determinaron declinar sus ojos á la tierra por no ver* (Psalm. xvi, 11), y como el impio que *no quiso entender para obrar bien* (Psalm. xxxv, 4). Por eso advierte san Juan que *el que obra mal, aborrece la luz* (Joan. iii, 20), y en el libro de Job, se dice que el impio *no se apartará de las tinieblas* (Job. xv, 30).

En cuanto á las significaciones místicas de la luz y las tinieblas, y por qué la primera simbo-

liza á Dios y á la gracia por treinta analogías indicadas por san Dionisio Areopagita; y las otras simbolizan al demonio y al pecado, puede verse el copioso y bellissimo Comentario de Cornelio Alápide sobre el verso cuarto del primer capitulo de la primera Epistola de san Juan, y aun el de los tres versos anteriores.

CAPÍTULO XI.

De la infidelidad en los desposados.—Estragos de la lujuria en los viejos.—Almas consagadas á Dios.—Disolucion dentro de la familia, en nuestro siglo.—Bellisimas palabras del Abate Laurichesse acerca de los males del matrimonio en nuestros dias.—Solo la Iglesia por el sacerdocio puede curarlos.

Que pueden cometerse punibles excesos y abusos de espantosa trascendencia dentro del estado nupcial, es cosa que no puede ocultarse, y que con ingeniosa frase significó san Bernardino de Sena diciendo que muy bien puede el hombre embriagarse con el vino de su propia cuba; mas acerca de estos desórdenes preciso es tender un velo, y deplorarlos sin sacarlos á luz. En cuanto á los casados que buscan la fruta del huerto ageno, teniendo su propio huerto, es un horror lo que pasa con ellos. Ni reparan en la salud, ni en la de su consorte, que vician con males importados al lecho doméstico, ni en

la pública decencia y decoro, ni en su buen nombre, ni en su vida, ni en su alma, ni en su hacienda; con todo atropellan como rabiosas fieras, sin atender á las divinas leyes ni á las humanas. Teniendo sus esposas como ángeles, se adhieren al estiércol como decía llorando Jeremías (*Hier.* iv, 5). Y el Sábio dice, que la mujer mala es como el estiércol en el camino (*Eccles.* xi, 10), que todos lo pisan, y los cerdos lo buscan para deliciarse con él. Más quiere el estiércol de la mujer agena, que la hermosura de la propia.

Veamos ahora la malicia del adulterio. Job dice que es un mal, y la iniquidad máxima (*Job.* xxxi, 9), y debe considerarse cuál será su gravedad para merecer un superlativo de tan grande ponderacion. A la casa rica de Faraon la llenó Dios de plagas máximas, como lo dice el sagrado Texto (*Gen.* xii, 17), por la mujer de Abrahan que tenia usurpada. El profeta Jeremías llegó á decir que la tierra lloró á la faz de la maldicion, por estar llena de adulteros (*Jerem.* xviii, 10); Oseas, que el camino de éstos será cercado de espinas (*Osse.* ii, 6); Ezequiel, que viven en casas ruinosas y á cada paso temen su perdicion. De las mujeres que se hacen reas del mismo delito dice cosas terribles la divina Escritura; que son la total perdicion de sus infelices casas, la confusion de sus maridos, la ruina de sus hijos, el escándalo de su familia,

malditas de Dios y de los pueblos, y que son como las bestias, y aun peores y más abominables; todo lo cual puede verse por extenso en el libro de *La Familia regulada*. Añádase, como consecuencia, los celos rabiosos que convierten la casa en un abismo del infierno, donde no se oyen sino injurias y execraciones, y los divorcios que asuelan las familias, y son causa de gravísimos males.

En cuanto á los vicios en la vejez, dice David, que penetran como el oleo en sus huesos (*Psalm.* cviii, 18), y allí perseveran mientras dura la vida mortal. Expresamente lo dice Ezequiel hablando de los torpes y sensuales: *Estuvieron sus iniquidades en sus huesos* (*Ez.* xxxii, 27), y como se envejecen los huesos se envejecen tambien los vicios en ellos. El santo Job, aun con más claridad dice: *Llenaránse sus huesos de los vicios de su juventud, y con él descansarán en el polvo* (*Job.* xx, 11); con su lascivia acaban la vida y así con ellos baja su malicia para hacerles perpetua compañía. De este mal género de viejos sensuales habla la historia de Susana, que como leños secos se abrasaban en el fuego de la liviandad, y de dia en dia se encendian más al aspecto de aquella criatura inocente. De ese largo pasaje que se refiere en el capítulo trece de Daniel, se saca en limpio para nuestro intento, que la sensualidad mas indigna y refinada se encuentra tambien en los

ancianos y viejos que de mozos fueron deshonestos. De estos viejos procaces aparta Dios la doctrina y la sabiduría, como advierte el santo Job (xi, 20), y de ellos se puede decir lo que el mismo: *Las rugas de mi cara dan testimonio contra mí* (Job. xvi, 9).

Mas si no es extraño que los que fueron libidinosos desde su mocedad lo sean tambien de viejos, si lo es, y mucho, que muchos que tuvieron juventud arreglada, se prevariquen en la ancianidad, como lo dice la divina Escritura del insigne Salomon, que siendo ya viejo, se perdió por las mujeres. Así lo dice tambien el Eclesiástico: *Te inclinaste á las mujeres y persiste mancha en tu gloria* (Eccl. xlvii, 21), porque el viejo libidinoso mancha toda su vida pasada y se hace la abominacion de Dios y del pueblo cristiano. En el libro de la Sabiduria se dice que *aunque serán de larga vida, serán contados en la nada, y sin honra serán los novísimos de su vejez* (Sap. xiii, 17).

Mas no solo en los ancianos prende el fuego del vicio abyecto; tambien quiere el dragon tragarse las aguas del Jordán, como dice Job (Job. xl, 18); lo que explica san Buenaventura de la rabia furiosa que tiene el demonio contra las personas consagradas á Dios por voto, promesa ó juramento de castidad. Á todos los que se determinan á servir á Dios de veras, exhorta el Sábio á estar firmes en la justicia y temor, y

preparar su alma para las tentaciones (*Eccli. ii, 4*), las mayores de las cuales, dice san Agustín, son las de la castidad.

No se harta la voracidad infernal del enemigo con los innumerables pecados torpes de los hombres comunes y mundanos; sino que, como aquella águila del profeta Ezequiel, encamina sus vuelos al cedro mas elevado del Libano para robarle la médula delicada de su pureza. San Jerónimo dice que precisamente *porque están á Dios consagrados, más fuerte y cruelmente son del diablo perseguidos*. Mucho puede verse de esto en la historia Eclesiástica y en las Vidas de los Padres.

NOTA.

De tres capítulos enteros del P. Arbiol hemos hecho uno solo, y aun los hemos abreviado y modificado considerablemente, diciendo muchas cosas que, aunque en nuestro siglo son ordinarias, no pueden oírse los oídos delicados de la generación actual. Los temas son tres: la sensualidad en el matrimonio; la sensualidad en la ancianidad; la sensualidad en la profesion de la castidad. Acerca de lo primero, una espantosa disolucion se ha desarrollado en el seno de la familia cristiana, ocasionada por excesos y desórdenes criminales que vician la vida en su fuente, ó la matan en su gérmen: bocas elocuentes han clamado, aunque con poco fruto,

contra tan funestos abusos, y libros enteros han sido escritos para anatematizarlos en nombre de la higiene y de la moral. La fiebre del lujo y de los goces, consumiendo cuantiosísimas expensas, hace que se quiera disminuir el divisor que ha de consumir, para aumentar el cociente disponible para los gastos de la vanidad, y de aquí que desaparezca la cuestión de las afecciones, en una simple cuestión de guarismos. En cuanto al sexo débil, ó es arrastrado ignominiosamente por el más fuerte, ó tambien incide en la tentación de coger la rosa del placer sin la espina de la maldición paradisiaca, y participa del debilitamiento actual de la fe; no quiere ver un calvario en el estado que ha abrazado, y consiente criminalmente en que se le despoje de los largos sufrimientos que cuesta el cuidado y nutrición de tiernos vástagos, evitando sabiamente su germinación. Concíbese que ni podamos decir mas, ni podemos expresarnos mas claramente. Permitásenos solo transcribir, traduciéndo, un pasaje de la preciosa obra del Abate Laurichesse, *Etudes philosophiques et morales sur la confession*. Despues de haber hablado en el capítulo sexto de la necesidad de la confesion para el individuo, y en el séptimo de la confesion considerada en sus relaciones con la constitución física del hombre, trata precisamente en el capítulo octavo de la necesidad de la confesion para la familia. En este profundo y admirable estudio, toca las llagas de la sociedad doméstica bajo el punto de vista que le ocupa, pero con una amplitud de miras, y sobre todo

con una delicadeza de expresion inimitable. Escuchemos, pues:

«A mi ver es preciso admitir como incontestable la proposición siguiente: hay una transmisión á los hijos de las penas debidas á sus padres, en virtud de una afinidad moral gobernada por leyes mas libres que las que determinan la imputación moral de la primera transgresion. Lejos, harto, estoy de creer que todos los niños que mueren sin haber pecado, sean arrebatados en virtud de la ley general que condena á muerte á todos los hombres; aparte de la falta original, otra prevaricación ha llevado al sepulcro á estas inocentes criaturas: quiero decir, el crimen de su nacimiento. Un médico, inspirado, en lugar de preguntar á su arte mudo acerca de la fiebre que devora á un tierno infante entre los pañales de su cuna, debería, á ser posible, tomar á parte á la madre, y preguntarle si no ha concebido en la iniquidad! ¡Ay! que no solo los vendedores de arsénico son emponzoñadores! Si el matrimonio fuese puro, cuántos males ahorrados á la tierra!» (*Chap. vii, pag. 231*).

Para que la union del hombre y la mujer fuese durable, necesitábase establecer guardianes de la pureza del matrimonio cristiano, estableciendo un ministerio sagrado encargado de proclamar altamente lo que es ó no conforme al pensamiento divino, lo que entra en el plan providencial. Sin esta voz que esté gritando sin cesar, que no le es permitido al amor el destruirse á sí mismo por harto fáciles complacencias, que hay una sed homicida y culpable,

una hambre que se llama el furor de los sentidos y no es una función de la vida, sin esto, repito, muy pronto habríamos vuelto á caer en las demás tinieblas, y en las inauditas torpezas del paganismo. Mas la voz que enérgicamente se hace oír de todas las generaciones, este ministerio sagrado ocupado siempre en su obra, es la Iglesia. Y la Iglesia, á su vez, emplea unos hombres escogidos, consagrados al efecto, y cuyas afecciones, siempre levantadas, deben servir de regla á las humanas afecciones. El arreglarlas es hacerlas vivir, y la castidad, ó el instinto dirigido por la ley, es toda la vida de la unión. Aquello de que se abusa no se respeta largo tiempo, y el disgusto sigue pronto al desprecio; los corazones permanecen en razón misma del esfuerzo que tienen que intentar contra sí mismos para no agotarse en unas cuantas horas, y aún diría, para no darse todos de un solo golpe. Solo aquella afección que, limitándose en su propia libertad, tranquila y recogida en su propia fuerza, combate las emociones demasiado vivas, se tendrá en pie por largo tiempo, é irá muy adelante en la vía por donde Dios le haya ordenado marchar. Solo un amor que es mas fuerte que sí mismo, no llegará á perecer; porque el arte de saber contenerse, es el secreto de amar siempre.

Hoy la naturaleza física parece absorber todas las fuerzas morales; la vida del alma se va gastando con la de los sentidos, y se pasa muy pronto, porque el corazón, abriéndose todo entero, se dá de una vez sola. Así, el amor á poca

ya ha pasado á manera de un río que, agotado de improviso en su fuente, no dejará ver luego en su lecho desecado más que un inundo fango. La inteligencia se industria, por decirlo así, en hacerse cuerpo, para gozar como el bruto, y los espíritus llegan á enfriarse en una excitación demasiado viva de los sentidos. En el día de hoy el vivir á dos, es como poner los goces en común, casi al modo de las compañías ó sociedades de intereses, en las cuales la compañía se disuelve para ambas partes, cuando la suma de las puestas ha llegado á agotarse. ¿Y será admirar que la vida que se lleva en el hogar doméstico sea tan triste y amarga: que el odio blasfeme el amor, y que tan á menudo se oiga sonar la pesada cadena de la servidumbre que unas manos impacientes de libertad sacuden sin poderla romper? Apenas se ha dejado á la Iglesia bendecir una vez; mas despues de esta primera bendición, no más voz que grite, no más palabra que enseñe, no más dirección moral. No quiere escucharse á la Iglesia, porque espanta su ciencia, ni se toma consejo mas que de sí mismo, para saber si se marcha bien en la vida, y si se adelanta ó retrocede en el camino del destino. Ni se piensa en el alma, ni se cuenta con ella.....

Digámoslo, pues; el amor al matrimonio dura poco; porque no es puro, y no se abriga para vivir á la sombra del pensamiento cristiano. Así detéstanse hoy, los que aun se adoraban ayer; porque una vez agotados los sentidos, el

abatimiento sucede al delirio, y al abatimiento la desesperacion.....

El mal es, pues, muy grande; y el sacerdote es el único en el mundo que puede curarlo. Al sacerdote sentado en su tribunal como juez de las conciencias, y censor de los vicios, y protector de la virtud, es á quien le toca proclamar, que el matrimonio, en la Iglesia de Dios, es un árbol que debe llevar solo frutos de virginidad, que la esposa tiene derecho de ser madre de todos sus hijos, y que los pensamientos del Señor, grandes en este asunto, deben dejarse, sin quererlos torcer, cuales son en sí mismos.

Aquí toca el Autor, con delicadeza suma, las principales llagas que corroen en nuestros dias al matrimonio; y sentimos no haber podido tomar sino pasajes despegados de tan juicioso capítulo, cuya integra lectura recomendamos, lo mismo que la de toda la obra, á las personas amantes de la filosofía cristiana, y de los sólidos y serios estudios.

De los otros dos temas, nada conviene decir, aunque, en nuestro siglo, tienen, como todo, su carácter particular digno de atención. Quizá en la exposicion de los versos (que ahora por no alargarnos mas, interrumpimos), tendremos ocasion de presentar sobre el último algunas observaciones.

CAPÍTULO XII.

Del intenso grado á que suelen llegar las tentaciones sensuales.—Tres causas asignadas por san Buenaventura.—Incentivos en nuestro siglo.—Por la vista.—Por el oído.—Por los otros sentidos.—Suceso reciente.

La santa Iglesia de Dios hace pública rogativa á su divina Majestad diciéndole en las Letanías mayores: «Del espíritu de fornicacion, líbranos Señor.» En esto se conoce cuán formidable es este pernicioso y feo vicio, pues en especial pedimos al Señor que de él nos libre, por su infinita bondad y misericordia. Conócese tambien de lo que dice el Sábio, que ninguno puede ser continente y casto, si Dios no lo concede. Así se dice en el sagrado Libro de la Sabiduría, notando que de sola la divina mano pende el serlo, para que de todo nuestro corazon lo pidamos al Señor (*Sap. viii, 21*). El santo Job confiesa lo mismo, diciendo, que nadie puede hacer casto y limpio al que de inmunda fuente fué concebido (*Job. xiv*). Esto nos ha de obligar á clamar á Dios para que nos libre de las horrendas y porfiadas tentaciones contra la castidad y pureza, pues no tenemos otra apelacion para conseguir tan grande bien.

No hay digna ponderacion humana para ex-

plicar la excelencia del alma pura, casta y continente. Así lo dice también el Sábio ilustrado de Dios: *mas toda ponderación no es digna del alma continente* (Eccles. xxvi, 20). Y por eso, cabalmente, se pone tan rabioso y enfurecido todo el infierno contra las almas puras y castas. El grande san Antonio Abad dijo á sus monjes, que eran innumerables las artes y astucias del demonio para tentar y engañar á las almas. Por eso, cuando Lucifer cayó del cielo, se oyó aquella lamentable voz que dijo: *Ay de ti tierra y mar! porque baja á vosotros el diablo, con grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo, para tentarlas y perderlas* (Apoc. xii, 12). Esta furia de los demonios se encamina más rícidamente contra todas las personas amadoras de la pureza y castidad, por lo mismo que Dios las ama tanto. Más aunque algunos ponderan tanto sus tentaciones que digan que absolutamente no pueden resistirlas, se engañan, y no dicen verdad; porque el Apóstol san Pablo dice lo contrario, y es de fe católica, que *Dios es fiel, y no permitirá que ninguno sea tentado más de lo que pueda tolerar*, asistido de su divina gracia (I Cor. x, 13). Otros dicen, que aunque viesen el infierno abierto, no se pueden detener, según es la vehemencia y fiereza de su tentación. Estas y otras semejantes ponderaciones explican el furor y fuego de las tentaciones; pero no pueden tomarse al pie de la letra, pues el Espíritu San-

to dice: *Acuérdate de los novísimos y jamás pecarás* (Eccles. vii, 14); y en consecuencia, con la gracia de Dios, la tentación, por viva que sea, siempre puede resistirse. De algunas personas santas se refiere, que viéndose muy tentadas de liviandad, aplicaron fuego material á su cuerpo; mas de ninguna se sabe que no se remediase luego con esta diligencia. *Quién de vosotros, dice el profeta Isaías, podrá habitar con el fuego devorador? Quién morará con los ardores sempiternos?* (Is. xxxiii, 14).

De tres causas, dice san Buenaventura, suele proceder que las tentaciones de liviandad suban mucho de punto, de tal modo que lleguen á parecer intolerables. La primera es, si nuestro pensamiento no se aparta, ni la imaginación se divierte de la idea torpe que se le representa. Si la representación indigna va y viene una y otra vez, conmueve los humores malignos, que á manera de un fuego, encienden la sangre, y aumentan la tentación de un modo que parece no ser posible el resistirla. El remedio, es, pues, divertir prontamente la imaginación á otra cosa, aunque sea natural ó indiferente; y se verá por experiencia que calma aquella fiereza de la tentación, en no pensando en ella. Pero mientras la imaginación no cesa, la tentación camina siempre en aumento.

La segunda causa de crecer tanto las tentaciones de esta especie, es, porque el alma no

está bien resuelta á despreciarlas y quitarlas, y arrojar léjos á Satanás, y así se pierden. Fíanse en que es cosa leve lo que hacen, y engañanse, y así vienen á perecer miserablemente. El remedio es una resolución firme, firmísima, de morir antes que pecar, y á consecuencia de ella, evitar todas las ocasiones y peligros por pequeñas y especiosas que parezcan.

La tercera causa de la vehemencia de estas tentaciones suele provenir de un sutil y pernicioso engaño que el demonio persuade á gente timorata, que nunca se ha manchado con lo abominable de esos vicios, que el deleite es sumo y grandemente apetecible; y que una vez experimentado, saciará para siempre. Esta tentación se funda en dos horribles engaños del demonio, claramente falsos; porque, la experiencia, lejos de saciar, enciende un furor horrible, que exige nuevas culpas, y que hace á los vicios, y en especial al de la liviandad, como hemos visto, insaciable; y por otra parte los deleites abyectos, dado que sean vivos é intensos, ¡pero son tan infames! ¡tan momentáneos! ¡tan asquerosos! llenan al alma de tan negros remordimientos, que no debieran de probarse jamás.

NOTA.

Tres razones asigna aquí el Autor, tomadas del Doctor seráfico, que motivan la vehemencia de las tentaciones sensuales: la una fisiológica, la otra diabólica, la otra humana. Todas ellas son meramente internas y subjetivas. En nuestro siglo hay tantos motivos de tentación y de terribles tentaciones, objetivos y exteriores, cuantos son los terribles y multiplicados incentivos que en todas partes excitan y aguijonean á la más abyecta de las pasiones. Puede decirse que para cada uno de los cinco sentidos se han creado en nuestros tiempos incentivos peculiares, desconocidos en los siglos pasados, y que extienden por todas partes el imperio y dominio de *la Reina del siglo*. En todos tiempos ha habido pinturas obscenas, por ejemplo, y en las excavaciones de las antiguas ciudades romanas se descubren monstruosidades increíbles de impudor y de libertinaje. Mas sin embargo, ningún arte humano, por perfecto que sea, puede llegar á copiar á la naturaleza con la exactitud que la luz que copia cien retratos de admirable parecido, reducidos á tal tamaño, que una lenteja puede fácilmente cubrirlos por completo. ¿Quién creyera, pues, que de una arte tan hermosa, fundada en tan admirables fenómenos de la luz, se habria de hacer en nuestros tiempos un arma terrible contra la moral, y un terribilísimo incentivo de liviandad y sensualis-

mo? Efectivamente es así: el vicio se ha retratado con todos sus horrores, la lubricidad con todas sus peripecias, la prostitucion con sus horribles escenas; degradadas criaturas han hecho una profesion de vender su desnudez para tales infamias, y se saben acerca de esto horrores que apenas alcanzan á creerse. Han llenado el mundo de obscenidades fotográficas, en las cuales el incentivo lúbrico es tanto mayor, cuanto la obra de la luz es lo más exquisito en los detalles, y lo más perfecto en el conjunto. Ningun siglo, repetimos, ha podido envenenar á tanto grado al alma por los ojos, porque ninguno ha podido llegar al perfecto realismo en el dibujo y pintura como el nuestro, obligando á una de las nobilísimas criaturas, salidas de la mano de Dios, á la luz, á servirle á tan graves iniquidades. En cuanto á los oidos, «la Reina del siglo» ha activado también horriblemente sus venenos. La ciencia de la armonía, y el arte de la ejecucion de la música llegadas á su apogeo, se han unido de consuno para encantar con la voluptuosidad de los sonidos: los teatros son templos; las cantatrices, divas ó diosas; la música, cielo; y los que miran y escuchan, frenéticos adoradores. Ya hemos hablado de la apoteosis de esas desgraciadas víctimas del crimen, hijas predilectas de la Reina del siglo, á quienes se arrojan en la escena, coronas sembradas de monedas de oro y ramos de precios fabulosos; y multitud de jóvenes infatuados corren dia y noche tras ellas con delirante locura. Las fortunas son escasas para pagar unos trinos de su gar-

ganta: «una recibe cien mil francos por año, otra se casa con millon y medio, alguna muere despues de haber ganado doce millones; y en conjunto, esas víctimas de la concupiscencia de la carne cuestan solo á París, ciento cincuenta millones al año, y aun se asegura que esta cifra es inferior á la verdadera.» (*Gaume*. Esta vida no es la vida, Carta 6.^a). La música, pues, enervante, voluptuosa, muelle y sensual, se ha hecho servir á la liviandad de una manera prodigiosa, envenando el alma por el oido, así como la fotografía sensual la envenena por la vista.

El olfato y el gusto no quieren permanecer inactivos. Los olores se han diversificado de infinitas maneras, yendo á buscarse en apartadísimas regiones las plantas y las flores que los contienen. La furia por ellos raya en locura. Una rica pareja al desposarse, en una ciudad cercana, mandó traer de París los artículos de tocador á que ambos consortes eran muy inclinados. Consagróse al sólo artículo de los olores la modesta cifra de seis mil pesos, y los perfumistas de la capital de la Francia, creyendo que se trataba de abrir un establecimiento del ramo, enviaron un surtido completísimo: todo respiraba perfumes en aquella casa que semejava un palacio de las «Mil y una Noches;» cada cámara tenia sus aromas especiales, los respiraba el lecho y cada una de sus coberturas, los muebles, los vasos, las paredes y los tapices, pastillas llamadas del serrallo se quemaban sobre las consolas en elegantes braseros. Pues

si esto pasa en estas lejanas ciudades, ¿qué será en las grandes capitales, donde el sibaritismo más refinado reina como soberano en las altas y acomodadas clases?

El paladar inunda también de venenos, no solo á la sangre y á los intestinos, sino por la sangre á la sensualidad á quien siempre ha alimentado la gula. No en vano con las comilonas y embriagueces ha juntado el Apóstol los retretes y las impudencias que en su seno se cometen. A las viandas más raras y variadas, cuya serie, en los festines, se imprime en largas listas alfabéticas, de que (como de gravísimos asuntos) dan noticia los diarios: á los manjares más exquisitos y á veces estrambóticos, se junta una variedad de vinos y de licores, que sobre encender le sangre, arrebatan la razón embruteciendo al hombre, y llega á envenenarlo ó dementarlo como el ajeno, viniendo á ser uno de los más conocidos y poderosos incentivos de la lascivia, como terminantemente lo dice la Escritura: *No queráis embriagaros con vino, en el cual está la lujuria* (Ephes. v. 18). Ahora bien, que el mundo come ahora y bebe, y se regala más que nunca, es cosa que se palpa: que los masones, y los gobernantes, y los diplomáticos tienen sus convites, donde entre el crudo de los manjares y la náusea de los licores disponen de los destinos del mundo, puede verlo todo el que tenga ojos para penetrar en esos sitios; que á esas locas orgías acompañen ó sigan siempre los lúbricos excesos, sólo un niño inocente pudiera dudarlo.

Nada diremos del tacto que para sus goces tiene: hay palacios paternalmente protegidos y cuidados por los modernos gobiernos, pero son sus entretenimientos de tan baja abyección que no pueden ni detallarse, ni aun nombrarse. ¿Cómo, pues, no subirán de punto las tentaciones con tantos, tan variados y tan poderosos incentivos? La atmósfera está como viciada; ni la educación más cristiana, ni el cuidado más esmerado, ni las precauciones más minuciosas, nada parece bastante á evitar el contagio en los jóvenes luego que salen al mundo. Menos de un año ha, que en una capital cercana, una excelente madre educaba á un hijo suyo único con el mayor esmero: elegía las escuelas más sanas, los colegios católicos más moralizados, ... un día el joven fué colocado en una casa de comercio; sus costumbres eran puras, su sencillez admirable. No pasaron dos años, y una mañana circuló el rumor que el joven había aparecido suicidado en un mal lugar. Una infame criatura le había perdido. Nadie creyó en el suicidio; parece que una horrible intriga acabó con su vida. Hé ahí la sociedad alarmada (aunque ya poco se alarma), una pobre madre enloquecida de dolor; un joven inmolado horriblemente á la prostitución, y una vil cortesana añadiendo una línea más á su hoja de servicio. Rasgos de esta clase han pasado á hacerse diarios. La conservación de la inocencia va llegando á ser un verdadero milagro en este siglo corrompido. Las prácticas religiosas, y en especial la confesión, que pudieran poner un dique á este torrente devastador,

se abandonan ingratamente, ó impiamente se ridiculizan. El mal es inmenso, y nos hace acordar á menudo de aquellas palabras del Señor: *Como en los dias de Noé, así será en los dias del Hijo del hombre: comian y bebian, y tomaban mujeres,...* y vino el diluvio y perdiólos á todos (Luc. xviii, 26 et 27).

CAPÍTULO XIII.

Algunas sentencias de los santos Padres y Doctores, que contestan lo dicho del horroroso vicio capital de la lujuria. — San Gerónimo. — San Agustín. — San Ambrosio. — San Gregorio. — San Bernardo. — San Lorenzo Justiniano. — San Buenaventura. — Santo Tomás de Villanueva. — Hugo Cardenal. — La lujuria hace indigno al cristiano de la Comunión. — Ciega los ojos de la razon. — Peca contra el propio cuerpo. — Arranca del Señor. — Alegria á los demonios y es bocado escogido de Sántos.

San Jerónimo dice que la criatura Injuriosa, aun en vida, ya está muerta; porque no mandan en ella los apetitos racionales, sino los instintos brutales. El mismo escribe que Salomón, siendo como sol del mundo, con el amor desordenado de las mujeres perdió la luz de su alma, la gloria de su casa, el esplendor de su persona; y de pregonero de Dios, se hizo esclavo del demonio. Por ningún pecado se dice

que le haya pesado á Dios el haber criado al hombre, sino por éste. La gula su pábulo; la soberbia su flama; las palabras torpes sus chispas; su humo es la infamia; su ceniza la inmundicia; y su paradero el infierno. (*Epíst. Opusc. ad Ruf*). San Agustín hace todas las siguientes reflexiones: la lujuria doma los leones, es decir, á las más grandes y nobles almas; sus combates son los más fuertes entre todos los del cristiano, en los cuales es continua la pelea y rara la victoria. El deshonesto vende al demonio, por un placer momentáneo, su alma que Cristo redimió con su sangre. Lo que deleita pasa en un instante, y las penas del infierno durarán para siempre. La sensualidad es enemiga de Dios y de la virtud; todo lo pierde por el gusto de un momento; ciega á tal punto, que con una gota de deleite, no deja pensar en la eterna pobreza (*August. De Singularit. Cleric.*).

San Ambrosio asegura que la lujuria es mal inquieto, que no deja dormir ni descansar: de noche se enciende, de día perturba, ciega la razon, rompe los negocios, atropella el consejo, enloquece los afectos, nada tiene, es insaciable y solo tiene término con la muerte. El fuerte Sansón sufrió al leon pero no á su mala pasion; rompió las ligaduras, pero no sus inclinaciones; abrasó las mieses ajenas, pero no sus aficiones desordenadas (*Lib. 2, cap. 5, de Cain et Abel*).

se abandonan ingratamente, ó impiamente se ridiculizan. El mal es inmenso, y nos hace acordar á menudo de aquellas palabras del Señor: *Como en los dias de Noé, así será en los dias del Hijo del hombre: comian y bebian, y tomaban mujeres, ... y vino el diluvio y perdiólos á todos* (Luc. xviii, 26 et 27).

CAPÍTULO XIII.

Algunas sentencias de los santos Padres y Doctores, que contestan lo dicho del horroroso vicio capital de la lujuria. — San Gerónimo. — San Agustín. — San Ambrosio. — San Gregorio. — San Bernardo. — San Lorenzo Justiniano. — San Buenaventura. — Santo Tomás de Villanueva. — Hugo Cardenal. — La lujuria hace indigno al cristiano de la Comunión. — Ciega los ojos de la razon. — Peca contra el propio cuerpo. — Arranca del Señor. — Alegria á los demonios y es bocado escogido de Sántos.

San Jerónimo dice que la criatura Injuriosa, aun en vida, ya está muerta; porque no mandan en ella los apetitos racionales, sino los instintos brutales. El mismo escribe que Salomón, siendo como sol del mundo, con el amor desordenado de las mujeres perdió la luz de su alma, la gloria de su casa, el esplendor de su persona; y de pregonero de Dios, se hizo esclavo del demonio. Por ningún pecado se dice

que le haya pesado á Dios el haber criado al hombre, sino por éste. La gula su pábulo; la soberbia su flama; las palabras torpes sus chispas; su humo es la infamia; su ceniza la inmundicia; y su paradero el infierno. (*Epíst. Opusc. ad Ruf*). San Agustín hace todas las siguientes reflexiones: la lujuria doma los leones, es decir, á las más grandes y nobles almas; sus combates son los más fuertes entre todos los del cristiano, en los cuales es continua la pelea y rara la victoria. El deshonesto vende al demonio, por un placer momentáneo, su alma que Cristo redimió con su sangre. Lo que deleita pasa en un instante, y las penas del infierno durarán para siempre. La sensualidad es enemiga de Dios y de la virtud; todo lo pierde por el gusto de un momento; ciega á tal punto, que con una gota de deleite, no deja pensar en la eterna pobreza (*August. De Singularit. Cleric.*).

San Ambrosio asegura que la lujuria es mal inquieto, que no deja dormir ni descansar: de noche se enciende, de día perturba, ciega la razon, rompe los negocios, atropella el consejo, enloquece los afectos, nada tiene, es insaciable y solo tiene término con la muerte. El fuerte Sansón sufrió al leon pero no á su mala pasion; rompió las ligaduras, pero no sus inclinaciones; abrasó las mieses ajenas, pero no sus aficiones desordenadas (*Lib. 2, cap. 5, de Cain et Abel*).

San Gregorio, Papa, escribe que la liviandad confunde y oscurece las buenas obras; ciega la mente y todo lo conculca. De la sugestion pasa á la detencion; de ésta á la morosidad; de ésta á la delectacion; de ésta al consentimiento; de éste á la operacion; de ésta á la mala costumbre; de ésta á la desesperacion; de ésta á la defensa del pecado; de ésta á gloriarse de su culpa; y de esto á la condenacion eterna (*Moral. lib. xxxi*).

El dulcísimo san Bernardo dice: La lujuria con cuatro vicios se fomenta: la gula en los regalados manjares; la vanidad en los preciosos vestidos; el gusto en la torpeza, y el ocio en la vida. Tiene dos inseparables amigos, la prosperidad y la abundancia; dos compañías: la pesadez para lo bueno, y la falsa seguridad en su confianza (*Bern. Serm. 21*). Tambien observa el mismo santo Doctor, que ese vicio destruye al cuerpo, oscurece la vista, abrevia la vida, mancha la fama, mortifica al alma, turba la razon, ciega la mente, quita el sentido, destruye la hacienda, produce escándalos, destruye las amistades, quita la voz, degrada al cuerpo y al alma, destierra al hombre del paraíso, y lo sujeta á los demonios.

Segun san Lorenzo Justiniano, la impureza ocupa á todos y en todo tiempo: de noche y dia trabaja sin cesar; no cede al tiempo ni al mas santo lugar; nunca descansa ni deja des-

cansar; jamás dice basta, como la boca del infierno; atropella con la prudencia; se introduce como el cáncer; se entraña como la polilla, y muerde como la culebra (*Laur. Just. De int. confl. lib. 3, De Christ. agon. c. 13*). El seráfico doctor san Buenaventura compara á la lujuria con el fuego, porque arde sin lucir; roe el corazon sin cesar, y exhala horrible hedor como azufre infernal. Santo Tomás de Villanueva hace notar que entre los avarientos, soberbios, envidiosos, iracundos y golosos, se hallan muchos piadosos y devotos, aunque pecadores; pero entre los deshonestos y torpes, no se halla vestigio de piedad ni de virtud; porque entran absortos y henchidos de su abominable pasion. (*Conc. 2, de S. Ildefons.*).

Hugo Cardenal asegura que la torpeza no solo mancha al alma, sino que destruye al cuerpo, y afemina á los hombres con ignominia suya y los llena de inmundicia, hedor y corrupcion. Contando en otra parte los estragos de este vicio, traza este cuadro exacto y vigoroso: «¿Quién podrá contar los males innumerables de la lujuria? Ella es la que destruyó á Pentápolis con la region adyacente; ella la que acabó con Sychem y con el pueblo; ella la que hirió á los hijos de Judá; ella la que atravesó con un puñal al judío y la madianita; ella la que borró la tribu de Benjamin por la mujer del levita; ella la que postró en la

guerra á los hijos de Heli; la que dió muerte violenta á Amnon; la que á muchos lapidó; la que á Urias inmoló, y á Ruben maldijo; á Sanson sedujo, y perdió á Salomon.»

NOTA.

Después de los gravísimos dichos de los Padres y Doctores, continuemos nosotros brevemente con la exposición de los efectos del vicio impuro, enumerados por san Antonio. *Indignum corpore Christi efficit*; hace indigno al cristiano de la sagrada Comunión. En efecto: ¿qué sociedad puede haber entre la luz y las tinieblas? ¿qué avenimiento entre Cristo y Belial, como dice el Apóstol? (II Cor. VI, 15). Pues sujetando el vicio inmundo á sus tristes víctimas á Belial, como desgraciadamente las sujeta, ¿cómo pueden unirse con Jesucristo? El Señor es todo luz, todo candor, todo pureza; es el esposo que apacienta entre lirios (Cant. II, 16.); es la flor de una Madre Virgen, como canta la Iglesia en un himno: ¿cómo puede descender á un cuerpo hediondo y degradado, á una carne hirviendo de inmundicias, á un corazón convertido en una cloaca asquerosísima? ¿Tomando los miembros de Jesucristo, los haré miembros de una vilísima criatura? Jamás! dice san Pablo (I Cor. VI, 15).

Excæcat rationis lumina. Ciega los ojos de la razón. En lo que hemos dicho anteriormente acerca de Salomon, consta bien claro como la liviandad oscurece la razón, y quita la sabi-

duría, y ciega la inteligencia; ella convierte á los hombres en caballos y mulos que no tienen entendimiento, como decía el arcángel á Tobias (Tob. VI, 17). El angélico Doctor enseña que «la lujuria por la vehemencia de la delectación y de la concupiscencia, oprime totalmente á la razón; *ne prodeat in actum.* (2, 2, q. LV, a. 8, 1.^{um}); y aunque en la exposición del capítulo xxiii de san Mateo, dice lo mismo de la gula, pero á ésta la mira como incentivo de la impureza. También asegura que «la castidad hace al hombre en gran manera apto para la contemplación, en tanto que las delectaciones venéreas deprimen grandemente el entendimiento hácia las cosas sensibles.» (Q. CLXXX, a. 2, 3.^{um}). Sobre todo, debe leerse y estudiarse el último artículo de la cuestión LIII, en el cual trata de las hijas de la lujuria y explica admirablemente su genealogía, comenzando por la ceguedad de la mente (2, 2, q. LIII, a. 5).

Peccat in proprium corpus. La lujuria peca contra el propio cuerpo. Esto es lo que dice en los mismos términos el Apóstol san Pablo: *Todo pecado, cualquiera que el hombre hiciere, fuera del cuerpo es; mas el que comete fornicación, contra su cuerpo peca.* (I Cor. VI, 18). Santo Tomás lo comenta de dos modos: *in corpus*; porque los otros vicios se consuman en delectación espiritual, *extra corpus*, menos la liviandad y la gula, incentivo y como parte suya. *In corpus*, esto es, contra su cuerpo, manchándolo y corrompiéndolo fuera del uso de la razón; y á esta exposición llama el Santo mejor, la que

puede verse detallada en Cornelio Alápide.

El Apóstol añade: *¿No sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo que en vosotros está, el que de Dios teneis, y no sois vuestros? En efecto, comprados estais á gran precio.* El Espíritu Santo (explica siempre el angélico Maestro), principalmente reside en el corazon del hombre; mas secundariamente tambien está en los miembros corporales, en cuanto á que ejecutan las obras de la caridad. La redencion nos hace siervos de Cristo que nos compró al gran precio de su sangre; por lo cual ya *no somos nuestros*, dice san Pablo. Ahora bien; como por la liviandad el hombre arroja al Espíritu Santo de sus miembros que sumerge en el cielo, de allí es que deja de pertenecer á Cristo que le compró; es un esclavo fugitivo que vaga lejos de su Señor. Y nos parece que de aquí tomó san Antonio este otro efecto que causa en el hombre la lujuria: *Domino se subripit*; se sustrae, se aparta, se arranca violentamente de su Señor y dueño, para sujetarse indignamente á Satanás.

Hostes lætificat. Satanæ cibus est. Regocija á los demonios, y es manjar regalado de Satanás. Claro es que un vicio tanto más debe regocijar á los demonios, y tanto más agradar á Satanás, cuánto más horrible sea, cuánto más nos aparte del cielo, cuánta mayor condenacion nos acarrea, y cuánto más dificilmente nos suelte de sus garras. Todas estas condiciones, como hemos visto, tiene la liviandad; de aquí es que debe causar grande alegría á los demonios, y

ser el bocado más sabroso y exquisito de su mesa. Y así sabemos que la idolatria, que era el culto y adoracion de los demonios, estuvo siempre y en todas partes mezclado con lubricidades espantosas: el culto de Vénus, el indignisimo culto de Priapo, los abominables misterios que en determinados dias y lugares se celebraban, demuestran que siempre vió el demonio la depravacion más infame, y los mas monstruosos desórdenes como un bocado muy de su agrado, puesto que lo exigia aun bajo la razon de culto y sacrificio. Y aun sigue siendo así. En nuestros dias, en que la impia masonería adora á Satanás, y aun le quema incienso ante sus representaciones plásticas, como lo habia ya dicho el señor Gaume hablando del espíritu del mal en la primera parte de su hermoso tratado del *Espíritu Santo*, y como acaba de demostrarlo Leo Taxil, en su obra del *Culto del grande Arquitecto*; en nuestros mismos dias, decimos, la masonería, obra del demonio, esclava y adoradora suya, mezcla tambien con su culto infame, desórdenes de lascivia igualmente infames. Léase la obra del mismo mason convertido, titulada *Las hermanas masonas* y sobre todo la Clave de los signos y emblemas masónicos, que trae en latin, y digase si ante tan estupendas infamias, ante tan descarado cinismo, no se echa de ver que aun hoy dia es la lujuria el banquete del demonio, la obra de su mayor delicia, y el más apetecido manjar de su mesa. Por eso le conjura la Iglesia en el Bautismo llamándole espíritu inmundo; porque la

inmundicia es su deleite, su patrimonio y su obra predilecta.

Amat otia. Complácese en la ociosidad. Conocidísima es aquella frase de la Escritura: *Hé aquí cual fué la iniquidad de Sodoma... el ocio suyo y de sus hijas* (Ezech. xvi, 49), y nadie ignora que la caída de David principió por una mirada; esta dependió de subir á la techumbre de su palacio, y esta subida, del ocio en que entonces se encontraba. Si hubiese estado con Joab al frente del ejército, muy distinta habria sido su conducta. Y no solo el ocio abre la puerta á la impureza, sino que ésta á su vez engendra el ocio; porque enervando al individuo en todo su sér, debilitando las pasiones, degradando el organismo y gastando las fuerzas vitales, claro es que aparta al hombre del trabajo haciéndoselo más difícil y costoso, y le disgusta de toda ocupacion séria, sumergiéndole en sus abominables delectaciones. Aquel noble romano Antonio, seducido por Cleopatra, descuida las funciones de general, se entrega á un ocio indigno, y acaba miserablemente una gloriosa carrera. En nuestros dias el aborrecimiento tan acentuado de los jóvenes al trabajo, el horror al estudio, y el amor á la holganza, creemos que se deben en mucha parte á esta misma funestísima causa. *Amat otia.*

CAPÍTULO XIV.

*Continuacion de la misma materia.—Testimonio notable de la santa Escritura acerca de los daños de las cortesanas.—Sus asechanzas.—San Juan Crisóstomo.—Su falacia.—San Jerónimo.—San Efrén.—Sus halagos.—San Basilio.—Sus cantos.—San Cipriano.—Su amargura.—Sus danzas.—Su rapacidad y crueldad.—Su des-
caro en nuestros tiempos.*

Aunque el P. Arbiol ha agrupado diversas y graves sentencias de los santos Padres acerca de la malicia y estragos de la liviandad, no obstante como la materia es vastísima, á la par que importantísima, hemos pensado aun aducir algunos otros testimonios en particular acerca de esas malas mujeres que pululan ahora sin el menor recato en nuestras ciudades, y ejercen como una profesion el crimen, engañando á innumerables víctimas. De esas abyectas criaturas se habla en los Proverbios, diciendo: *La ramera tiende asechanzas como el ladron en el camino, y á los que viese incautos los matará* (Proverbios, xxiii, 28). San Juan Crisóstomo dice que la ramera es una fiera en gran manera rapaz y devoradora, ó más bien dicho, un agregado de todas las fieras, de modo que parece formada y compuesta de todas ellas. Es raposa en la astucia; lobo en el hambre insaciable; perro en las

riñas y pleitos; áspid en la malignidad; en la sevicia, tigre; leona en la soberbia; serpiente en la virulencia; dragon en la osadía y persistencia de sus ataques (*S. Chrisost., Homil. 13 in Matth.*). Y así como el ladrón, prosigue un intérprete, primeramente quita la bolsa, y luego la vida, así la mala mujer, primero arrebatada las riquezas y el tesoro inestimable del pudor, y despues arruina la salud y acaba con la vida, entregando á sus presas infelices á la muerte y al infierno. Y así como los ladrones invaden los caminos y vías públicas para abordar á los transeuntes y despojarlos, así cabalmente lo practican estas inmundas criaturas, llenando los lugares donde residen de infeccion y de escándalos, como acontece con los ladrones cuando infestan los pueblos y ciudades (*A Lap. hic.*).

En el capítulo quinto, el mismo sagrado Libro se ocupa tambien de esas abyectas criaturas, y dá sobre el particular excelentes consejos al hijo á quien instruye: *No atiendas, le dice, á la falacia de la mujer, porque los labios de la ramera son panal que destila miel, y más limpia que el óleo es su garganta; pero sus deijos más amargos son que el ajeno, y es aguda como espada de dos filos. Baján sus piés á la muerte y á los infiernos penetran sus pasos. Oyeme, pues, hijo mio: pon lejos de ella tu camino y no te acerques á las puertas de su casa. No des tu honra á los extraños, y los años de tu vida á una cruel; no sea que*

se llenen los extraños de tus fuerzas, y tus trabajos queden en casa ajena, y gimas en el postrero cuando hayas consumido tus carnes y tu cuerpo, y digas: ¿por qué deseché la correccion? (Proverbios, v. 2 et seq.). Sobre este magnifico pasaje, tan de actualidad hoy como en todos los tiempos, no harémos sino ir aduciendo las observaciones de los Padres y Doctores. *No atiendas á la falacia de la mujer*; es decir, no la contemples, no la mires. El amor de las formas plásticas, dice san Jerónimo, viene á ser el olvido de la razon, es como á manera de una locura, y un feo vicio no conveniente al ánimo racional; porque perturba el consejo, deprime los altos y nobles arranques; abaja de los elevados á los bajísimos pensamientos, hace á los hombres quejosos, iracundos, temerarios, serviles é inútiles á todo el mundo hasta para los tristes objetos de sus pasiones. (*Hier. lib. 1, adv. Jovin.*). «¿Qué cosa es la mujer? (continúa san Efrén). Es un lazo cubierto de adornos que arrastra al hombre á los deleites; atrae con hermosa figura y levantado cuello; flecha con sus ojos; agrada con sus mejillas, y con su lengua cantando dulcemente engaña. ¿Qué es la mujer? Es un naufragio en tierra firme, es la fuente de la malicia, es un tesoro de inmundicia, es una mortífera conversacion, es daño de los ojos, ruina de las almas, dardo del corazón, perdida de los jóvenes, cetro del infierno, torrente

de liviandad. ¿Qué es la mujer? Es el negocio del diablo, el descanso de la serpiente, la consolacion de Lucifer, es un dolor inconsolable; un horno encendido, una malicia incurable, es conjuración diaria, hospedaje de lascivia y oficina de los demonios.» (*Ephn. Serm. advers. improb. mulier.*). Hé aquí unos cuadros vigorosos de los daños de esas perniciosas criaturas, encanto de los jóvenes, y predilectas hechuras de nuestros gobiernos. Y no se diga que son pinturas exageradas ó arbitrarias; aquellos grandes hombres que las trazaron tenían un profundo conocimiento del corazon humano, y todos sus toques son de una exactitud maravillosa.

PERO vengamos á los daños de la vil cortesana: *Como el panal que destila miel son sus labios, nítida como el óleo es su garganta*, dice el Texto. «La mala mujer, explica san Juan Crisóstomo, no es capaz de un amor verdadero, toda ella se vuelve engaños y acechanzas, aunque sus labios parecen dulce panal, sus ósculos son venenosos y respiran un tósigo de muerte. Es cierto que por de pronto nada de esto aparece; mas esto mismo debe hacer huirla, porque sabe encubrir su malicia, y esconder la muerte que lleva oculta, sin dejar que nada se advierta á los principios (*Crisost. Homil. 14 ad pop.*).» Y san Basilio aconseja: «Guárdate con cuidado de los ósculos como de mordeduras de ve-

nenosas serpientes, pues desde los labios difunden por todo el cuerpo un sutilísimo veneno.» (*Basil. de Virginit.*). El cuello como el óleo significa la molicie de sus palabras y de sus cantares: «Á veces (dice san Cipriano) deja oír la mujer blandas palabras, á veces balaga con caricias, y á veces deléitase en cantar, lo que ofrece mayor ponzoña, pues preferible seria á escuchar sus canciones, el oír junto á sí el silbido de los basiliscos.» (*Cypr. De Singularit. Cleric.*).

Sus dejos son amargos como el ajenjo, y es aguda como espada de dos filos. La amargura de este ajenjo, y la punta de esta espada, dice un intérprete, las sienten los libidinosos; 1.º, en las inmundicias, ascos y achaques que dejan esos vicios, principalmente en la infección venérea con que Dios los castiga; 2.º, en los daños de los bienes de fortuna, que las perversas mujeres saben limpiar hasta el último centavo; 3.º, en la infamia que sobreviene tarde ó temprano; 4.º, en los altercados, riñas y pleitos con la amoria, que más impudente que un cán, vomita contra el cómplice todo su veneno; 5.º, en el reato del pecado y de la ira divina provocada con él; 6.º, en la privacion del ingenio, del juicio y del vigor de alma y cuerpo que acarrearán los deleites (*A Lap. hic.*).

Sus piés descienden á la muerte, y sus pasos penetran hasta los infiernos. Por piés y pasos se

entienden aquí sus caminos, sus asuntos, sus enredos é intrigas, todo lo cual lleva á la muerte del cuerpo y á la del alma, á la temporal y á la eterna, y en último resultado á la perpétua reprobacion en el infierno; aunque nos parece que así como por los labios de la mala mujer se significan sus infames caricias, y por su cuello ó garganta sus provocativos cantares, bien podemos entender por sus piés y sus pasos, ya sus locos paseos, ya sus bailes y danzas con que excitan y encienden de un modo horroroso las pasiones brutales. El original griego presenta otro sentido que sigue largamente Cornelio Alápide, significando que la mujer cortesana viene á ser como el sustentáculo y el asiento del infierno, porque condenándose por su culpa tan gran número de hombres, ellas vienen á ser el sostén y como el apoyo del abismo.

Pon léjos de ella tu camino y no te acerques á las puertas de su casa. Es como si dijera: Ya que causa tan terribles males, apártate del peligro, huye con cuidado la ocasion; así, ni camines por donde ella habita, ni te acerques á las puertas de su casa. *No des tu honra á los extraños, y los años de tu vida á una cruel.* Por el honor de que aquí se habla, se entiende no solo el esplendor y decoro de la castidad, sino tambien los honores y dignidades públicas, la gloria y celebridad de las acciones practicadas, la flor y nata de la juventud y de la edad risueña; todo

esto lo oscurece la liviandad, lo mancha, lo destruye, y de ello es buen ejemplo Sanson, que entregó su honor á una extraña, es decir, á Dalila, la filisteá, revelándole el secreto de su fuerza y quedando hecho despues la victima, el juguete, la mofa y el escarnio de sus enemigos. Los años dados á una cruel, son los que se gastan en la inmundicia sin provecho, pudiendo emplearlos en bien propio, de la familia ó de la sociedad; y tambien los que se pierden por acortarse la vida con los excesos y desórdenes. La cruel, es tanto la perversa mujer de quien se viene hablando, como igualmente la liviandad y la lascivia, grande enemiga y cruel matadora del hombre, cuya sevicia hace notar largamente el Crisóstomo en la homilía sobre la degollacion de san Juan Bautista, y en la de la mujer y la hermosura.

No sea que se llenen de tus fuerzas los extraños y tus trabajos queden en casa ajena. Habla de las riquezas y bienes de fortuna, que llama fuerzas, porque son el apoyo y sustento de sus familias, y así el sentido viene á ser el siguiente: no sea que esas perversas y viles mujeres se levanten con los ahorros y facultades, y de este modo, tus trabajos, y el fruto alcanzado con ellos, pasen de tu casa y patrimonio á la casa y familia de una ramera abominable. *Y así, gímas en lo postrero, cuando hayas consumido tus carnes y tu cuerpo, y digas: ¿Por qué desprecié la*

correccion? Estos gemidos se llaman alaridos, ó rugidos en el original griego, porque serán remordimientos inútiles y rabiosos, reconociendo el mal cuando ya no sea absolutamente tiempo de remediarlo. Y describense gráficamente los efectos de la liviandad que consume materialmente y gasta la carne y el cuerpo enervándolo con excesos infames, é inoculándole un virus corrosivo y fatal.

Tal es la descripción que el Espíritu Santo nos ha dejado de los daños de la mujer cortesana, que se continúan en el final del capítulo sexto, y principalmente en el séptimo, donde pone en escena una criatura desvergonzada de esta especie, narrando las astucias de que se vale para circunvenir al joven, y presentándola al caer de la tarde, vagabunda y verbosa, vestida á su usanza, pasando inquieta de uno á otro sitio, abordando osadamente á su presa, invitándola con zalamerías palabras y procaces caricias, y por fin, arrastrándola en la red de sus muchos coloquios y descocadas acciones, como el buey y el cordero que al matadero se llevan, ó como el ave que se coge en el lazo (*Prov. vii, a. v. 6, usq. in fin.*). En nuestros tiempos la desvergüenza y el descaró de estas torpes criaturas deja muy atrás todo lo que describe Salomón conforme á las costumbres orientales de su tiempo; hoy estas damas habitan en verdaderos palacios, ostentan un lujo á veces deslumbrador, y

no necesitan las medias sombras del crepúsculo para intentar sus conquistas, sino que se muestran en las calles y en las plazas á cualquier hora del día, arrastradas en coches abiertos, y asombrando por su cinismo y osadía. El crimen ha venido á hacerse tan común, sobre todo desde que está colocado bajo la égida de las leyes, que no necesita ya la sombra del misterio para perpetrarse, sino que se jacta y envanoce públicamente de su infamia; lo cual dá la medida de la espontosa desmoralización á que hemos llegado. Mas no obstante estas apariencias lisongeras, el virus venéreo sigue su marcha terrible al través de las venas de nuestra juventud alucinada, y de ahí las enfermedades dolorosísimas, las muertes prematuras, y los matrimonios infecundos ó convertidos en nuevas fuentes de infección y contagio hereditario. Ya hemos oído proclamar á la misma ciencia lega, á quien no puede acusarse de preocupados, que ni las pestes, ni las guerras, ni otros azotes asoladores, traen tal ruina y decadencia á los pueblos como el virus ponzoñoso de la lascivia. Estén alerta los jóvenes que no quieran perecer, y aun más alerta los padres de familia, y los maestros y directores de la juventud. Los remedios humanos son ineptos é ineficaces; no hay sino la vigilancia, las prácticas religiosas, y sobre todas la confesion, que sean capaces de impedir el mal, de atenuar sus ataques y de reparar sus estragos.

NOTA.

No teniendo que anotar el precedente capítulo, que es todo nuestro, continuaremos declarando los efectos de la lujuria enumerados en los exámetros de san Antonio de Padua. *Christi notitiam tollit. Doctrinae pabula spernit.* El P. Arbiol traduce lo primero: « pierden (los deshonestos) la memoria de Cristo »; mas con el permiso del piadoso escritor, entendemos que no se trata aquí de la memoria, sino de la noticia, es decir, del conocimiento de Jesucristo, de su fe, religion y doctrina; todo lo cual quita la liviandad. Y en efecto, la herejía es madre y tambien hija de la lujuria, y al contrario; así lo hacia notar el gran Fischer, compañero de Tomás Moro, y mártir de la fe con él en tiempo de Enrique VIII en Inglaterra; y toda la historia de este famoso monarca, émulo de Neron y de Sardanápalo, es como una histórica demostracion de esa verdad, como puede verse en la monografía que, con el mismo nombre de ese Rey, escribió el célebre Audin. Allí se verá como, de defensor de la Iglesia, título conferido por el Papa, y merecido por la defensa que escribió de la fe, fué cambiado, por la más brutal incontinencia, en enemigo rabioso de la misma fe, en perseguidor furibundo, y en corifeo del potestantismo al cual antes detestaba. El insigne Valsechi, en su célebre obra sobre las fuentes de la impiedad, muestra como á una de ellas, y muy copiosa, á la liviandad, y sólidamente lo demuestra.

San Juan Crisóstomo advierte que « los que viven mal, á fin de libertarse del tormento que les causa el miedo del porvenir, procuran, *omni studio*, con todo empeño, procuran persuadirse ser falso cuanto nos dice la religion de los pecados, de la resurreccion, del juicio futuro y otras materias semejantes. » Y á fuerza de procurar persuadirse, llegan al fin á creerlo, ó mas bien á imaginarse que lo creen. Y hé aquí como la liviandad quita la noticia de la fe de Jesucristo, y desprecia su doctrina. Es de notar que nada ataca tanto, nada niega tan obstinadamente, ningun dogma tiene el privilegio de irritarlo hasta el delirio como el dogma del infierno; no contentos con impugnarlo en la eternidad de las penas, en la realidad de su horroroso fuego, etc., lo suprimen de un golpe los sábios incrédulos, resucitando los absurdos ridiculos de la antigua filosofia, y dando á las almas por un castigo no sé qué transmutaciones sucesivas, que son sucesivas locuras de sus célebros calenturientos. La realidad es muy sencilla: los delinquentes y criminales no quieren que haya cárceles, y los impíos y deshonestos no quieren que haya infierno. De aquí el que los apologistas defiendan este dogma terrible pero indispensable, desde el célebre P. Ventura, en sus *Conferencias sobre la enormidad de las penas*, hasta Monseñor Segur en su chispeante opúsculo sobre el *Infierno*. Tenemos la intima conviccion de que toda la impiedad moderna que inficiona tan gran número de inteligencias, no tiene otro origen que la perversion de las costumbres.

Trabajar por la purificación de las conciencias, es, pues, trabajar por el restablecimiento de la fe y del Evangelio: limpiar de vicios los corazones, es extirpar de las mentes los errores.

Doctos infatuat. Homines animalibus æquat.
Entontece á los sábios; equipara al hombre con los brutos. Parécenos que el ejemplo de Salomon, de que anteriormente nos ocupamos, es la mejor demostracion de este aserto; pues ninguno mas sábio que él, ninguno mas docto: él fué quien dejó esas admirables descripciones de este vicio y sus horrores, y sin embargo, no pudo preservarse de él, y llegó al grado de adorar ídolos infames y levantarles templos y altares. Hemos visto tambien como los vicios de la carne, deprimiendo poco á poco la inteligencia, llegan á embrutecer al hombre, y á borrar en él el sello de su divina nobleza. Y aun, físicamente, el idiotismo y la locura siguen no pocas veces á los excesos venéreos, perdiendo el hombre la razon de la manera mas lamentable. Es tambien nuestra conviccion que por eso no aprovechan actualmente los jóvenes en el estudio; no se revelan notables capacidades intelectuales; marchitada la inteligencia con vicios precoces de los sentidos, no puede levantar su vuelo por las altas regiones del pensamiento, sino que vive encadenada y abatida á brutales exigencias.

Nilitur in vetitum. Nomen depravat honestum.
Forcejea contra lo que está prohibido, pierde la fama y el buen nombre. El libidinoso ataca las leyes de Dios y de la Iglesia, la ley natural y la positiva; rompe los vinculos de familia y los

del matrimonio; nada acata, nada respeta, nada le detiene. Hemos conocido á un joven que, detenido por su padre, cuando queria forzar las puertas para salir á media noche á las disoluciones, furioso, emprendió lucha á brazo partido contra su padre, quien más potente le derribó por tierra en la más densa oscuridad. Entonces el joven, echando mano del revólver de que iba provisto, ha disparado dos tiros contra el padre para desembarazarse de él, y atrayendo á la madre azorada, y ya con luz al sitio del combate. Sabemos de varios jóvenes, que, reprendidos por sus padres, amenazan á éstos luego con acabarse por el suicidio; y de otro que, amonestado por su madre, la acallaba amenazándola con hierla con algun mueble si lo exasperaba; y la mujer, que lo conocía harto capaz de ello, guardaba silencio dejándolo continuar en horribles maldades. El *nilitur in vetitum* del Paduano nos parece querer significar que el libidinoso recalcitra contra todos los obstáculos; rompe todos los frenos; salta todos los valladares; infringe todas las leyes; se burla de todas las amenazas; se irrita con todas las correcciones, y se enfurece contra todo lo que parece oponerse á sus designios ó contrariar sus brutales instintos.

Respecto del buen nombre, hemos observado ya en el cuerpo del capítulo, como la lubricidad lo arrebatada dejando el honor en manos de una extraña, y pierde de ese modo el pudor, la buena fama, el lustre de su casa, el brillo de las buenas acciones. Y hemos visto tambien mas

atrás como la sagrada Escritura dice, que Salomon, con su indigno proceder, *puso mancha en su gloria*, es decir, manchó su celebridad y la fama de su prudencia y su sabiduría con la liviandad de su vejez.

Y con esto hemos terminado la breve declaracion de los efectos del vicio abyecto, contenidos en los versos respectivos de san Antonio de Padua, citados al principio por el P. Arbiol, que no insistió en su explicacion ordenada y uniforme.

CAPÍTULO XV.

Remedios contra la liviandad. — Primero: resistir á los principios. — Segundo: amar la castidad. — Tercero: huir las ocasiones. — Cuarto: mortificar la carne y los sentidos. — Quinto: practicar la oracion y leccion. — Sexto: tener devocion con la santísima Virgen. — Septimo: recordar los novísimos. — Octavo: frecuentar los sacramentos de la confesion y comunion.

Aunque el vicio de la lujuria es tan poderoso para pervertir á las almas; pero la divina bondad ha preparado auxilios y remedios para que se preserven ó se curen de su pestilente contagio, si los pecadores cooperan poniendo de su parte lo que les toca. Ocho son los mas principales medios que señalan los santos Doctores; y serán la materia de este capítulo.

1.º El primero es, resistir la tentacion á los

principios. Las tentaciones nacen las mas veces de la carne regalada, briosa y desenfrenada; otras, aunque esté débil y mortificada, vienen del demonio que las suscita, como en san Benito y en san Jerónimo; otras del trato y comercio del mundo con los mil incentivos que en él reinan. Pero, sea cual fuese la causa de las tentaciones impuras, el primer remedio y muy oportuno es resistir á los principios. San Gregorio, Papa, enseña que la tentacion comienza con la sugestion, de la cual sigue la delectacion, que se consume en el consentimiento; y el remedio más conveniente es cerrar la puerta á la sugestion, para que no pase adelante. *Quando el enemigo es pequeño, dale muerte*, dice san Jerónimo, *y de este modo la tentacion se extirpará en su simiente* (Hieron. Epist. ad Heust.). La medicina dada á tiempo, aprovecha y cura; fuera de tiempo poco ó nada vale, de ahí aquel aforismo tan verdadero en las enfermedades del alma, como en las del cuerpo: «Resiste á los principios, tarde se previene la medicina, si el mal ha cobrado fuerzas con la dilacion.» El Espíritu Santo dice: *De una sola chispa el fuego recrece* (Eccles. xi, 34); y santo Tomás observa que *un mismo pensamiento, sin reprimirse, puede producir un completo incendio*.

San Cipriano enseña que «se ha de hacer frente á las primeras tentaciones, ni fomentarse la culebra hasta que se transforme en serpien-

atrás como la sagrada Escritura dice, que Salomon, con su indigno proceder, *puso mancha en su gloria*, es decir, manchó su celebridad y la fama de su prudencia y su sabiduría con la liviandad de su vejez.

Y con esto hemos terminado la breve declaracion de los efectos del vicio abyecto, contenidos en los versos respectivos de san Antonio de Padua, citados al principio por el P. Arbiol, que no insistió en su explicacion ordenada y uniforme.

CAPÍTULO XV.

Remedios contra la liviandad. — Primero: resistir á los principios. — Segundo: amar la castidad. — Tercero: huir las ocasiones. — Cuarto: mortificar la carne y los sentidos. — Quinto: practicar la oracion y leccion. — Sexto: tener devocion con la santísima Virgen. — Septimo: recordar los novísimos. — Octavo: frecuentar los sacramentos de la confesion y comunion.

Aunque el vicio de la lujuria es tan poderoso para pervertir á las almas; pero la divina bondad ha preparado auxilios y remedios para que se preserven ó se curen de su pestilente contagio, si los pecadores cooperan poniendo de su parte lo que les toca. Ocho son los mas principales medios que señalan los santos Doctores; y serán la materia de este capítulo.

1.º El primero es, resistir la tentacion á los

principios. Las tentaciones nacen las mas veces de la carne regalada, briosa y desenfrenada; otras, aunque esté débil y mortificada, vienen del demonio que las suscita, como en san Benito y en san Jerónimo; otras del trato y comercio del mundo con los mil incentivos que en él reinan. Pero, sea cual fuese la causa de las tentaciones impuras, el primer remedio y muy oportuno es resistir á los principios. San Gregorio, Papa, enseña que la tentacion comienza con la sugestion, de la cual sigue la delectacion, que se consume en el consentimiento; y el remedio más conveniente es cerrar la puerta á la sugestion, para que no pase adelante. *Cuando el enemigo es pequeño, dale muerte*, dice san Jerónimo, *y de este modo la tentacion se extirpará en su simiente* (Hieron. Epist. ad Heust.). La medicina dada á tiempo, aprovecha y cura; fuera de tiempo poco ó nada vale, de ahí aquel aforismo tan verdadero en las enfermedades del alma, como en las del cuerpo: «Resiste á los principios, tarde se previene la medicina, si el mal ha cobrado fuerzas con la dilacion.» El Espíritu Santo dice: *De una sola chispa el fuego recrece* (Eccles. xi, 34); y santo Tomás observa que *un mismo pensamiento, sin reprimirse, puede producir un completo incendio*.

San Cipriano enseña que «se ha de hacer frente á las primeras tentaciones, ni fomentarse la culebra hasta que se transforme en serpien-

te (*Cypr. lib. de Jejun.*); y el Abad Ruperto, como insistiendo en la misma figura, explica que «la cabeza de esta serpiente es la primera sugestion del pecado, la delectacion es el cuerpo, y el consejo la causa; por lo qual el golpe debe dirigirse á la cabeza.» (*Rupert. lib. 1, in Judic. 7*). Por eso conjurando el santo abad Pacomio al demonio, que se le apareció en forma sensible, respondió: «Si cuando os tentamos, comenzais á dar entrada á nuestras titilaciones, y prende en vuestra alma la sugestion, luego os ponemos mayores incentivos; mas si resistis en los principios, y no nos dais entrada, nuestras fuerzas flaquean y nos desvanecemos como el humo.»

2.º El segundo remedio contra las tentaciones de liviandad, es el amor á la castidad y á la pureza. San Agustín divide la castidad en conyugal, vidual y virginal: buena es (dice) la primera; mejor la segunda; óptima la tercera (*Aug. lib. de Viduit.*). Y san Jerónimo aplica á ellas los premios del trigésimo, sexagésimo y centésimo de la parábola evangélica (*Hier. cap. 13 in Math.*); y cada cual debe amar la especie que le pertenece, pues el amor á esta virtud es remedio contra el vicio que le es opuesto. Este amor preserva al alma de las caídas; le dá fuerzas y la corrobora para que salga victoriosa en la ruda pelea que mueve la carne contra el espíritu, como lo afirma el Espíritu Santo de la

valerosa Judit, en el triunfo que alcanzó del impuro Holofernes: *Has obrado varonilmente, y has confortado tu corazon porque has amado la castidad.*

La castidad es un tesoro que depositó Dios en vasos de barro quebradizos, y es menester gran cuidado y vigilancia para conservarlo y defenderlo de las continuas asechanzas con que le asaltan los enemigos de fuera, y los de dentro. El que no guarda este tesoro, y lo expone á la vista del peligro, no quiere seguramente conservarlo sino perderlo: «Ser robado apetece quien un tesoro públicamente lleva en un camino,» dice san Gregorio Papa. Y este tesoro, es justamente el arma mas poderosa para su propia defensa, pudiéndose de él entender lo del santo Job: *Acaso has entrado en los tesoros de nieve... que he preparado en el dia de la pelea y del combate* (Job. xxxviii, 22). Pues la castidad, como una nieve cándida y refrigerante, apagará el fuego horrible y devorador de la impureza.

La castidad preserva de la inmensa multitud de males de que hemos hablado, acarreados por la liviandad; y además hace al alma muchos bienes contrarios á aquellos. «La pureza, dice san Cipriano, es honor de los cuerpos, adorno de las honestas costumbres, santidad de los sexos, vínculo del pudor, paz y concordia de las familias; no busca ornatos ni galas materiales, porque ella es hermosura de sí misma; hácenos

á Dios amables, á Cristo conjuntos; reforma los ilícitos deseos, trae á nuestro cuerpo la paz, es bienaventurada, y nos hace bienaventurados.» (*Cypr. lib. de Disc. et Pudicit.*)

Esta preciosa virtud nos hace á Dios gratos despejando las potencias para el divino conocimiento, y haciendo al alma capaz de los secretos celestiales. Por eso los dos apóstoles vírgenes, san Pablo y san Juan, lograron superiores luces, siendo el uno arrebatado hasta el tercer cielo, y el otro bebiendo altísimos secretos sobre el Corazon adorable de Jesús. La castidad, finalmente, «forma ángeles, y el que la guarda, es un ángel,» dice san Ambrosio (*Lib. 1, de Virginib.*). La sagrada Escritura, que, como se ha observado, no es pródiga de encarecimientos y admiraciones, hace no obstante, admirada, esta bella exclamacion. *¡Oh y cuán bella es la generacion casta, rodeada de claridad! inmortal será su memoria, pues de Dios y de los hombres será conocida* (Sap. iv, 1).

3.º El tercer remedio, principalísimo, es la fuga de las ocasiones. Bien sabido es la prescripcion del Apóstol: *Huid la fornicacion* (I Cor. vi, 18); y el Angélico Doctor, comentando este pasaje, se explica de esta suerte: «Aqui debe notarse que los demás vicios se vencen resistiéndolos; porque cuanto más el hombre va considerando y tratando sus particularidades y detalles, tanto ménos encuentra en ellos mo-

tivo de delectacion, antes más los repugna y rechaza; más el vicio de la fornicacion no se vence resistiéndolo, porque cuanto más el hombre descende en esta materia á las particularidades, más se va encendiendo; y por eso se vence con la fuga, esto es, evitando totalmente los inmundos pensamientos, y toda clase de ocasiones, por lo cual en Zacarías (II, 6) está escrito: *Huid de la tierra del aquilon, dice el Señor* (Thom. hic. lect. III, in med.). Y lo mismo está mas latamente explicado en aquel libro de oro del *Combate espiritual*, tan apreciado de san Francisco de Sales, que lo trajo por más de diez y ocho años consigo. Allí, pues, dando remedio contra la sensualidad, se dice: «Contra este vicio has de pelear con modo particular, y muy distinto de los otros; y así, para que sepas pelear contra él en breve forma, debes atender las diferencias de los tiempos, que son tres: antes que seamos tentados, cuando somos tentados, y cuando ha pasado ya la tentacion. Antes de la tentacion, la pelea se ha de enderezar contra los objetos que nos ocasionan y motivan la tentacion. Y lo primero, has de pelear, procurando huir de ellos con gran cuidado, y de cualquiera otra persona en quien puedas conocer la menor sombra ó asomo de peligro; y siendo forzoso tal vez comunicar con ella, debes hacerlo con todo acuerdo, con el rostro modesto y grave, y las palabras sean antes ásperas que

demasiadamente blandas y afables. Y no debes fiarte en que tantos años como has gastado, no has sentido ni sientes los estímulos de la carne; porque este maldito vicio suele hacer en una hora, y en un momento, lo que no ha hecho en muchos años, y muchas veces dispone sus máquinas ocultamente, y tanto más daña y hiere de muerte, cuanto más lisongea y procura hacerse ménos sospechoso. Y muchas veces hay más que temer, como en muchas ocasiones lo ha mostrado la experiencia, y lo muestra cada día, cuando la comunicacion se sustenta debajo de pretexto de cosas lícitas, como de parentesco, de cortesía debida, y de alguna virtud que se halla en la persona amada; porque en la demasiada, incauta é imprudente comunicacion, se va mixturando el venenoso deleite sensual, que pasando insensiblemente poco á poco á lo más interior de las almas, vá siempre oscureciendo la razon, de manera que empieza á hacerse poco caso, y á juzgar como nonada las cosas peligrosas, y las palabras de cariño de una á otra parte, y el gusto de la conversacion viene á precipitarse en una conocida ruina, ó por lo menos en una tentacion muy trabajosa y dificultosa de vencer.

Vuelvo á decir que huyáis, porque sois una estopa: no os fieis de que la estopa está bien mojada y llena de agua de una voluntad firme y resuelta, dispuesta antes á morir que ofender

á la Majestad divina, porque como la conversacion frecuente es fuego, con su calor va poco á poco enjugando y secando el agua de la buena voluntad que tiene esa estopa, y cuando menos penseis prenderá en ella el fuego, sin respetar á parentesco, ni á amigos, ni á temor de Dios; ni se les dá nada de la honra, ni de la vida, ni de todas las penas del infierno. Por tanto, huye, huye, si no quieres ser desbaratada, presa, y lo que es más, muerta.» Hasta aqui ese precioso libro. Esta doctrina está conforme con la de los Santos. San Agustin dice: «Contra el impetu de la liviandad, emprende la fuga, si quieres obtener la victoria.» (*Aug. Serm. 250*). San Jerónimo: «En esta guerra, los cobardes vencen,» es decir, los que vuelven las espaldas. Y el mismo Espíritu Santo, como vimos, dice: *El que agrada á Dios huirá de ella, de la mujer (Eccles. VII. 27)*.

4.º El cuarto medio es la mortificacion de la carne y de las potencias y sentidos, medio no sólo útil, sino preciso y necesario, porque, como advierte san Gregorio, poco aprovechará vencer á los enemigos de fuera con la resistencia ó con la fuga, si dentro de los muros de la ciudad hay enemigos domésticos que la entregan, entendiéndose con los contrarios que la cercan y asaltan (*Gregor. in. cap. 39, Job.*) El traidor más poderoso, contra quien debemos vigilar y observar sus movimientos, es nuestra

propia carne, que, desde que se rebeló contra el espíritu, apetece el bien puramente deleitable que la pierde, y aborrece el bien honesto que le aprovecha. De sí mismo dice el Apóstol, experimentado en estas batallas, que castigaba su cuerpo, y lo reducía á la servidumbre (I Cor. vi, 27); no hay que esperar que la razón lo convenza, ni que le haga fuerza el precepto de su señor y dueño; es esclavo rebelde, que no obra sino por temor del azote y del castigo. *Al siervo malévolo, tortura y grillos*, dice la sagrada Escritura (Eccles. xxx, 28); y por el contrario: *El que nutre con delicadeza á su siervo, despues lo experimentará contumaz* (Prov. xxix, 21).

Como la liviandad tiene su asiento en la gula, débese mortificar la carne con la abstinencia y el ayuno, para que no recalitre y se precipite al torpe apetito. El Angélico Doctor reparó que el apóstol san Pablo pone á la castidad como fruto y efecto de la mortificación cuando dice: «En trabajos, en vigiliás, en ayunos, en castidad.» (II Cor. vi, 7). «Trata inmediatamente de la castidad, dice el Santo, despues de las vigiliás y ayunos, porque el que quiera tener la virtud de la castidad, es necesario que se dé á los trabajos, que insista en las vigiliás, y que macere la carne con los ayunos.» (Thom. in hunc. loc.). «Con la saciedad anda siempre la lascivia,» nota san Jerónimo (Epist.

34, ad. Julian), y por eso quitando ese pábulo cesa aquel incendio como dice Salomon en los Proverbios: «Cuando los leños faltan, extingúese el fuego.» (Prov. xxvi, 20). El campo que no se cultiva y labra con el arado, produce espinas y abrojos, decia san Nilo, y era dicho tambien de santa Teresa de Jesús.

En la guarda de los sentidos debemos ser muy precavidos, pues son las ventanas por donde sube la muerte y se introduce á nuestras casas, como dice Jeremias (ix, 21). El primer sentido que debemos guardar es la vista; por ver Eva el fruto vedado, tuvo principio nuestra ruina; por poner el príncipe de Siquem los ojos en Dina, atrajo la ruina de su pueblo; por mirar la esposa de Putifar á José, llegó á tan horrible descaro; por mirar Amnon á Tamar, se siguió tan grande escándalo en Israel. Estos ejemplos en que abundan las santas Escrituras persuaden con eficacia, que el que desee guardar la limpieza del alma, ha de ser cuidadoso en precaver los peligros de la vista. Mas veamos cómo discurre el angélico Maestro en el particular. Sobre un célebre texto de Job, diserta así: «Lo primero en el pecado de lujuria es el aspecto de los ojos con que se miró la mujer hermosa, y principalmente la doncella; lo segundo es el pensamiento; lo tercero la delectación; lo cuarto el consentimiento; lo último, la obra. Queriendo pues, Job, excluir los

principios de este pecado, para no ser envuelto en él, dice: *Formé alianza*, es decir, afirmé en mi corazón, como se afirman los pactos; *con mis ojos*, por cuyo mirar se llega á la concupiscencia de la mujer; *para ni aun pensar en la doncella*, esto es, no tocar ni el primer grado interior que es el pensamiento, pues veía ser difícil, cayendo en el primero, escapar de los demás, que son la delectación y el consentimiento. » (*In Eposit. Job. xxxi, lect. 1*).

El segundo sentido ó conducto por donde introduce Satanás el fuego de la lascivia es el oído; por lo cual debe también guardarse con cautela: *Cerca tus oídos con espigas, y á la mala lengua no quieras oír*, dice el Espíritu Santo (*Eccles. xxxiii, 28*). El no cerrar los oídos á palabras y conversaciones de mujeres, es inminente peligro de la castidad, aun cuando la conversación sea honesta; por lo cual san Pablo decía: *El enseñar, no lo permito á la mujer* (I *Timoth. ii, 12*), y esto aun cuando fuese buena é instruida, y la razón la dá santo Tomás explicando esas mismas palabras: *quia verba mulieris sunt inflammantia*, porque las palabras de la mujer inflaman y abrasan. Pues si hay peligro en oírles cosas buenas y útiles, ¿qué será oírles cantar cosas profanas y amatorias en los saraos y bailes que tanto se han introducido en las públicas costumbres?

Del tacto, poco hay que decir, pues es como

la sede de la liviandad é inmundicia, y por eso dice la Escritura: *Quien toca á la mujer, es como el que coje al escorpion*» (*Eccles. xxvi, 10*); y en figura también se advierte que *el que tocara á la pez, se manchará con ella* (*Eclii. xiii, 1*). Y de estos tres sentidos decía santa Teresa: «Si quieres ser casto, guarda la vista, el oído y el tacto.» Del gusto dijimos hablando de la gula. Del olfato, aunque es el menos peligroso, dice no obstante el Crisóstomo: «La fragancia del cuerpo, arguye que en el interior se aposenta un ánimo inmundo y pestilente.» (*Serm. i, Lazar.*).

5.º El quinto medio es la oración y lección devota; y éstas tienen el primer lugar en los defensivos de la lujuria, pues con ellas se arma el cristiano para resistir los asaltos de tan poderoso enemigo. Los israelitas en el desierto vencieron fácilmente á sus enemigos; sólo al pelear contra Amalec fué necesaria la oración de Moisés: cuando oraba, levantando las manos, vencía Israel; si las bajaba, remitiendo el fervor de su oración, superaba Amalec (*Exod. xvii, 11*). Véase la explicación que de esto dá san Gregorio: «¿Qué es la causa que contra los otros peleó Moisés con sólo las armas, más contra Amalec además de las armas necesitó la virtud de la oración? La razón es que aquí se nos muestra el gran combate de la lascivia, que solo puede superarse con tanta dificultad y tan grande

virtud. La oracion, es, pues, una arma indispensable en la batalla contra este vicio.» (Gregor. lib. 6, c. 1, in I Reg. cap. 11). El Apóstol san Pablo á este firmísimo auxilio de la oracion recurria contra esta clase de tentaciones (II Cor. xii); y el Sábio asegura que nadie puede ser continente si Dios no lo dá. (Sap. VIII, 21).

Todo lo alcanza y vence la oracion humilde y fervorosa; la oracion derribó los muros de Jericó, y convirtió á Rahab, mujer perdida; la oracion de Pablo y Silas hizo temblar la cárcel y rompió las cadenas de los presos; la oracion de los discípulos libertó al Príncipe de los Apóstoles; la oracion de Daniel cerró la boca de los leones; la oracion sacó ilesos de las llamas á los tres niños echados al horno de Babilonia; la oracion dió á Judit la victoria; y finalmente la oracion alcanzará cuanto pidiere, como dice Jesucristo (Marc. xi). Pues si ella es tan poderosa en todos los trabajos, angustias y tentaciones, armémonos con este poderoso escudo, manejemos esta arma celestial, para salir de la cárcel de la ocasion, para cerrar la boca al leon de la lascivia, y para apagar las llamas en el horno de la concupiscencia y derribar los muros de las tentaciones. Lo mismo debe decirse de la leccion de las santas Escrituras, cuyas palabras son: *Palabras del Señor, palabras castas, como plata probada por el fuego y muchas*

veces purificada (Psalm. xi, 7, 11). Mas acerca de la oracion y de la leccion mucho hay escrito para direccion y enseñanza del cristiano.

6.º El sexto medio es la devocion y recurso á la Virgen María, especialmente en el misterio de su purísima Concepcion. San Buenaventura afirma que la soberana Reina ama y favorece á todos los que con deseo de ser castos se acogen á su amparo. Á todos invita como árbol celestial, diciendo: *Pasad á mi todos los que me apeleceis... que mis flores son frutos de honor y de honestidad* (Eccles. xxiv, 26). San Ambrosio escribe que la Virgen María, no sólo fué purísima, sino que comunicaba la castidad y pureza á cuantos la miraban (*Ambr. De Instit. virg. cap. 7*), y lo mismo hace ahora desde el cielo con los que acuden á su patrocinio. De san Edmundo, Arzobispo cantuariense se lee, que combatido fuertemente de la liviandad, se acogió á María santísima, y puso en el dedo de una imágen suya un anillo que llevaba, y volviéndolo á tomar lo trajo en su dedo en señal de fidelidad, siendo este remedio tan poderoso, que aunque fué terriblemente combatido por el demonio, y muy solicitado de perversas criaturas, salió siempre triunfante conservando toda su vida la pureza de alma y cuerpo. De san Bernardino de Sena escribe san Antonio, que logró singulares triunfos en la virtud de la castidad con la proteccion de Maria santísima. San-

ta Justina se halló muy afligida en los combates de la castidad, cuando el mago Cipriano por medio del demonio le hacia terrible guerra; pero invocando la santa jóven el patrocinio de María santísima, no solo salió victoriosa, sino que ganó para Dios al turbador de su corazón, el que juntamente con santa Justina padeció despues el martirio. De semejantes hechos están llenas las Vidas de los Santos.

El Pontífice Inocencio III escribe, que «todo el que sienta la impugnacion de los enemigos, ya del mundo, ó de la carne, ó del demonio, mire el escuadron de batallones ordenado, solicite la ayuda de María, y ella, por su Hijo, enviará desde el santuario el auxilio, y desde Sion guardará.» (*Innoc. III, serm. de Assumpt.*).

En figura de esto, dos veces pelearon los hijos de Israel contra la tribu de Benjamin, para castigar la espantosa liviandad de que en ella se habian hecho culpables; y en ambas fueron vencidos; pero cuando salieron la tercera vez favorecidos con el arca de la alianza, entonces quedaron vencedores y triunfantes, para significar que no tenemos seguridad de obtener la victoria en los combates contra la carne, mientras no tengamos de nuestra parte á la que saludamos en sus Letanías con el mismo nombre de Arca de la alianza, María, Señora nuestra. Compárase tambien con el cedro y con la mirra, cuando la Iglesia en el Oficio Parvo

le aplica estas palabras: *Como el cedro he sido exaltada en el Libano; como la mirra escogida he exhalado olor de suavidad.*» (*Eccles. xxiv, 17 et 20*) sobre cuyas palabras dice un piadoso autor: «Compárase á la mirra y al cedro, porque así como el olor de la mirra destierra á los gusanos, y el del cedro á las serpientes, así el olor de su virginidad destierra y arroja de los corazones los apetitos y pasiones brutales.» (*De Bust. Sermon. 4, de Virg. Mar.*).

Especialmente la devocion á la Purísima Concepcion de nuestra Señora, tiene particular virtud contra la impureza, y el P. Maestro Avila, en el capitulo 14 del *Audi filia*, dice haber visto provechos notables, por medio de esa devocion, en personas molestadas de tentaciones impuras. Y hoy, estendidísima esa devocion despues de la declaracion dogmática de ese misterio, y de la aparicion de la santísima Virgen en Lourdes, ha venido á ser su remedio específico, universalísimo y casi infalible en esa materia. (Véase la nota).

7.º El séptimo medio propuesto, es la memoria y consideracion de los novísimos, acerca de los cuales dice la santa Escritura: *Acuérdate de los novísimos, y jamás pecarás* (*Eccles. vii, 40*). Y aunque es remedio contra todos los pecados, porque refrena las pasiones y apetitos desordenados, pero en particular contra la liviandad, es medicina eficazísima y muy experimentada.

Así dice el Seráfico Doctor san Buenaventura: «La concupiscencia de los ojos la desprecia el pecador cuando piensa que se ha de convertir en polvo; la de la carne la reprime y supedita cuando se acuerda que ha de ser pasto de gusanos; y la soberbia de la vida la humilla, cuando reflexiona que el que quiso dominar á todos, ha de ser colocado bajo los piés de todos en el sepulcro.» (*Bonar. Dialog. salut. tit. 7, cap. 5*). San Gregorio escribe que «nada vale tanto para domar el apetito de los deseos carnales como el pensar qué será despues de muerto aquel objeto que en vida nos seduce;» (*Gregor. Moral. lib. 16, cap. 19*) y de sí mismo confiesa san Agustín que nada lo arrancaba del golfo profundo de los carnales deleites en que sumergido se hallaba, como el temor de la muerte y del juicio futuro (*Serm. 7 de temp.*). Del glorioso atleta san Antonio Abad escribe san Atanasio en su vida que, tentado por el demonio con variadas y horrendas representaciones deshonestas, el Santo «oponia á la liviandad sugerida los gusanos dolorosos y las llamas vengadoras del abismo.» (*Vit. Ant. cap. iv*). San Bernardo habla así al pecador: «Si el amor del Señor no te contiene, ni logra refrenarte, por lo ménos conténgante el temor del juicio, el miedo del infierno, los lazos de la muerte, los dolores infernales, aquel fuego abrasador, aquel gusano que por toda la eternidad ha de roer tu

alma y cuerpo, aquel hediondo azufre, aquella llama inextinguible y todos los males que allí están epilogados (*De Inten. Dom. c. 36*).

Nota Alarino que el horrible ardor de la liviandad muy justamente se castiga con el horrible ardor de las llamas infernales, y el Abad Guerrico dice que á los impuros «acabará por devorarlos el último fuego del infierno, que comenzaron á encender con sus obras de lujuria.» (*Serm. de Purific.*).

El último medio es la frecuencia de los santos Sacramentos. En ellos nos dejó Cristo la más sana, eficaz y segura medicina para remedio de todos nuestros males, porque, como dice el Tridentino, por ellos comienza la justificación, ó comenzada, se aumenta, ó perdida se recobra. Y muy especialmente la frecuencia de los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía es poderoso remedio contra el vicio de la torpeza. *No te confundas en confesar tus pecados*, dice el Sábio (*Eccles. iv, 91*), confiándolos con una confesion humilde y vergonzosa de haberlos cometido, pues esto es una santa venganza que te traerá la paz del alma, dice san Bernardo (*Serm. ad Milit. templ., cap. 12*). Nada pudo el Rey de Siria con todo su ejército contra el Rey de Israel, porque el profeta Eliseo dió á éste noticia de todas las asechanzas del enemigo (*IV Reg., c. 6*); así el demonio nada podrá hacer contra tí con todas sus asechanzas y suges-

tiones si tú las manifiestas á tu confesor, porque además de la gracia del sacramento, él, con sus santos consejos y amonestaciones, te ayudará á resistir y á vencer la sugestion y la torpeza. Casiano escribe de una alma molesta-
disima en esta materia, pero que siempre que volvía la tentacion acudia á su confesor, por cuyo medio logró la más completa victoria.

El sacramento de la Eucaristía, es tambien antídoto y febrífugo de la sensualidad; porque, como dijo san Cirilo, cuando recibimos á la Majestad de Cristo, pacifica y refrena la ley de la concupiscencia, que reside en nuestros miembros; corrobora la piedad y extingue las inquietas perturbaciones del ánimo (*Lib. iv, in Joan., cap. xvii*). Del augustísimo Sacramento habla Zacarias cuando pregunta: *¿Qué cosa es su bien, y qué su hermosura?* y responde: *El trigo de los escogidos y el vino que germina virgenes* (*Zach. ix, 17*): una version dice: *que hace cantar á las virgenes*; porque este divino Sacramento dá á la castidad tan poderosas armas, que aun antes del combate ya puede cantar la victoria. Al profeta Elías, huyendo de la cruel y torpe Jezabel, le corroboró y dió fuerzas un pan, figura de la Eucaristía. Las aguas del Jordan se detuvieron luego que entró en el río el arca de la alianza, y así se detienen las tentaciones al entrar la santa Comunion en nuestro pecho. Solamente que es necesario frecuentar estas ar-

mas de estos sacramentos, pues David no osaba salir á campaña contra el gigante con las armas de Saul, aunque eran muy firmes y seguras, porque no estaba á ellas acostumbrado. El Señor nos conceda sus soberanos auxilios para frecuentar sus santos Sacramentos, y por su virtud alcanzar la vida eterna. Amen.

ORACION

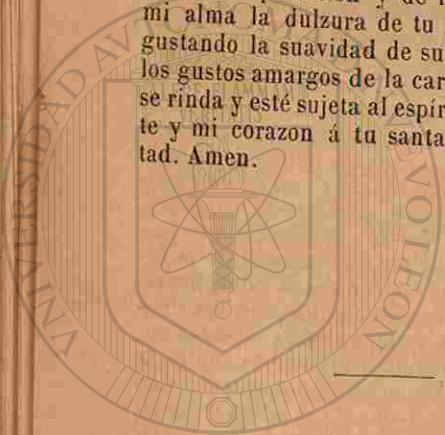
para pedir á nuestro Señor el don de la castidad
y la perfecta victoria en las tentaciones
de impureza.

Purísimo y amabilísimo Señor mio Jesucristo, que como maestro celestial nos enseñaste el tesoro escondido en la castidad, y quisiste nacer de una Madre Virgen, y amas y tienes por esposas á las vírgenes y á las almas limpias que por no mancharse con los deleites de los sentidos te han consagrado su pureza: tú me mandas, Rey mio, que sea casto; y yo sé que no puedo sin tu favor. Dame, pues, Señor, lo que me mandas, y manda lo que sea de tu agrado. Mi carne es flaca, mi inclinacion perversa, el fuego de mi concupiscencia, infernal, la leña con que este fuego se alimenta, mucha y seca, los enemigos que la atizan solícitos y poderosos, y continuas las ocasiones que como viento soplan y encienden las llamas de la concupiscencia. Pues, ¿cómo podré yo resistir á tan crueles enemigos, y vivir en medio de este incendio sin abrasarme? Bien sé, Señor, que por mi mismo no puedo alcanzar victoria de mis

pasiones; mas lograré alcanzarla con tu gracia, y con el rocío del cielo apagar las llamas que me atormentan y consumen. Y ¿por qué no podría yo lo que tantos niños y jóvenes han logrado? No lo hicieron ellos ciertamente por su virtud, sino alentados y esforzados con tu brazo poderoso. Pues ¿por ventura, Señor, se ha abreviado tu mano, ó se ha agotado tu gracia, ó enflaquecido tu virtud? ¿No he de poder yo, armado con tu espíritu, sujetar esta carne rebelde y domar el vicio inmundo de la concupiscencia? ¿No he de conseguir con el auxilio de tu gracia, conservar mi alma sin mancha? ¿No he de poder, ayudado del santo Ángel de mi guarda, resistir al demonio, mi tentador y acusador, y guardarme en la presencia de este espíritu bienaventurado de toda accion inmodesta y criminal?

¡Ah, Señor! mayor es infinitamente tu bondad que mi malicia: tu misericordia que mi miseria: tu poder que mi flaqueza: la virtud de tu espíritu que la fragilidad de mi carne. Tenme, pues, Jesús mio, con tu mano poderosa para que yo no caiga; otórgame la gracia para que yo huya todas las ocasiones, para que resista á la tentacion en sus principios, para que guarde con gran diligencia mis sentidos, apartando mis ojos á toda vanidad, cercando mis oídos con espinas, y refrenando mi lengua con cuidado. Haz que traiga mi alma siempre

ocupada con santos pensamientos, que ame y busque las santas asperezas de la penitencia, y que huya de tratar con personas cuyo aspecto dañe, cuya voz enciende, y cuya familiaridad es lazo de perdición y de muerte. Infunde en mi alma la dulzura de tu Espíritu, para que gustando la suavidad de sus deleites, deseche los gustos amargos de la carne, y para que ella se rinda y esté sujeta al espíritu, sujete mi mente y mi corazón á tu santa y adorable voluntad. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

NOTA.

Habiendo terminado el extracto del opúsculo del R. P. Arbiol, con la hermosa oración que antecede, y con que aquel finaliza; habiendo igualmente completado la exposición de los efectos de la liviandad, comprendidos en los versos de san Antonio de Padua propuestos al principio, y que el piadoso Autor no quiso ó mas bien no pudo continuar, habiendo fallecido á los setenta y cuatro años de su edad, cuando tenia este libro muy adelantado, como nos informa uno de los cuatro censores, cuyos pareceres lleva al principio, no nos resta otra tarea, sino el indicar las fuentes á que pueden acudir los sacerdotes, y algunas aun los simples fieles, en busca de más amplia instrucción, especialmente acerca de los remedios contra la impureza, que no hemos hecho más que tocar de paso, reduciendo á un solo capítulo, para no traspasar los límites impuestos, toda la segunda parte en que el Autor gasta once enteros. Así, comenzando por los santos Padres, no es difícil, con los copiosos índices que hoy vienen al alcance de sus escritos, encontrar cuanto se refiere á esta lúbrica materia. Además de esto, en sus tratados especiales de la virginidad, ó dedicados á las vírgenes, con los mas preciosos encomios de la castidad, se hallará tambien no poco, acerca de la malicia y efectos del vicio contrario. Sabido es que Tertuliano, san Agus-

tin, san Jerónimo, san Ambrosio, san Basilio y san Juan Crisóstomo, escribieron acerca de la virginidad, aunque el libro *De Pudicitia* del primero ya está infecto del montanismo. Lo más práctico es el libro de *Habit. Virgin.*, de san Cipriano, y lo más útil, grave y juicioso para los eclesiásticos el libro *De Singularitate Clericor.*, lleno de puntos de vista y reflexiones que parecen hechas para nuestra época. En cuanto á santo Tomás, la *Tabula aurea*, en los vocablos respectivos *luxuria*, *libido*, etc., lleva por la mano á los pasajes donde el angélico Doctor trata el asunto; pero sobre todo, en el *Bancel: Moralis divi Thomæ*, que coleccionó por orden alfabético, en un diccionario, en dos volúmenes, todas las materias morales tratadas por el Santo en todas sus obras, ahorrándose mucho tiempo y larguísimas pesquisas, se encuentra en cada artículo cuanto directamente le concierne. Y así en la voz *Luxuria*, en el tomo segundo se hallará recogido cuanto santo Tomás escribió en la Suma, en el Libro de las Sentencias, en los Comentarios de Job, Isaías, etc., acerca de la materia propuesta. De este libro hemos tomado varias citaciones que hemos introducido, no solo en las notas, sino en el texto mismo del Autor, amantes de la solidez y fundada verdad que caracterizan la doctrina del Sol de las escuelas. Para la predicacion pueden consultarse los títulos propios de las Bibliotecas concionatorias de Lohner y Houdry, ambos de la Compañía de Jesús. Del primero tomó el P. Arbiol varias citaciones; el segundo debe preferirse en

la edicion antigua latina, pues en la moderna francesa de Vives, á fuerza de quererla abreviar se le ha hecho perder mucha parte de su mérito.

No somos partidarios de los sermonarios, ó Bibliotecas de sermones completos; los españoles tienen un lenguaje sobradamente claro y de una llaneza intolerable á veces, en la materia de que tratamos; los franceses cuidan tanto de la delicadeza de estilo, que, ó evitan enteramente el tratar de la liviandad por no caer en el escollo, ó hablan con tal sutileza y velando de tal modo su lenguaje, que poco fruto puede sacarse del discurso. No obstante, hállanse varios sermones excelentes en la gran coleccion de Migne, y pueden, sobre todo, consultarse con provecho el volumen titulado: *Satan, ses pompes et ses œuvres*; discurso sobre los desórdenes ordinarios en el mundo, por el P. Capuchino Heliodoro, de Paris. En la primera parte trae cinco ó seis discursos sobre los placeres de la vista, oído, tacto, etc.; un largo y sólido discurso sobre cada sentido, y luego otro sobre cada uno de los asuntos siguientes: comedias, bailes, caza, conversacion, amistad, juego, lectura, placeres de la virtud. Sigue otra seccion que llama *de los desplaceres*, con diez discursos; una segunda parte, *de las riquezas*, con otros; y otra tercera, *del honor*, con catorce. Hay juicio, solidez, erudicion y exactitud en la doctrina; solamente que el estilo es asáz difuso y algo cansado. Forma un volumen de 1424 páginas, dobles, ó por columnas, como todas

las ediciones del célebre Migne. En el *Cristiano instruido* del P. Señeri, hay varios discursos excelentes sobre el asunto. En el tercer volumen de las obras de Jacobo Marchant, editadas por Vives, se encuentra un Tratado de los siete vicios capitales, bajo el nombre de *Tuba sacerdotalis*. Siguiendo largamente la alegoría de las trompetas que sonaron los sacerdotes al rededor de los muros de Jericó, vá explicando en cada vicio la latitud y longitud de los muros, las siete trompetas que los derriban, en todo con la abundancia de doctrina, con la exquisita erudición, con la piadosa unción que distinguen á ese autor, tan recomendado por san Vicente de Paul á sus misioneros. Al tratar, pues, de la lujuria en doce preciosas lecciones, habla de la hediondez de sus muros; de su profundidad, de su altura, de su latitud en varias estructuras donde diserta sobre varias especies del vicio, de su longitud, de las siete trompetas contra estas murallas, que son otros tantos pasajes de la santa Escritura contra la liviandad; de los siete arietes que son siete medios contra el mismo vicio, que son: la consideracion de su fealdad y vileza, la de su indignidad en el cristiano, la del remordimiento que le sigue, la de la muerte y otros novisimos, la oracion fervorosa, la maceracion de la carne, y la continua presencia de Dios. Luego trata de las maldiciones de los deshonestos, que son diez y seis, tomadas de la santa Escritura; y finalmente, de la continencia y la castidad opuestas á la lujuria. En este tratado so-

bre la liviandad no se encuentra nada de paja, nada de vana palabreria; todo es sustancia sólida, todo es Escritura y tradicion, admirablemente aducidas y oportunamente comentadas. Libros como las obras de Marchant, no debian caer de manos de los sacerdotes si se proponen explicar á los pueblos una doctrina abundante, sólida, segura y provechosa. Con respecto á la castidad sacerdotal, en el excelente Tratado del del mismo Autor, denominado *Virga Aaronis florens*, que todo es de los sacerdotes, en la cuarta parte, leccion octava, se trata de esa virtud ex-profeso; en la célebre Instruccion de sacerdotes del P. Molina, en la cuarta parte, que trata toda de la santidad sacerdotal, se consagran cuatro capitulos, desde el nono, á la importante materia de la castidad que debe guardar. En las hermosas Consideraciones sobre el estado eclesiástico del Cardenal de la Lucerna, contenidas en el tomo tercero de sus obras, la séptima consideracion es sobre la castidad sacerdotal. En las obras de Fronson, coleccionadas en dos volúmenes, en la edicion de Migne, en el primero, en las *Meditations ecclesiastiques*, la décima, undécima y duodécima tratan de la castidad, de la impureza y de la fuga de las mujeres. En la *Forma cleri, Pars secunda*, todo el capítulo X trata de *castitate*; en la *Pars tertia*, en el capítulo VIII trata de *incontinentia*; en la *Pars quinta*, el capítulo XI, que se intitula: *Mulieres*, dividido en treinta y dos secciones y párrafos, es un verdadero tratado sobre la materia. En el último tomo ó apéndice del segun-

do volúmen, en las *Regulae clericorum breviores*, y en la *fusius tractatae*, en los capítulos XI y XII de entrambas, vuelve á tratar las mismas materias. Todo en Fronson es Escritura y santos Padres, sentencias breves, escogidas con mucho tino y encadenadas con arte, de modo que forman un todo, mezclándose con muchísimas disposiciones conciliares. A nuestro juicio, Fronson, es la Aurifodina del sacerdocio. Finalmente, el *Santo Sacerdote*, de Dubois, es uno de los más hermosos capítulos el que trata de la castidad. El cardenal Manning en el *Sacerdocio eterno*, no habla directamente de esta materia, y se comprende su reserva por el país en que escribe. No citamos á un Autor moderno que escribió de la vida y honestidad de los clérigos, porque no creo tengamos necesidad de tomar lección de los legos.

Con respecto á los remedios de la sensualidad, asunto que siempre debe tocarse, al hablar de sus daños y estragos, es excelente el Tratado IV, de las tentaciones, en la 2.^a parte de los Ejercicios de perfección del P. Alonso Rodríguez. Allí se trata clara y fundadamente de los medios para resistir, desde el capítulo X, y por trece capítulos enteros. Del resistir á los principios trata muy bien en el capítulo XVIII; de la oración en el XVI; del pelear huyendo en el XXI; todo con gran copia de Escritura y tradición. En el Tratado de la Castidad, que es el 4.^o de la tercera parte, trata de la mortificación y guarda de los sentidos en el capítulo II; del temor de Dios y memoria de los noví-

simos, en el IX; y de la penitencia en el VII. Todo el tratado, aun que breve, es excelente y mucho más apropiado para los sacerdotes que para los simples fieles. El P. Puente, en sus copiosos y preciosos escritos trató muchas veces de la continencia, castidad y virginidad. En el tomo 2.^o de los Estados, en el Tratado segundo de la *Providencia de Dios cerca de las tentaciones*, en los capítulos VI y VII habla largamente de los de impureza y sus remedios; en el Tratado quinto, del Matrimonio, en el capítulo V, trata de la castidad conyugal y materias anexas. En el tercer tomo de los Estados, todo el Tratado segundo que consta de quince largos capítulos, es de la continencia y virginidad, y desde el capítulo IX, ocupa cuatro enteros en hablar de los remedios contra las tentaciones. En el Tratado primero del Estado eclesiástico trata en los capítulos X y XI, de la castidad sacerdotal; en el Tratado quinto, capítulo III, de la castidad de los confesores; y en el Tratado séptimo, que habla de los Obispos y Prelados, en el capítulo XVI, vuelve á tratar del celo por la guarda de la castidad, del quitar los tropiezos, y de los bienes que de esto resultan. El P. Puente trata todos los asuntos, moralizando sutilmente largas alegorías tomadas de la santa Escritura, é ingiriendo admirablemente copiosas sentencias de los Padres y Doctores.

El P. Alvarez de Paz, en la *Pars II, libri I*, capítulo V y VI, trata: *De vitio luxuriae, ac de ejusdem remediis*; la *Pars III*, toda es de *Victoria tentationum*; la *Pars. II, libri V.*, habla en

diez y seis capítulos : *de castitate*. En cuanto al autor, Jesuita, cuyas obras ha editado Luis Vives en 1875, comprendidas en seis abultados volúmenes, nadie ignora que el sábio profesor de Escritura y Teología en el Perú, es clásico en la ciencia mística y forma autoridad con sus dictámenes en la materia.

Ahora, como el P. Arbiol termina con una oración para la castidad, propia para todos los cristianos, terminemos nosotros con otras, mas propias para los eclesiásticos, y que tomamos del mismo P. Alvarez de Paz que acostumbra concluir, con estas breves plegarias muchos de sus capítulos.

POSTULATIO CASTITATIS.

Domine Jesu Christe, qui, ut sponsa in Canticis ait, pasceris inter lilia, et inter animas castas inhabitas, et, ut servus tuus Gregorius interpretatur, earum castitate delectaris: tolle a nobis desideria carnis immunda, et minus puras cogitationes repelle: indue animas nostras stola pulcherrima castitatis, et corpora nostra munditiæ virro nobilita, ut ex corpore et animo nostro in nobismetipsis magnificum Spiritui Sancto habitaculum extruamus. Amen.

POSTULATIO VIRGINITATIS.

Domine Jesu Christe, virgo purissime, et virginis filius, et virginum sponsus, et virginitatis an-

tesignamus: da his qui incorruptionis sui corporis serraverunt, modeste de se sentire et impense virginitatem amare: his vero qui eam perdiderunt, incorruptionis defectum humilitate supplere; ut puritas animæ et corporis, tibi in illis humilitate sit grata; et caro in his, flore incorruptionis orbat, sit per pœnitentiam et humilitatem accepta. Amen.

(Alvarez de Paz, Tom. 3, pág. 719 y 720).

FIN.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

| | |
|--|------|
| Censura y aprobación. | v |
| Carta del P. Arbiol. | vii |
| Prólogo. | xiii |
| Versos de san Antonio de Padua que comprenden los efectos de la lujuria. | xv |

CAPÍTULO I.

| | |
|---|----|
| Idea de este vicio.—Sus actos más comunes.—Sus incentivos.—Su audacia.—Palabras de san Juan.—Observación de san Jerónimo.—Cristo nombra a la liviandad antes que a los otros vicios.—Es la Reina del siglo, que todo lo invade. ® | 17 |
|---|----|

CAPÍTULO II.

| | |
|--|--|
| Primera mala propiedad del vicio impuro: ensucia.—Textos que lo prueban.—Contactos y sus | |
|--|--|

daños. — Advertencia à los confesores. — Una causa de callar los pecados de esta especie. — La teología de Gury y la de Morán. 20

CAPÍTULO III.

El vicio impuro engaña y enreda. — Pasages de la santa Escritura que lo testifican. — Del adorno de las mujeres. — De las modas. — Visiones à Santa Angela, D.^a Sancha Carrillo, sor Francisca del Sacramento, D.^a Marina de Escobar, santa Brígida. — El beato Enrique Suson. — Egidio dominicano. — Santo Tomás. — El lujo aumenta la prostitucion. — Gaume. — Trajes del día. — Arcas salvadoras. 27

CAPÍTULO IV.

Prosigue el mismo asunto. — Palabras de santa Brígida, — de Simon de Casia, — de Taulero, — del P. Mariana, — del P. Mario, — de san Vicente Ferrer, — de san Ambrosio, — de san Pedro Damiano, — de D.^a María de Escobar, — de Tertuliano y san Agustin. — Célebre pasaje de Isaías. — San Cipriano y el Nacienceno. — San Agustin, san Crisóstomo y san Jerónimo comentándolo. 36

CAPÍTULO V.

Siguen los engaños de la lascivia. — Malos deseos. — Dificultad de las confesiones. — Delectacion morosa. — Palabras libres. — Chanzas. — Señas. — Lecciones. — Obras manifiestas. — Astucias de

los penitentes. — Confesores sin ciencia. — El libro del P. Jaen. 45

CAPÍTULO VI.

Incentivos sensuales de las comedias. — Lo que piensan de ellas los Santos y Doctores. — San Isidoro. — San Agustin. — Tertuliano. — San Juan Crisóstomo. — Teatros y Zarzuelas. — Actores y cantatrices. — Novelas. — Zola. — Novelas religiosas. — Vidas de santos. 53

CAPÍTULO VII.

Engaño pernicioso de los que piensan que no castiga Dios tan severamente los pecados de la lujuria. — Castigo de los sentidos. — Impudor de nuestro siglo. — Matrimonio civil. — Castigos de la liviandad. — El Ilmo. Sr. Sollano. — Predicacion sobre el infierno. 60

CAPÍTULO VIII.

Impedimentos y males de la lascivia. — Apega. — Testimonio del Sabio. — Es audaz y desalento. — Consejos à los padres de familia. — La lujuria mata, — cierra el cielo, — condena, — abrasa, — destruye la virtud. — Roba todos los bienes. — Engaña y miente. 66

CAPÍTULO IX.

Estragos de la lujuria en los niños.—Conducta de sus padres.—Dicho de san Juan Crisóstomo.—Corrupcion actual de la niñez.—Eleccion de escuelas y colegios.—La Iglesia y la Masoneria.—La liviandad es insaciable, esclaviza, im pide la conversion.—Jezabel es su tipo en el Apocalipsis.—Ocho hijas de la lujuria. . . .

76

CAPÍTULO X.

Estragos de la lujuria en los mozos.—Padres y confesores.—Hoy se temen más los males corporales.—Males de un hábito culpable muy extendido.—Enumeracion de síntomas.—Cuadro de enfermedades aun incompleto.—La lujuria quita el juicio á Salomon.—Aborrece la luz y ama las tinieblas.—Cornelio Alápide. . . .

86

CAPÍTULO XI.

De la infidelidad en los desposados.—Estragos de la lujuria en los viejos.—Almas consagradas á Dios.—Disolucion dentro de la familia, en nuestro siglo.—Bellísimas palabras del Abate Laurichesse acerca de los males del matrimonio en nuestros dias.—Solo la Iglesia por el sacerdocio puede curarlos. . . .

95

CAPÍTULO XII.

Del intenso grado á que suele llegar las tentaciones sensuales.—Tres causas asignadas por san Buenaventura.—Incentivos en nuestro siglo.—Por la vista.—Por el oido.—Por los otros sentidos.—Suceso reciente. . . .

105

CAPÍTULO XIII.

Algunas sentencias de los santos Padres y Doctores que contestan lo dicho del horroroso vicio capital de la lujuria.—San Jerónimo.—San Agustin.—San Ambrosio.—San Gregorio.—San Bernardo.—San Lorenzo Justiniano.—San Buenaventura.—Santo Tomás de Villanueva.—Hugo Cardenal.—La lujuria hace indigno al cristiano de la comunión.—Ciega los ojos de la razon.—Peca contra el propio cuerpo.—Arranca del Señor.—Alegra á los demonios, y es bocado escogido de Satanás. . . .

114

CAPÍTULO XIV.

Continuacion de la misma materia.—Testimonio notable de la santa Escritura acerca de los daños de las cortesanas.—Sus asechanzas.—San Juan Crisóstomo.—Su falacia.—San Jerónimo.—San Efren.—Sus halagos.—San Basilio.—Sus cantos.—San Cipriano.—Su amargura.—Sus danzas.—Su rapacidad y crueldad.—Su des-
caro en nuestros dias. . . .

123

CAPÍTULO XV.

Remedios contra la liviandad: 1.º Resistir á los principios. 2.º Amar la castidad. 3.º Huir las ocasiones. 4.º Mortificar la carne y los sentidos. 5.º Practicar la lección y oración. 6.º Tener devoción con la santísima Virgen. 7.º Recordar los novísimos. 8.º Frecuentar los Sacramentos de la confesion y comunión.— Oración para pedir á Dios el don de la castidad.— Indicación de varias fuentes para tratar mas copiosamente de estos remedios, y de toda la materia del opúsculo, en favor principalmente de los sacerdotes.— Dos breves oraciones en latin para su uso.

FIN DEL ÍNDICE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

ión deberá ser devuelta antes de la
ltima fecha abajo indicada.

IFCC 636



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL

®

